AÑO VII ABRIL DE 1913 NÚM. 48

NOSOTROS

LA AMISTAD DE FEDERICO NIETZSCHE Y RICARDO WAGNER [1]

Al tener que hablar de las relaciones de Nietzsche con Ricardo Wagner, llego precisamente al punto más delicado de la biografía del filósofo. Durante cerca de diez años Nietzsche dedicó su existencia entera a su amigo, y al romper con Wagner rompió implícitamente con todo su pasado.

Si la vida de un gran escritor o de un artista no debiera considerarse siempre como una evolución constante regida por una ley de desenvolvimiento interior, que desde las influencias de su tiempo y de los primeros maestros y modelos va hacia la libre y total afirmación de su personalidad, podría decirse que el rompimiento con Ricardo Wagner divide en dos períodos contrarios la vida de Federico Nietzsche, tan radical fué, aparentemente, el cambio sufrido por el filósofo a partir de aquel doloroso momento.

Pero hay en la vida de Nietzsche, a despecho de sus numero-

(1) Habiendo solicitado la dirección de NOSOTROS del señor Barrenechea un artículo sobre Ricardo Wagner, conmemorando su próximo centenario, el crítico de *La Nación*, en la imposibilidad material de escribirlo, nos ha dado estas páginas de una Biografía psicológica de Federico Nietzsche, que tiene escrita y dará en breve a la publicidad. — *N. de la D.*

sos comentaristas, una perfecta unidad. Desde sus juveniles entusiasmos por el paganizante Hœderlin y por Emerson, hasta los fragmentos de "La Voluntad del Poder", su espíritu no hace más que girar sobre sí mismo, desenvolverse, afirmarse, hasta alcanzar esta libertad suprema que le permite reirse de todas las teorías, de todas las opiniones, de todas las verdades humanas, en su exultante reconciliación con la vida y con el error!

Sería necesario la palabra sutil de un poeta que tuviera el alma herida de amistad como herida de amor, para evocar de una manera adecuada las inefables felicidades que Nietzsche halló en la amistad de Ricardo Wagner.

Corazón simple y ardoroso, alimentado de nobles afectos, y por lo mismo imprescindiblemente necesitado del calor de una intensa simpatía, Nietzsche se abandonó a esta amistad con la dulce confianza de la juventud, depositó en su ara sus más altas esperanzas, sin doblez alguna, sin sacrificio alguno tampoco, ardorosa como espontáneamente.

La más amada de las diosas, dice Nietzche en un fragmento poético de sus últimos años, vino hacia mí, brillando en su mirada las luces de la aurora, para ofrecerme con su propia mano sagrada la preciosa prenda de una eterna juventud.

Todas las puras emociones de la admiración, que en la juventud es la forma ideal del amor, mecieron en un sueño de inaudita felicidad el espíritu de Nietzsche, durante aquellos venturosos días de Triebschen. El genio de Wagner, en las intimidades de la creación, ejerció libremente sobre el alma virgen de su amigo toda aquella fascinación profunda y fatal, que al decir de sus más verídicos biógrafos sufrieron todos los que trataron de cerca al taumaturgo de "Tristán e Iseo".

Pocos días antes de la catástrofe de Turín, el mismo Nietzsche escribe, al evocar estas horas divinas de su existencia: "Es necesario que diga aquí, ahora que me he puesto a hablar de las fiestas de mi vida, una palabra para expresar mi reconocimiento hacia lo que siempre y en todo tiempo me recreó profunda y cordialmente. Fueron mis relaciones íntimas con Ricardo Wagner. Doy por nada mis relaciones con los demás hombres que he conocido; pero a ningún precio quisiera borrar de mi vida el recuerdo de los días pasados en Triebschen, días de confianza, de alegrías, de azares felices, de momentos profundos..."

"Wagner, escribía Nietzsche a un amigo, realiza todo lo que

podemos ambicionar: es un espíritu rico, magnífico, grandioso; es un carácter enérgico y un hombre encantador, ardiente de saber, digno de nuestro amor... Te ruego no prestes atención a lo que periodistas y musicógrafos imprimen sobre Wagner. Nadie en el mundo le conoce, ni puede juzgarle, porque el mundo entero reposa sobre fundamentos que no son los suyos, se halla perdido en su atmósfera. En Wagner domina una idealidad tan absoluta, tan profunda y conmovedora humanidad, que a su lado me siento como al lado de la divinidad..."

Bien pudo considerarse como un hijo privilegiado de la fortuna, al poseer la confianza y el afecto de semejante hombre.

"Yo también poseo mi Italia, escribe a un amigo radicado en Roma, pero sólo puedo visitarla los sábados y los domingos. Mi Italia se llama Triebschen y me encuentro en ella como en mis dominios. Estos últimos días he ido cuatro veces casi seguidas y todas las semanas una carta mía toma el mismo camino. Querido amigo, es imposible decirte lo que encuentro, veo y oigo. Schopenhauer, Gœthe, Píndaro y Esquilo viven todavía, viven en un solo hombre, créeme."

Lejos de los ruidos de la plaza pública, lejos de su tiempo. perdido en aquel rincón encantado de la Suiza sajona, en medio del cual aparecía como el dios de sus selvas, de sus lagos y de sus montañas, Ricardo Wagner no hubiera podido presentarse a Nietzsche en un momento de su azarosa existencia más indicado para conmover profundamente las fuerzas vivas de su genio y de su corazón juveniles.

Wagner se hallaba en el último término de la composición de su Tetralogía, y como artista y como pensador podía entonces considerársele como un revolucionario.

Me es necesario recordar aquí que hasta su muerte no supo alcanzar esta serenidad en la vida a que se elevó repetidamente en sus obras. Fué siempre un puro artista, es verdad, y sólo como tal debemos nosotros considerarlo una vez que el tiempo ha despojado a su obra y a su personalidad de muchos caracteres contingentes. Para sus contemporáneos, para Nietzsche precisamente por su genio apasionado, estas características pudieron aparecer como las más esenciales. En una personalidad tan compleja, de manifestaciones tan varias, el contemporáneo no podía percibir de golpe y en la proximidad los planos y jalones que crea la perspectiva del tiempo. El entusiasta filólogo de Basilea carecía

entonces de la experiencia de los hombres necesaria para comprender, como le había sucedido antes al nihilista Bakunine, que Wagner no era más que un simple imaginativo, un puro artista, en política como en filosofía, es decir, un hombre del cual no podía esperarse nunca una actitud decisiva, definitiva, ante los problemas de la existencia.

Nietzsche, por el contrario, joven e idealista, experimentó al contacto de Wagner y de sus teorías estéticas, gran entusiasmo. Las "ideas" de Wagner halagaban las más obscuras pero firmes tendencias de su espíritu.

El discurso político de Wagner en la Asociación Patriótica de Dresde, tejido de principios incompatibles, fué el prólogo del opúsculo "Arte y Revolución" que publicó después de abandonar la patria y que le valió la clasificación de revolucionario perpetuo. En una carta a su amigo Uhlig, Wagner escribe: "Mi principal objeto es crear la revolución en cualquier parte donde me encuentre." La situación del teatro en su patria le convierte en "revolucionario en favor del teatro", como él mismo declara. Quiere "como artista y como hombre marchar al encuentro de un mundo nuevo", buscar la razón de la decadencia y los medios de remediarla. Arrastrado por sus "ideas revolucionarias", cae de error en error, clasifica de "engañoso" todo el arte tradicional y quiere reconstruir sobre sus ruinas la nueva obra de arte, así como desea que sobre las ruinas del mundo falaz se establezca un nuevo orden político.

Esta constante rebelión contra el espíritu de su tiempo fué el invariable fondo de las ideas de Wagner.

El arte, declara pomposamente en el folleto antes mencionado, no debe estar al servicio del dinero; debe ser libre porque él es ya de por sí la suprema libertad, la alegría pura de lo real y de lo universal. Por esta razón debe liberarse del cristianismo, religión que justifica una existencia sin honor, inútil y miserable. El cristianismo no puede ser artístico, como no puede producir ningún arte vivo, porque el rasgo saliente, la fisonomía propia de los siglos cristianos, es en general la más abyecta hipocresía.

Para Wagner solamente la fusión de la teoría del pobre hijo de un carpintero de Galilea — que todos los hombres son hermanos — con la concepción antigua de la fuerza y de la belleza del Apolo griego, puede salvar el futuro: Jesús que sufrió por la humanidad; Apolo que la elevó a su dignidad feliz. Elevarse

hasta esta fusión es el fin del verdadero drama, de la obra de arte en la cual la comedia no será separada de la música, pues el mal fundamental del teatro moderno reside precisamente en esta separación. Wagner tiene la visión de un arte en el que las obras de Shakespeare y Beethoven se confundan. Puede surgir del espíritu germánico que, a pesar de la aceptación del cristianismo, ha conservado el gusto de las empresas audaces y de las actividades enérgicas.

Wagner se ocupaba de la conclusión de la "Muerte de Siegfried", la primera concepción de "El Crepúsculo de los Dioses". La figura de Siegfried había herido profundamente la imaginación de Nietzsche, esta figura que, a su juicio, será siempre para la raza latina tan tardía, una figura incomprensible, por ser la encarnación del hombre libre, demasiado libre tal vez, y demasiado rudo, y demasiado alegre, y demasiado sano y demasiado anticatólico para el gusto de los pueblos muy viejos y muy civilizados.

Hacia la misma época Wagner había trazado los esbozos de su "Jesús de Nazareth" y de "Federico Barbaroja", planes que aunque sumarios permiten hacernos una idea bien clara del pensamiento del autor. Respecto de "Jesús de Nazareth" no se puede afirmar si se trata de una comedia con música de escena o de una ópera; pero la concepción revolucionaria del asunto, el olvido de los dogmas, la supresión de todo lo sobrenatural, como, en sentido general, la presencia de Jesús en escena, hicieron considerar la obra como inadaptable al teatro.

El drama debía tener cinco actos, en el curso de los cuales se desenvolvían peripecias históricas esmaltadas de máximas y de enseñanzas teológicas. Las máximas y pensamientos de Jesús eran de sentido revolucionario: consideraba la propiedad exclusiva como un grave pecado; el matrimonio debía ser consagrado por el amor libre y no por las leyes; debía suprimirse, en general, el juramento de todo estatuto. El drama, en una palabra, era una combinación confusa de la política revolucionaria de Dresde y de la oposición de Jesús contra la aristocracia hereditaria judía.

Todo esto entusiasmó a Nietzsche y lo aceptó sin reflexionar. Soñó con un renacimiento de la edad heroica de la Grecia. El triunfo del imperio alemán, proclamaba, ha de realizar el mundo de lo bello y de lo sublime, y las fuerzas propulsoras de esta regeneración clásica son la filosofía de Arturo Schopenhauer, prototipo del filósofo trágico pre-socrático, y el arte simbólico de

Ricardo Wagner, Esquilo resucitado en el mundo moderno. Preconizaba con entusiasmo la necesidad de "germanizar la cultura alemana" restituyéndola su genuina pureza, para lo cual había que substraerla ante todo a la influencia latina y al yugo de la religión cristiana, esta mezcla de decadencia romana y de barbarie asiática, y anunciaba con exaltación la urgencia de reaccionar contra las tendencias del liberalismo humanitario, derivado de la gran revolución, porque el fundamento de toda cultura verdadera consiste en el triunfo de una intuición pesimista de la vida, en el dominio del arte sobre la vida.

El sexagenario Wagner había reconocido en este genial amigo de veinticuatro años "al hombre de quien más grande necesidad tenemos y en quien hay que reconocer a todos aquellos que buscan en la fuente pura del espíritu alemán la respuesta a esta pregunta: ¿de qué naturaleza deberá ser la cultura alemana si ha de ayudar en su marcha hacia sus propios fines a la nación resucitada?"

Pero al desenvolver todas sus novedosas teorías sobre el porvenir de la cultura alemana, Nietzsche sobreentendía realizar un pacto con Wagner, nunca crearse una relación de dependencia con él.

A decir verdad, más que un diálogo con Wagner estas entrevistas de Triebschen fueron el primer dialogismo de la grande alma solitaria y heroica de Nietzsche.

El análisis de los papeles inéditos del Archivo de Weimar, ha puesto definitivamente en claro que Nietzsche no hizo más que buscarse a sí mismo durante los años de Basilea. Hay en los mismos textos publicados por él un espíritu abiertamente hostil hacia el wagnerismo, hacia toda clase de pesimismos mejor dicho.

Las fórmulas schopenhauerianas de "El origen de la tragedia" no pueden alucinar a nadie a este respecto. Una corriente oculta de pensamiento pagano, anticristiano, una sorda afirmación de las fuerzas misteriosas de la naturaleza, un culto velado de todas las energías de la vida, agitan el espíritu del lector sincero de sus escritos de juventud.

Los dos hombres de genio que partiendo ambos del mismo punto inicial — la filosofía de Arturo Schopenhauer — llegaron a conclusiones diametralmente opuestas, uno tomando "el camino que lleva a Roma", para caer de rodillas extático ante la Santa

Cruz; otro que, por la afirmación de las fuerzas titánicas del universo, llegó a oponer al Dios crucificado, que es una maldición de la vida, Dionisos, destrozado, que es un símbolo del retorno perpetuo de la vida; estas almas de aspiraciones tan opuestas, estaban destinadas a no comprenderse, a no compenetrarse de una manera definitiva y real.

Cuando Ricardo Wagner y Cosima Liszt recibieron el manuscrito de "Sócrates y la tragedia griega", conferencia del año 1869, ambos esposos sintieron a la vez estupefacción, satisfacción e inquietud. Debieron sentir inquietud realmente, porque Wagner intentó una defensa de Sócrates y de Platón. Fué el primer choque inesperado, casi inconsciente, de estos dos grandes espíritus llamados a tan diferentes destinos. "Desde luego vuestra seguridad me ha alarmado", escribió al autor Cosima Liszt.

La verdad de todo la he señalado ya, es simple, y es por esto que los "sabios de la cátedra" que se ocuparon de estas relaciones, no han podido explicarlas sin auxilio de la patología. La posición de Wagner respecto de Nietzsche, era muy diversa de la que éste había creído ocupar respecto de Wagner. ¿Podía Wagner al fin de su carrera recibir inspiraciones nuevas de su joven panegirista? ¿Podía Wagner a los sesenta años torcer el curso de su vida ante las invocaciones de aquel adolescente de genio? Nietzsche debió ser para él uno más de los valiosos instrumentos de su obra, de su triunfo personal, el más valioso de todos. Toda actitud que no fuera subordinación absoluta a sus principios y de culto a su persona, tenía por fuerza que ser para Wagner una cruel deslealtad, una herejía, un desvío egoísta, desgraciado e irremediable. Cuando ya en la vejez y a las puertas de la muerte, Ricardo Wagner, acostumbrado al incondicional homenaje hasta de espíritus más superiores que el suyo — pienso en el bienaventurado Franz Liszt — vió que el más joven y el más amado de los discípulos le volvía altivamente la espalda, su inmenso orgullo y su inconmensurable egoísmo quedaron atrozmente heridos. Es muy explicable aquel movimiento de extrema impaciencia que hizo a Wagner tomar la pluma para redactar los insidiosos cálculos de la "Bayreuther Blätter". El abismo se había abierto entre ellos para la eternidad.

El alejamiento se operó poco a poco. En vez de disiparse las dudas que desde 1868 le inspiraron la ideología y la técnica del arte wagneriano, con su estudio progresivo no fueron más que

arraigándose y vigorizándose en el espíritu de Federico Nietzsche.

Las reservas que la amistad le inspiró, no tuvieron razón de ser después de los ataques virulentos de las "Hojas de Bayreuth" y cuando Wagner, después de la conclusión de "El Anillo del Nibelungo", empezó a sufrir influencias que le arrastraban a buscar como artista el efecto físico por el espectáculo de las leyendas e historias sagradas. La influencia era todopoderosa y partía del seno mismo de su familia. La franca adhesión a las máximas fundamentales de la moral de Schopenhauer y del catolicismo que reveló de golpe "Parsifal" fué para Nietzsche la última palabra. De ambos lados fué una amarga y profunda desilusión.

"Eramos amigos, escribe Nietzsche en "La gaya ciencia", y somos ahora extraños el uno para el otro. Bien está, y ni lo ocultamos ni lo callamos como si nos avergonzáramos de ello. Somos dos navíos con rutas diferentes y con sus propios fines; podremos, quizá, encontrarnos, y celebrar juntos una fiesta, como ya lo hemos hecho, — estos bravíos bajeles se encontraban tan tranquilos en el mismo puerto, bajo un mismo sol, que pudo creerse que tuvieran un fin común. Pero fueron de golpe separados por las fuerzas de su tarea, empujados hacia mares diferentes, bajo otros rayos de sol, y tal vez jamás se vuelvan a ver; — quizá lleguemos a vernos, pero sin reconocernos: tan radicalmente nos habrán transformado la separación de los soles y de los mares. Que nos convirtiéramos en extraños uno para el otro, ha sido la ley superior a nuestra voluntad, y es por esto que nos debemos respeto, por lo cual de hoy en adelante y por siempre será santificado el recuerdo de nuestra amistad! Existe probablemente una enorme curva invisible, un camino estelar, en que nuestros itinerarios y nuestros caminos diferentes se hallen inscriptos como pequeñas etapas — elevémonos hasta este pensamiento! Pero nuestra vida es demasiado corta y nuestra vista demasiado débil para que podamos ser más que amigos en el sentido de esta altiva posibilidad. — Y así queremos *creer* en nuestra amistad estelar, aunque tengamos que ser enemigos sobre la tierra."

Wagner no comprendió la profunda delicadeza de estos sentimientos.

Nietzsche, demasiado sensible, soñó con una amistad que conciliára hasta la oposición de las ideas personales, porque tenía de la amistad el pensamiento antiguo que la consideraba como el

afecto más noble del alma, el más elevado, superior aún al pundonor.

Si en sus relaciones con Wagner hubo por su parte demasiada estuosidad, demasiado impulso; si se abandonó ciegamente a sus primeros sentimientos, ¿acaso podemos nosotros reprochárselo? Las perfectas amistades, a lo menos las más profundas, nacen al primer encuentro y los espíritus grandes se conocen entre sí, se adivinan, en el mismo instante de estrecharse la mano.

Tenía la costumbre muy dulce y conforme a sus gustos de hacer vida común con sus dos colegas en la universidad de Basilea, los profesores Overbeck y Romundt, que constituían esta "sociedad intelectual" tan estimada por Ricardo Wagner. De repente, en febrero de 1875, Romundt anunció a sus compañeros que iba a dejarles para ingresar en las órdenes menores. Nietzche tuvo un movimiento de estupor y de indignación; desde hacía muchos meses vivía en intimidad con Romundt y le llamaba amigo. No había ni sospechado siquiera esta vocación secreta, de golpe declarada. Romundt se había ocultado. Vencido por la fe religiosa, faltó a la buena fe y a estos deberes de amistad tan sagrados para Nietzsche. Este quiso convencer a su amigo. Toda discusión fué inútil, Romundt no respondía. Partió. Nietzsche contó a su amigo Gersdorff la despedida: "Fué horriblemente triste: Romundt sabía, repetía sin cesar que toda la felicidad, lo mejor de su vida lo había ya vivido. Lloraba mucho y nos pedía perdón. No podía ocultar su tristeza. En los últimos momentos fué asaltado de un verdadero terror; los empleados cerraban las portezuelas de los vagones, y Romundt, para poder hablarnos hasta el último instante, quiso levantar el vidrio; pero éste resistía; redobló los esfuerzos, y mientras se atormentaba para hacerse oir, el tren partió lentamente y sólo pudimos despedirnos con gestos. El espantoso simbolismo de toda la escena me ha quebrantado, y lo mismo a Overbeck, según me confesó: apenas era soportable; yo guardé cama todo el día siguiente, con fuertes dolores de cabeza que duraron treinta horas, y muchos vómitos de bilis".

Este día de enfermedad fué el primero de una larga crisis. Nietzsche fué a reposar entre la soledad de las montañas. "Envíame una palabra de consuelo, escribe a Rhode, que tu amistad me ayude ahora a soportar todas estas horribles historias. Estoy herido en mi sentimiento de la amistad. Odio más que nada esta

insincera y gazmoña manera de ser de muchos amigos, y me será necesario ser más circunspecto en el futuro".

Alma noble, trabajada por amores eternos, Nietzsche tenía de la vida un sentido heroico que no era más que el reflejo de su sinceridad. En el comercio con sus amigos exigió de ellos lo que él aportaba, esta perfección moral, este natural desprecio de lo útil, de lo práctico y de todas las pequeñas ventajas de la vida, esta ausencia de vanidad, esta sinceridad pura como la luz del sol que son capaces de hacer de cada desierto un país fértil.

"Con todo, si tienes un amigo que sufre, sé un asilo para su sufrimiento, pero en cierto modo un lecho duro, un lecho de campaña: así le serás más útil", dice un precepto de la moral de Zaratustra.

El principal cuidado de los amigos que nos quieren y queremos debiera ser ayudarnos a conocer el fondo de nuestras almas. Pero ¿dónde están los amigos que se animen a mostrarnos las llagas de nuestras almas cuando tanto nos ofenden si llegamos a verlas con nuestros propios ojos? ¿Dónde se hallan amigos que tengan el desembarazo suficiente para dejarse apuntar las flaquezas de su espíritu, cuando el solo adivinarlas es ya de por sí fuente de infinita amargura? Solo nuestra vanidad nos evita aprovechar, por sabias, discretas y suaves que sean, las advertencias inteligentes, las correcciones fraternales de nuestros amigos. ¡Cuántos ruídos discordantes en el seno de la amistad, cuántas enemistades escandalosas por una sola palabra de verdadero afecto! "¿No quieres llevar vestido delante de tu amigo? ¿Debe ser gloria de tu amigo que te entregues a él tal cual eres? ¡Pues es por lo que te manda al diablo!" La sabiduría de Zaratustra es el fruto amargo de esta experiencia.

Quien guardaba de la amistad un ideal tan exaltado y noble, debía sufrir desencantos dolorosos. Erwin Rohde, el amigo íntimo, no respondió al envío de "Aurora"; Paul Rée le engañó lo mismo que Mlle. Lou-Salomé; Mlle. de Meysenbug, que le admiraba, fué injusta con él; Gersdorff, Burckhardt, el ilustre historiador del renacimiento italiano, nada comprenden de su evolución intelectual; al separarse de los círculos wagnerianos, su conducta extraña provocó los más vivos reproches y perdió así sus más caros afectos. El perpetuo desengaño no extinguía, sin embargo, su sed de amor. Transfigura los seres que se le aproximan por la sola virtud de su amplio don de querer. Abre los brazos,

agobiado por su soledad, a un espíritu mediocre y músico sin genio a quien, en la exaltación casi mórbida de sus sentimientos, no teme colocar por encima de Wagner. Pero después de romper con Wagner sus amistades no fueron más que una sucesión de desengaños. Wagner era irreemplazable, el mismo Nietzsche lo comprueba fácilmente.

"La imposibilidad de comunicarse es, en verdad, la peor de las soledades, escribe en una carta a su hermana; la diferencia de naturaleza es una máscara más impenetrable que cualquiera otra máscara de hierro; solamente entre iguales puede haber comunicación real, plena, perfecta!" *¡Entre iguales!* Palabras embriagadoras, llenas de consuelo, de esperanza, de seducción, de felicidad para quien siempre y necesariamente fué un solitario; que jamás encontró una criatura hecha especialmente para comunicarse con él, aunque bien la buscó por diferentes caminos; que en el comercio diario fué siempre un hombre disimulado, benévolo, sereno; que conoció por una experiencia ¡ay! demasiado larga, el arte refinado que se llama cortesía; pero que conoció también estas explosiones dolorosas y peligrosas de la desesperación escondida — del deseo de amar mal contenido, súbitamente desencadenado que existe en el fondo de su ser — la locura repentina de estas horas en que el solitario se arroja al cuello del primer llegado y lo trata como a un amigo, como a un enviado del cielo, como a un presente inestimable, para rechazarlo luego lejos de sí con disgusto — lleno de disgusto también hacia sí mismo, con el sentimiento de llevar algo marchito dentro de sí, de cierta caducidad íntima, extraño a sí mismo, enfermo de su propia sociedad. Un hombre profundo tiene necesidad de amigos, a menos que no haya encontrado ya a su Dios".

Esta queja es realmente trágica, llega a lo más hondo del corazón. Por las cualidades delicadas de su moralidad y lo sensible de su carácter, sufrió más que ningún otro el suplicio de esta horrorosa asfixia producida por el vacío de la incomprensión y de la malignidad. En su desolación pensó muchas veces quitarse la vida. "La idea del suicidio ayuda a soportar muchas malas noches", escribe en "Más allá del bien y del mal".

Demasiado rico interiormente, de una naturaleza psicológica demasiado apasionada, era, con su amor por las cosas ideales que son motivos de desprecio para el vulgo, algo muy diferente de lo que podríamos llamar un hombre hosco y reconcentrado. Pero

había en él algo extraño, algo turbador, algo lejano, algo de mañana y del porvenir, algo que no se llegaba a comprender. Intentaba inútilmente adaptarse a ambientes falsos, y sus obras caían una tras otra en el abismo de silencio y de muerte que reinaba a su alrededor.

Como si las existencias más fecundas debieran ser también las más abundantes en horas amargas y muertas, las más ricamente abonadas por el dolor; como si la huraña incomprensión, la resistencia enfática e ignorante, como si todas las especies del odio, de la envidia, de la desconfianza, de la enemistad, de la dureza, de la aversión, debieran hacer parte de las circunstancias favorecedoras del florecimiento del genio, sin las cuales circunstancias un gran desenvolvimiento hasta en el bien, en la virtud, en la belleza, apenas fuera posible algunas veces.

"Volé demasiado lejos por el porvenir y me sobrecogí de horror. Cuando miré en torno mío me encontré con que el tiempo era mi único contemporáneo".

MARIANO ANTONIO BARRENECHEA.

Mariano Antonio Barrenechea

POESIAS [1]

Antuum adjuvat vatem.

Si mis rimas fuesen bellas,
enorgullecerme dellas
no está bien;
pues nunca mías han sido
en realidad: al oído
me las dicta... no sé quién.

Yo no soy más que el acento
del arpa que hiere el viento
veloz;
no soy más que el eco débil,
ya jubiloso, ya flébil,
de una voz...

Quizás a través de mí
van departiendo entre sí
dos almas llenas de amor,
en un misterioso estilo,
y yo no soy más que el hilo
conductor...

---

(1) Del próximo libro "Serenidad".

Solidaridad.

Alondra, ¡vamos a cantar!
Cascada, ¡vamos a saltar!
Riachuelo, ¡vamos a correr!
Diamante, ¡vamos a brillar!
Aguila, ¡vamos a volar!
Aurora, ¡vamos a nacer!
A cantar!
a saltar!
a correr!
a brillar!
a volar!
a nacer!

AMADO NERVO.

PITUNGA

LEYENDA DE "ABRA VIEJA"

"Abra Vieja" el arroyo más hermoso, quizá, de cuántos forman el delta del Paraná. Su curso ondulado y caprichoso, podría ser comparado con la coquetería de una niña inquieta. Brazo del "Capitán", va a morir en el Plata. Tiene, pues, en un extremo, la grandiosidad del mar.

Rodeado de madreselvales legendarios, su tranquilidad cautiva. Sus aguas, siempre dormidas, retratan el paisaje con tanto encantamiento que más que realidad parece una fantasía.

A trechos, las dos orillas se acercan, cual si buscaran darse un beso. Alamos colosales lo circundan — las crestas erguidas admirando el cielo, — y sauces llorones ocultan sus riberas con sus ramas inclinadas para recoger el hálito de las aguas...

I

Nunca sol alguno brilló con tanta gloria como el de aquella tarde de luz y de alegría. Era la congregación de todas las bellezas. Arboles y flores, aromas en el ambiente, y las aguas aletargadas en la apacible somnolencia de las islas, silenciosas y reposadas.

Sólo una voz alteró aquella calma en las primeras sombras crepusculares. Venía de un recodo de sauzales, los eternos rimadores de todas las letanías — los sauces llorones de los sentimentales poemas ribereños.

La brisa, con alientos de madreselvas, repitió el canto:

Mientras tú adorabas a la luna
Yo te adoraba a tí, Curamy;
Pero el indio hermoso, el indio bravo,
No reparó en mí!

Y la nota cruzó la selva y la selva gimió estremecida.

Y como un vaho de misterio envolvió los sauzales.

Ya la luna en lo alto, esplendorosa y bella, junto a la orilla abrió una flor inmaculadamente blanca. Y de su cáliz volvió a surgir la nota doliente a cuyo eco se conmovió la selva.

Y calló en seguida para escuchar la letanía de los guardadores de las tristezas de las islas, — los siempre melancólicos sauces llorones.

Luego siguió:

— Yo soy la depositaria del secreto de Pitunga. Por su evocación exhalo perfumes, porque ella me dió vida con su vida. Entrelazada con mis ramas, por las noches venía a adorar a Curamy. Y con su aliento refrescaba mis hojas.

¡Pobre Pitunga! Era muy linda y muy pura. Amó una noche al amparo de clarores lunares, pero la aurora la entregó a la desolación...

Despertando a las alegrías, vió cruzar al membrudo Curamy, varonil y apuesto, el rostro de bronce, renegridos los cabellos y adornados con plumas raras...

Sobre la estela de su canoa flotó una flor y a su contacto erizáronse las aguas.

Pitunga la tomó, aspiró su perfume y tuvo un sueño plácido — un idilio entretejido en las marañas del boscaje, en un nidal de jazmines y mariposas, junto a un lago dormido...

Y sintió que el guaraní la arrullaba recostada en su piragua, toda cubierta con las flores rojas de los ceibales vecinos.

Al despertar, — continuó la voz de la flor inmaculadamente blanca, — Pitunga suspiró por el membrudo guaraní. Y como no pudo alcanzarlo, entristeció, y aspiró de nuevo su perfume, y volvió a adormecerse y a respirar su sueño de amor.

Pero como al alba, ya no tuviera fragancia, y con ella se hubiera esfumado hasta el último recuerdo de su ilusión rosada, Pitunga lloró desconsoladamente.

Sus manos depositaron los restos de la flor en una tierra generosa que regaron las lágrimas de sus ojos. Y en la nueva primavera tuvo vida una trepadora y Pitunga pudo entrelazarse en sus ramas a suspirar por el membrudo guaraní. Y en un plenilunio sereno, vió abrir su primera flor. Y halló a Curamy — apuesto y varonil, el rostro de bronce, los cabellos siempre renegridos.

Cercana la aurora, el indio aspiró su perfume y se dobló a

mirar. Y quedó fascinado. Y como Pitunga, tuvo un sueño de amor.

Al despertar — ya cerrada la flor con el nacer del nuevo día, — El combate me aguarda — exclamó el indio, los ojos brillantes, — y requebrajeó un tronco entre sus manos. Y partió. Le siguió la india en su correría — el potro desbocado, al aire las crines flotantes, las fauces de fuego.

Pitunga asistió al encuentro de los valientes y vió caer a Curamy. ¡Pobre india! Dió un grito lastimero y quiso huir. Un ave entonó ayes quejumbrosos con tan infinita tristeza como si el bosque entero llorase.

Cerró la tarde. Pitunga tomó el cuerpo del vencido, lo besó y lo llevó a la piragua, y lo cubrió con flores, como ella se entreviera en su sueño de amor. Y al marchitar los ceibales lo sepultó al pie de la trepadora, y suspiró muy hondo y se quedó a guardarlo.

Así la encontraron muchos soles, siempre llorando, inconsolable en su pena.

Cuando terminó la luna, ya no dió flores la enredadera. Y no volvió a saberse de Pitunga — la más linda, la más pura, la más buena de todas las indias de la raza guaraní.

— ¿Qué se hizo? — voceó la toldería. Y sus huestes nada hallaron en el bosque ni en las aguas. Pero al llegar el nuevo plenilunio, un viejo que observaba las auroras y los crepúsculos, vió una flor abierta en la trepadora. Y escuchó el canto suave de la india después de aspirar el perfume de aquella otra inmaculadamente blanca:

Mientras tú adorabas a la luna
Yo te adoraba a tí, Curamy;
Pero el indio hermoso, el indio bravo.
No reparó en mí!

Y la tribu supo el sueño de amor de Pitunga — la más linda, la más pura, la más buena de todas las indias de la raza guaraní.

Y es fama y así lo repiten los sauces en la eterna rima de sus hojas con las aguas, que aquella flor única, inmaculadamente blanca, que nace con el primer plenilunio de la Primavera, para morir con la nueva mañana, tiene el alma de la india, y que su mirada fascina y su perfume enamora.

II

Una tarde de oro, batel de gala surcó sus aguas.

Inquieta cabecita adornaba su proa, que aparecía alzada, erguida por orgullo del trofeo.

El arroyo esplendía encantos y sus sauces repetían la cantinela del murmurio de las hojas y de las aguas.

En la alegre caravana cantos ideales, como coloquio de sirenas, y junto al batelero una evocación sobre el "claro de luna" de un músico de amores desgraciados.

Y una voz suave dijo a su oído un "yarabí" intenso y profundo:

Aunque te lleven al Cielo
Y te pongan junto a Dios,
No te querrán los Santos
Como te quiero yo.
Tú me enseñaste a querer,
Tú me enseñastes a amar,
Y tú no podrás hacer
Que yo te llegue a olvidar.

Y al alzarse el batelero a recoger la última nota de ese canto no repetido — el plenilunio triunfante, — entrevió la flor inmaculadamente blanca de la orilla, y aspiró su perfume. Y como la bella Pitunguita, y como el caído Curamy, quedó fascinado y tuvo un sueño de amor, plácido y sereno...

Pero al volver del arroyo, ya cerrada la flor, la voz del boscaje dijo la historia de los pasados tiempos. Y al oirla, el enamorado suspiró profunda, intensamente. Y confió un secreto al misterio de las islas, en un epitalamio doloroso y prolongado.

Y como nada respondiera a su llamado, fué a glosarlo frente al mar; y como las olas no supieran de aquel sueño plácido, cruzó lejanías para repetirlo en la cumbre, ante la roca eterna, arriba, muy alto, cerca del Cielo de las redenciones y promesas.

Tuvo allí una visión: la trepadora abriendo en el plenilunio su flor única, inmaculadamente blanca; y los sauces llorones, y los juncales y las madreselvas y los jazmines, recordando la historia de la india que acarició un sueño de amor.

Y el batelero suspiró. Y el viento de la sierra susurró a su oído. Y le trajo hálitos de esperanza...

III

Repitan los sauces su letanía. Tejan las islas sus poemas. Diga la luna de sus caricias. Y palmoteen las aguas bajeles de ensueño. Y exhalen perfumes las flores. Y trine el boscaje.

Y sauces, islas, lunas, aguas y flores y cantos acompañen al batelero en su peregrinación errante, suspirando por la realidad de aquel sueño acariciado al abrir la flor inmaculadamente blanca de la india, la pura, la buena Pitunguita de la tribu guaraní.

Y recoja la alegre caravana de aquella tarde de oro, el secreto confiado al misterio de las islas, cruzadas entre cantos de sirena, mientras aspire el perfume de la flor encantada la cabecita inquieta del canto yarabí.

ALBERTO MEYER ARANA.

DOS LIBROS Y UNA ELECCION

DIALOGO [1]

— ¿Ha leído usted *El Presidente?*

— Sí. Prefiero *El Príncipe.*

— ¿Es la vieja ironía?

— No. Muy formalmente. Aun cuando Costa hubiese escrito su libro en elegante prosa castellana — y ya habrá usted visto en qué familiar criollo le ha resultado; — aun cuando lo hubiese compuesto con el riguroso método y pensado con la serenidad crítica con que compuso y pensó su tratado Maquiavelo, me quedaría con *El Príncipe.* Después de salvadas entre los dos autores todas las distancias, de época, de talento, de temperamento, de cultura, de aptitud literaria, no sería menor la diferencia entre ambos libros Maquiavelo hizo en el suyo, con cínica impasibilidad, con frialdad implacable, la vivisección de un sistema político tan antiguo como la misma historia y tan universal como las mismas tendencias primordiales del alma humana en que se funda; Costa, con la calurosa franqueza de la pasión, pero no del raciocinio, ha arrojado con el suyo una piedra contra el doctor Sáenz Peña, presidente de la República Argentina durante un período constitucional, y ha presentado a sus conciudadanos algunas observaciones políticas interesantes. No hay nada de común entre ambos libros. El primero es

---

(1) No sabía como cumplir el compromiso contraído con NOSOTROS, de escribir sobre la última elección y los dos libros *El Presidente* y *Fernando en el colegio,* cuando quiso la casualidad que yo fuese testigo de una conversación en que se hablaba precisamente de esos temas, de palpitante actualidad. Se me ocurrió una idea luminosa: reproducirla. Por boca de mis amigos — un abogado y un profesor — habla espontáneamente el buen sentido vulgar de la masa, que se contradice de la noche a la mañana, se entusiasma por cualquier tontería, se desalienta ante el menor obstáculo y no sabe hacer paradojas. — R. G.

un análisis eterno cuanto el hombre: el segundo de circunstancias.

— De acuerdo; pero usted le atribuye a Costa intenciones que no ha tenido. Escuche usted estos párrafos del prefacio: "Habría que hacer el reverso de la medalla, el Anti-Maquiavelo, no el de Federico II o Voltaire, sino el decálogo del mandatario representativo. Hacer con respecto al arte de gobernar la constatación del siglo XX, como el político florentino hizo la del siglo XVI. Hacerla aquí, como él la hizo en su antigua Florencia, y en su actualidad. Por eso es eterna, porque fué local y vivida. Por tal monumento, que otro ha de hacer, ya que nadie sabe para quien trabaja, trataré de arrimar algunas piedras". Ya ve usted: sólo quiere arrimar algunas piedras.

— Si es así, si la ambición no va más allá de la declaración, nada tengo que objetar. Mi reserva es la de que no se haga ilusiones el señor Costa sobre la eternidad de su comprobación, al suponerla local y vivida. No es lo mismo sondar las acciones humanas hasta sus más recónditos móviles, que dejar constancia de cualquier acción accidental. *El Presidente* pone al descubierto algunos vicios de nuestra forma de gobierno y algunos errores de los hombres que la encarnan: probablemente su autor cree que corregidos esos vicios y esos errores, lograríamos realizar el tipo ideal de la democracia. Yo no lo creo así. Maquiavelo trabajó sobre el substrato de todo sistema de gobierno: la triste materia humana, instable, caprichosa, desleal, egoísta, rapaz, cruel... ¡qué sé yo! El señor Costa olvida la inmutable realidad y toma en cuenta sus cambiantes apariencias. ¿Por qué callarlo? Yo pienso que, con los *addenda* y *corrigenda* que el correr de los siglos y la modificación de las costumbres imponen, el breviario que escribió Maquiavelo para el joven Lorenzo de Médicis y que a tantos hombres de estado ha servido hasta ahora, puede seguir sirviendo para los del presente.

— ¿Aunque se llamen Poincaré, aunque se llamen Wilson?

— Llámense como se llamen. Pero no exageremos. Yo diría una tonta perversidad si pretendiese que Wilson se inspirara en César Borgia. Sólo quiero recordarle a usted que también desde la presidencia de la más pura de las democracias — y usted bien sabe que no lo son los Estados Unidos — hay que gobernar a *hombres* A hombres, mi querido amigo, mala casta de animales...

— Su pesimismo es feroz.

— ¡Oh, no! Es justo. Yo creo en el progreso moral de la huma-

nidad. Yo creo en días mejores. Yo creo en la virtud de éste o de aquél; pero no se me oculta que el gobernante debe vérselas con un pueblo, con la masa, temible dragón de mil cabezas, irritable, descontentadizo, siempre pronto a devorar al que está en alto; y con los políticos, clase movediza a la cual quizá convenga rezarle, pero en la que no es prudente fiarse. Yo me he conmovido y entusiasmado leyendo un libro reciente, *Fernando en el colegio,* del doctor Rodolfo Rivarola, un valiente texto para las escuelas, en el cual todo se espera de la educación cívica y moral de la juventud; sin embargo...

— Si usted me permite... Lo he leído y confieso que, respetando la buena voluntad y admirando la austeridad moral de su autor, me parece que éste ha cometido el más craso de los errores.

— ¿Por qué?

— Porque es un error, y gravísimo, poner en manos de los jóvenes de las escuelas un libro en el cual se discuten los temas políticos más candentes de la actualidad, se abre juicio sobre hombres y cosas del día y hasta se deprime la autoridad del profesor.

— ¡Del mal profesor!

— Del profesor, bueno o malo que sea, que representa un principio.

— No es la primera vez que oigo esta opinión sobre el libro. Y vea usted. Aspiramos a una más legítima forma de gobierno; nos devanamos los sesos buscando los medios para realizarla, y cuando se nos sugiere el más sencillo, el más factible, el más seguro, el más eficaz, lo rechazamos indignados. Más todavía; no sólo al rechazarlo, damos muestra de nuestra ceguedad respecto de los medios conducentes al buen fin, sino que revelamos también nuestro absoluto desconocimiento de lo que decimos anhelar. No quieren ustedes que los muchachos se ocupen de política, horrenda bestia a la cual conviene cerrar la escuela con triple candado. ¡Ay, que no entre en las aulas! ¡Y en la de moral cívica, menos que en otra alguna! El profesor disertará brillantemente sobre la soberanía popular; hará formal promesa del libre voto a los chicos para cuando sean grandes; los obligará a abrir la boca con admiración ante la majestad del gobierno; pero se guardará muy bien de advertirles que la soberanía popular suele ser un cuento, a menos que no se exteriorice por la revolución, que la libertad del voto no existe y que la mayoría de los gobernantes son ineptos o indiferentes, llegados al poder por virtud de todos los medios,

hasta de los más reprobables. El sabe muy bien estas cosas y acerca de ellas conversa libremente con sus colegas en la sala de profesores; pero Dios lo guarde de contaminar a sus alumnos con la revelación de la verdad. Para ellos la teoría, el ideal, la palabra pomposa y hueca... También los alumnos las saben, porque se las han oído a sus padres y las han leído en los diarios; y si no las saben, las sabrán, y entonces, una de dos: o sentirán todo el asco que en cualquier alma noble produce la mentira y aborrecerán la política como cosa impura y falsa, o se lanzarán en la corriente y vivirán de esa mentira, perpetuándola. De todos modos, a los unos como a los otros, la política se les aparecerá lo que es actualmente: un arte dudoso, que da honores o da de vivir, ejercido por un grupo feliz de hombres, sin que con él nada tengan que ver los más, los que no son diputados, los que no frecuentan los comités, los que no estudian para ministro... Al prohibir la entrada de la política en las aulas, ¿no queremos significar que la tenemos por tal arte dudoso?

— No tanto como arte dudoso; pero sí como un ejercicio social librado a todas las pasiones, falto de esa serenidad que debemos mantener en la escuela.

— Pero eso es desligar la escuela de la vida, es renegar de su tan decantada misión educadora, en el más amplio sentido, y convertirla en un instrumento destinado al pobre oficio de enseñar cuatro reglas áridas, cuatro nociones, a menudo falsas, un montón de mentiras, y a leer el diario y a escribir una carta.

— No, no; queremos la escuela educadora; pero usted debe reconocer que el debate en el aula de nuestros bajos y tristes casos políticos no puede servir sino para fomentar el espíritu de politiquería, tan común en los argentinos.

— Ha dicho usted la palabra que me hacía falta: la politiquería... Precisamente; ustedes, como ya afirmé, no saben lo que quieren, porque confunden política con politiquería. Yo creo adivinar la posición espiritual en que se ha colocado el doctor Rivarola al escribir su libro. Para él la política debe de ser algo mucho más elevado de lo que es para todos ustedes, hasta para los que pontifican en los editoriales. Política es el arte primero y supremo, el arte de gobernarse un pueblo a sí mismo, por la dedicación honesta y consciente de cada ciudadano a esa tarea común. El pueblo se gobierna a sí mismo por medio de sus mandatarios, el gobierno — también ustedes lo afirman; — pero inmediata-

mente incurren ustedes en una confusión, al hacer equivalente el concepto de gobernar al de mandar. Con razón observa el doctor Rivarola este error de criterio, que convierte la función de *guiar, dirigir* a un pueblo, en *mandar con autoridad.* Pero si nos atenemos al concepto democrático en su entera pureza, si entendemos que el presidente, los ministros, los legisladores, no son otra cosa que mandatarios del pueblo, elegidos por él para el cumplimiento de la elevada función de guiarlo y de dirigir sus actividades, si admitimos la libre intervención de todos y cada uno en dicha elección y la libre crítica de todos y cada uno acerca del modo como responden aquéllos a su mandato ¿qué pecado podría señalarse en el ejercicio de la actividad política? No sólo votando muy de tarde en tarde hace política el ciudadano: contínuamente la hace, todos los días, criticando los actos del gobierno, asistiendo al mitin o a la conferencia, haciendo el vacío a los pretendidos órganos de opinión que no son tales, protestando públicamente de cuanto juzga errado, ilegal, arbitrario, adhiriéndose a todo movimiento de ideas que considera justo, generoso o ventajoso, y si le parece a usted bien, cumpliendo estrictamente con su deber y educando rectamente a sus hijos. Todo esto es menester enseñárselo a los niños, ¿y cómo hacerlo si no se los pone en contacto con la realidad, habituándolos a pensar con independencia, a expresar con franqueza todo lo que esa realidad les sugiere con sus infinitos aspectos? La política es vida y no teoría; sólo en contacto con la vida puede, pues, conocérsela. ¿Y dónde ha de hacerse eso, si no es en la clase de moral cívica?

— Pero, abierta la clase al debate político, el profesor podría llevar a ella su sectarismo, sus pasiones; los alumnos, los prejuicios del hogar y de la calle, su falta de aptitud para distinguir el bien del mal.

— Esto último ¿quién lo afirma? Nuestros niños son buenos, afectuosos, leales, tolerantes; su espíritu se polariza espontáneamente hacia el bien y la verdad, y con una buena guía... Hay que temerlo todo del hombre, torcido irremediablemente por la mala educación; no del niño, materia dúctil. Nada puede esperarse ya de nuestra juventud prematuramente vieja, a la cual, cuando apenas comenzaba a vivir, le dijo este ambiente materialista: enriquécete, goza, aspira a todo, no tengas escrúpulos, ríete de los líricos. Todo puede esperarse de la juventud de mañana. Y en cuanto al profesor, implantado que fuese el sistema de la

libre discusión, ¡ay de él si se atreviese a imponer sus ideas dogmáticamente! Alcánceme usted *Fernando en el colegio,* si lo tiene. Gracias. Oiga usted estas líneas: "¿Cómo transportar el ideal a la realidad? Resuelto el problema del juicio moral ¿cómo resolverlo en acción moral? Pues! por el trabajo lentísimo si se quiere, pero el único seguro, de la educación: la educación intelectual, la que habilita para la crítica propia, personal; no la dogmática que somete todos los cerebros al mismo molde. Por la educación sentimental, por la cual, a la idea de que hay algo *bueno,* algo *mejor,* algo *digno,* algo *honrado,* algo *decente,* asociamos la pasión, y tenemos el valor de decirla a los desgraciados que padecieron el desequilibrio de la cabeza y del corazón..." En fin, mi amigo: yo creo que este ensayo de un método, como lo llama el mismo autor, debiera intentarse. Yo, si fuese profesor de moral cívica, pondría este libro sin ningún escrúpulo en manos de mis alumnos.

— El doctor Rivarola dice en el epílogo, que hizo el experimento, y con éxito. No lo dudo. Leyó algunos de sus capítulos en el quinto año del colegio nacional e interesó vivamente a los alumnos. Le repito: no lo dudo. El libro ha sido bien pensado y bien escrito, y está lleno de observaciones agudas y de consejos nobilísimos. Estoy con el autor cuando espera que algo se encontrará en sus páginas que pueda estimular al bien. Pero la generalización del método, amigo, es lo que me preocupa. Tampoco al doctor Rivarola se le oculta que su éxito dependerá de la habilidad del maestro que lo maneje...

— ¡Qué gracia! En manos de un abogadito fatuo e inepto como el que él nos pinta, claro está que no daría resultado; pero me imagino que tampoco habría de formar muy buenos latinistas un profesor de trabajo manual. Cuando se provean con mayor tino las cátedras de moral cívica... Y por lo demás, usted habrá leído cómo los muchachos hicieron justicia del abogadito. Fernando, por ejemplo.

— ¡Ay! No me hable usted de Fernando. Ese chico tan seriecito, tan cortés y tan inmensamente virtuoso me irrita los nervios. Por lo demás es un tipo irreal.

— Convengo en ello; pero ya el autor se ha adelantado a la objeción, reconociendo su incapacidad para dar al retrato del protagonista la expresión de la sonrisa. Eso es lo de menos, a mi juicio, aunque acaso hubiese convenido para el mejor éxito del nuevo método, poner al alumno en contacto con un Fernando de carne

y hueso. Por otra parte, ese protagonista es un ideal: es — vea usted aquí, en la página 219 — "el personaje de una era nueva, de una raza nueva; que no se ha formado sólo por la vieja tradición de Mayo, ni sólo por la superposición europea de la segunda mitad del siglo XIX. Es producto de todos los factores, sin exclusión de ninguno. Sin la superposición europea, no habría llegado nunca; por la sola corriente inmigratoria de diversas nacionalidades en un país desierto, en un mundo nuevo, no se habría visto sino después de épocas desventuradas, de fusión de pasiones y temperamentos opuestos... Es el tipo de la futura sociabilidad argentina, hecho en el molde de la realidad, para substituir con los sentimientos y la conducta más nobles, las violencias, apasionamientos y delitos de la lucha política por un lado, y la negligencia y abandono por otro. Trae en su corazón y en sus labios la paz y la fraternidad entre los hombres; trae el engrandecimiento de la patria por algo más que por la riqueza material que asombra; lo trae por el tesoro de virtudes morales, que ha empezado a formarse en la dignidad del hogar, y sale ahora a la luz de la vida pública."

— ¡Pum!

— ¿No cree usted en el tipo?

— Me resulta una creación retórica. Y lo curioso es que usted, el terrible pesimista de hace un instante, implacable detractor de la raza humana, se entusiasme ahora con ese ejemplar perfecto del argentino del porvenir. No lo comprendo a usted.

— No me extraña. Yo mismo advierto en mi espíritu la contradicción. La realidad me vuelve incrédulo, el anhelo de algo mejor, me induce a confiar en el mañana. Hice el elogio de *El Príncipe,* es cierto, y lo declaré bien vivo todavía: no me alegro de ello, pero debo comprobarlo porque es una verdad. El señor Costa también lo reconoce. Atienda usted: "*El Príncipe,* con sus máximas, algunas envejecidas y otras frescas como flores de veneno, con su razón de Estado, con su moral de Estado, asalta las visiones y los sueños de los hombres de Gobierno, y adaptado y atenuado según comportan los tiempos, es todavía la razón de ser, la regla y la explicación de actos y procedimientos que parecen incongruencias y no son sino aplicaciones que parecen nuevas y tienen trescientos cincuenta años."

— Bueno; y entonces ¿cómo concilia usted con eso a su Fernando?

— ¿Acaso Fernando es hombre de gobierno? Los Fernandos

son ciudadanos. Hacen política honesta desde su esfera individual, del modo que yo le pintaba a usted. Cuando ascienden al gobierno, conviene para los intereses de todos, advierta usted, para los intereses de todos, que no echen en saco roto las máximas de *El Príncipe*. "El principio de la democracia es la virtud", nos recuerda el doctor Rivarola que escribió Montesquieu. De acuerdo; pero no olvide tampoco el hombre de Estado, el consejo de Maquiavelo: si todas las virtudes no han de servir para sostenerlo al príncipe en el poder, de nada sirven. Lo malo es que Maquiavelo pensaba en sostener al príncipe. Yo pienso, en cambio, en la felicidad común. Mentir puede ser una necesidad suprema para el hombre de Estado.

—Lo de siempre: el fin justifica los medios.

—Lo de siempre. ¿Lo reprueba su moral abstracta? Pues lo reconoce como un hecho mi moral práctica.

—En una palabra: ¿Usted no admite la redención de la política del pecado original que lleva marcado en la frente? ¿Es usted anarquista, entonces?

—No creo en el anarquismo. Creo en la necesidad del gobierno y en que la actividad política es útil. Pero sé también que hay una moral de Estado, que sólo por momentos puede coincidir con la moral privada. Reconozco, eso sí, que esa moral de Estado evoluciona continuamente hacia formas superiores, depurándose y ennobleciéndose. Acaso algún día...

—¿Algún día?

—No sé. No soñemos... Quedémonos en la realidad, en esta realidad visible y tangible que estamos viviendo, en la realidad contemporánea del libro de Costa. Justamente, usted no me ha dicho todavía su juicio acerca de él.

—Me parece un libro rico de observaciones, agudas y certeras la mayoría de las veces. Como comentario de la reciente elección, bien que escrito antes de ella, viene como de perlas. Se está discutiendo en estos momentos la aritmética del escrutinio. Evidentemente el sistema de lista incompleta no es el más lógico de los posibles. *La Nación* lo ha demostrado hasta la saciedad. Superior a todas luces al anterior, pero inferior al de circunscripciones o al proporcional. Costa aboga por el de circunscripciones, que ya defendió en 1911 en la cámara ¿recuerda usted? Según este sistema la comuna se asegura su representación, única raíz del gobierno propio.

— Es un terrible lío éste de los sistemas electorales, mi querido amigo. Ni yo sabría desenredarlo aquí delante de usted, en cinco minutos, por inspiración sobrenatural, ni usted tampoco, ni el señor Costa. Lo que en Inglaterra da excelentes resultados, podría fracasar entre nosotros. Usted bien sabe que las generalizaciones son peligrosas en política. Convengo en que el sistema de lista incompleta, al no admitir sino una minoría, y al eliminar todas las demás, que juntas pueden formar mayoría, es ilógico.

— ¡Es monstruoso! Bien dice Costa que si tuviésemos el sistema proporcional por circunscripciones, a nadie se le ocurrirían concentraciones absurdas — como se ha visto recientemente — pues cada partido tendría lo que en derecho le corresponde.

— De acuerdo; pero la vida política está hecha de experimentos, de tanteos, de ensayos. El sistema en vigencia ha dado algunos buenos frutos: no nos indignemos demasiado contra él. ¿Creen ustedes más en el de circunscripciones? Pues establézcanlo y veremos. Mucho me temo ver de nuevo en el Congreso a los caudillejos de parroquia.

— Ya se hizo un ensayo feliz en 1904.

—Diga usted más bien un ensayo dudoso, que no da pie a muchas deducciones. No veo, por otra parte, que el sistema por circunscripciones mejore la lógica de la aritmética electoral. Prefiero el riguroso sistema proporcional. Mientras ustedes, los descontentos del vigente, se preparan para abolirlo, yo no me indigno demasiado contra él, pues me basta observar sus resultados consoladores. No le neguemos al doctor Sáenz Peña la sal y el agua.

— Resultados que se deben a la depuración del padrón, y al voto secreto y obligatorio, y no a la lista incompleta.

— Reformas que el señor Costa censura severamente.

— No tal. Sólo combate el padrón militar y el voto obligatorio; el primero porque es un método centralista, susceptible de ser empleado con torcidos fines por un gobierno elector; el voto obligatorio porque, como él bien dice, es una palabra pero no una cosa. La sanción penal para los no votantes, usted lo ha visto, es lenta y poco eficaz; además, a nadie puede impedírsele que ponga en la urna su boleta en blanco.

— Es cierto; pero le repito a usted: las leyes son tanteos, ensayos, experimentos, impulsos. El fantasma del voto obligatorio ha hecho votar en la capital a 107.000 ciudadanos en la anterior elec-

ción, a 109.000 en la última, cifras nunca alcanzadas antes de ahora. Así los ciudadanos se han acostumbrado a conocer el comicio, a no tenerle miedo, a comprender la sencillez y la belleza del acto. Algo de eso quedará.

— Todos frutos de la imparcialidad gubernativa, no de la ley. El día en que un gobierno dé máquina atrás, ¡ay!, volveremos a lo antiguo.

— Me permito observarle, ante todo, que no será tan fácil dar máquina atrás impunemente. Buenos Aires ha conocido la alegría de la posesión de la libertad electoral y no permitirá que se la arranquen. En segundo lugar, usted reconoce que todo este progreso deriva de la patriótica, de la — si usted lo quiere así — ingenua fe de Sáenz Peña en la democracia, en la cual no cree el señor Costa, a pesar de su libro...

— ¿Cómo que no cree?

— No, no cree. Porque ¿qué confianza puedo prestar a sus entusiastas declaraciones sobre el sistema representativo y el gobierno propio, cuando de pronto le oigo decir, aquí en la página 44: "Se confundió el síntoma con la causa y se dijo: — "El país no se siente bien porque el pueblo no vota." Lo único que faltaba saber para poder curar era por qué no votaba el pueblo. El clínico dijo que era por causa de los gobiernos, como las gentes de nuestras campañas cuando recién vino el cólera, decían que era por causa de los médicos que desparramaban unos polvos. Y los más, atenta la reputación bien adquirida de los gobiernos, encontraron que el nuevo debía tener razón. Y el diagnóstico quedó hecho, y el gobierno, que así se llamó a sí mismo el Ejecutivo, quedó consagrado a un solo fin, la furia del sufragio. No se le ocurrió pensar que si el pueblo no votaba no sería porque estaba enfermo, sino porque estaba ocupado en otra cosa, tal vez en la formación de la riqueza, que precede en la sociedad al ejercicio de la libertad política, ya que es ésta la última etapa, como si dijéramos la mayor edad de las naciones". Y más abajo habla de las "píldoras combinadas que nos hicieron tragar", refiriéndose a la reforma. Dígame usted ahora si es que yo no entiendo bien, o si a esto puede llamarse tener fe en la democracia. Hay que decir la verdad, mi amigo. El señor Costa es profundamente sincero en su libro; el capítulo *En carne propia,* confesión y arrepentimiento de un resucitado, es bello y conmovedor; pero el señor Costa es un político criollo de la vieja guardia: no cree en el pueblo.

—¿Que no cree? ¿Que no cree en los destinos de la República, en la juventud, en el futuro? Ese capítulo que usted me cita es el más enérgico desmentido a sus palabras de usted.

—¿No le he dicho a usted que el señor Costa es sincero en su patriotismo? Pero, aunque pasándome tal vez de suspicaz y de maligno, yo creo que su escepticismo de viejo gobernante le dice allá en su fuero interno: la patria la han hecho las clases dirigentes, no el pueblo. Y acaso tenga razón...

—¡Oh!

—... acaso tenga razón, pero entonces que no se contradiga, que no me venga a hablar de la democracia; que sea franco, que proclame bien alto su concepto oligárquico del gobierno.

—Claramente, sin embargo, expone su concepto del *mandato* representativo...

—Y censura al presidente por haber hecho *gobierno sin partido*, en lo cual tiene razón, a mi juicio, pero que en su libro equivale a esto otro: por haberse desligado de la Unión Nacional, es decir, de la oligarquía.

—¿Mas no dice usted que tiene razón al censurarlo?

—Sí, del punto de vista teórico, porque el gobierno representativo debe ser esencialmente de partido — en una forma superior, se entiende, y no en el sentido de gobierno para el partido; — no, del punto de vista circunstancial del momento, por cuanto Sáenz Peña no debía, no podía gobernar con la Unión Nacional, heterogénea agrupación de intereses, no de ideas. Aquí vuelve sobre el tapete lo de la moral de Estado. Esta le dictaba al Presidente, por el bien común, la inconsecuencia con los suyos. A haber sido buen amigo, el doctor Sáenz Peña no nos hubiese dado ni el espectáculo del 7 de Abril del año pasado, ni el del 30 de Marzo de este año. Naturalmente los hombres de la Unión Nacional no le perdonan el voto secreto. Con sinceridad encantadora acaba de escribirlo el doctor Rodríguez Larreta: el voto secreto fomenta la deslealtad. ¿Ha leído usted esa impagable argumentación, en el libro *Escritos y discursos?* ¿Con qué derecho mi peón vota contra mí? — dice más o menos el distinguido ex ministro. ¡Y luego él también vendrá a cantarnos las alabanzas de la democracia y del sufragio universal! Seamos lógicos al menos, y francos sobre todo: defendamos el voto calificado. ¡Pero no conviene! El sufragio universal en el papel, y en la realidad la opresión o la venalidad: eso es más seguro.

— El señor Costa no rechaza el voto secreto.

— Me alegro mucho.

— No lo cree estrictamente moral; pero admite su empleo, siempre que el ambiente lo requiera.

— Así lo declara también el doctor Rivarola.

— Sostiene eso sí, que el país no ha sido consultado antes de imponérsele la reforma; que ésta requería una mayor discusión previa, a fin de evitarnos caer en lo incongruente o en lo prematuro.

— De los frutos que ha dado puede ahora inferirse la excelencia del ensayo.

— ¿Los encuentra usted buenos?

— A usted le dejo resolver.

— ¿No cree usted que sea de temer esta sorprendente simpatía de Buenos Aires por los partidos extremos? Ayer el radical, hoy el socialista...

— ¿Y qué? Esa misma instabilidad de la masa, ese mismo favor inesperado que ha demostrado en dos ocasiones, respectivamente, por los radicales y los socialistas, prueban el entusiasmo democrático con que la capital se ha lanzado a la lucha, prueban con qué interés Buenos Aires persigue la constitución de un congreso que sea la genuina representación del pueblo, y en el cual se trabaje de veras. Ayer pusimos nuestra confianza en los radicales, que me hará usted el favor de no llamar partido extremo; lo esperábamos todo de ellos. Nos han robado la plata. ¡Y bien!, nos hemos pasado a los socialistas, satisfechos como estamos de la actuación de Justo y Palacios. Mañana, no sé. Yo espero que los socialistas sabrán defender su victoria. ¿Qué ve usted de extraño y peligroso en todo esto?

— El peligro extranjero.

— ¡Ah, sí! Lo atemoriza a usted el senador extranjero electo y la composición del colegio electoral. Bueno. Reduzcamos el asunto a sus líneas simplicísimas. Antes de todo, ustedes no podrían demostrarnos que el triunfo socialista se deba al voto de los naturalizados. La estadística nos ha dicho qué exigua cantidad representan éstos dentro de la población electoral, y además, todos sabemos que aquel triunfo se debe a muy otras razones. Conozco a muchos profesores universitarios argentinos que han votado por Del Valle, Repetto y Bravo; no sé, en cambio, si han hecho lo mismo los barrenderos calabreses que Ganghi ciudadanizaba y

empleaba. Luego ustedes no tienen derecho a establecer distinciones en la legión victoriosa, entre los nativos y los naturalizados. Todos ellos son igualmente ciudadanos, una vez que han sido admitidos en el hogar común. Corrijan ustedes, si les parece bien, la ley de ciudadanía. Pero obrarán mal si lo hacen, porque sólo por la incorporación de los extranjeros en nuestra vida política, ha de realizarse la completa transformación del régimen que anhelamos. Así lo ha comprendido el partido socialista, y muy bien lo ha planteado a raíz de la última elección, en su manifiesto, sencillo documento que supongo habrá usted leído. Pasamos por una revolución pacífica, que únicamente puede asustar a los estadistas de *La Prensa,* cuya tremenda filosofía política está en plena ebullición en estos momentos. Resuelta la crisis por la formación de verdaderos partidos que sepan qué quieren y a dónde van, y partidos con hombres, no huérfanos como los de ahora, lo que venga no podrá ser sino mejor de lo que ha sido y es. De ahí tal vez surjan los fundamentos de la democracia de verdad por la cual luchamos, puesto que las oligarquías hasta ahora gobernantes parecen haber cumplido su destino histórico. Escuche usted lo que dice el doctor Rivarola: "La Argentina será un gran pueblo por la concordia cada vez más íntima entre ciudadanos y extranjeros; no lo será si desgraciadamente se incita a las desavenencias entre las razas que forman una nueva." *Fernando en el colegio* tiene muchas páginas elocuentes sobre este particular. Y ahora recuerdo que nuestro amigo Giusti que nos escucha en silencio, fumando y sonriendo, escribió años atrás algunas páginas de buen sentido acerca de lo mismo. Pero, por favor, no nos metamos en este berenjenal del nacionalismo: nos quedaríamos sin cenar y no nos entenderíamos. Hablemos de cosas más alegres. ¿Ha leído usted el manifiesto radical?

—¡Figúrese usted! Lo llevo en el bolsillo como una reliquia. Empieza a parecerme que Costa expresa una gran verdad cuando dice que, tarde o temprano, o el Presidente estará en su casa, o el General — Hipólito Irigoyen — en un pontón. Es sorprendente y digna de estudio la enfermedad radical. Y pensar que si hubiera en ese partido unos cuantos hombres de ideas, de palabra y de acción — qué digo, uno solo — podrían hacerlo todo, conseguirlo todo! Hemos sido muchos los desilusionados.

—¿Y no conoce la versión poética del manifiesto?

—¡No!

— Voy a leerle una estrofa:

¿Qué es eso Buenos Aires? ¿Te hicieron el ultraje?
¿Y no tronó al unísono castigo sin igual?
¿Adónde están tus hijos? ¿Adónde su coraje?
¿Acaso es que volvemos de nuevo al vasallaje
Y nada es el pecado para curar el mal?

— ¿Del senador Crotto? ¿del poeta Riú?

— No, no creo. Pero se nota que la ha escrito un radical. Basta leerla.

ROBERTO F. GIUSTI.

MOMENTOS

I

Enmudeciste... y luego,
con el hosco silencio fué el olvido
nevando sobre el ruego
del Amor en tu pecho entumecido.
Yo, no puedo olvidar, ni callar puedo
porque el Dolor es lengua que no calla
nunca, nunca. Por eso sobre el ledo
ritmo del verso mi dolor restalla;
manando de una fuente que no cesa
de glosar monocorde la tristeza
del humano vivir; ¡falaz quimera!
Y mi vida espejada en la corriente,
se contempla a sí misma en el doliente
espejo del pasado... y nada espera!

II

Y nada espero. Toda Vida es trunca.
Las horas dan, lo que las horas quitan.
Nunca vuelve el pasado, ¿sabes? ¡nunca!
ni las dichas pasadas resucitan.
En el recuerdo inmoble ¡ay! apenas
dibujan sus siluetas ilusorias,
las dichas y las penas,
dichas y penas que no tienen glorias.

La noche azul, aquel jardín callado,
los jazmines más blancos que la luna.
¿Dime, no vierten claridad alguna?
¿Son de horas muertas que no tienen dueño?
Nunca torna el pasado.
Dime ¿te quise?, ¿fué verdad o sueño?

III

Sueño o verdad, al fin, es vana empresa
penetrar en el Alma de las Cosas.
El fatigante aliento de las rosas
perfuma, lo demás, no me interesa!
Y si todo es mudanza y no es posible
las Horas modelar en bronce eterno,
y al empuje del Tiempo irresistible
la Primavera pasa y el Invierno,
protéico yo también a otros lugares,
es fuerza que me aleje sin agravios.
—Así la vida entiendo—
y por la noche que no tuvo azahares
y por el beso que no halló tus labios,
he aquí mi mano. ¿Ves? yo te la tiendo!

JORGE BORGES.

LA COMEDIA DE HOY

FARSA EN UN ACTO

ORIGINAL DE ROBERTO L. CAYOL

PERSONAJES:

Marta. — Fidel. — German. — El actor X.
Un criado.

ESTRENADA EN EL TEATRO "NUEVO"
EN MARZO DE 1913

LA COMEDIA DE HOY

ACTO UNICO

PROLOGO

A telón corrido

El actor X. — La comedia de hoy y la de mañana, la comedia fugaz, la comedia película. Pero ante todo la comedia rara. ¡Lo raro! he ahí la palabra con que este siglo que sabe jinetear pájaros de acero justifica su mal gusto. Por raro triunfa el cinematógrafo, teatro espectral en el que hasta las mujeres realizan el milagro de pasar sin decir nada,... por raro, Sherlock Holmes, detective mecánico, que lleva un reloj en la cabeza para cazar ladrones a plazo fijo; por raro, en fin, ese breviario del perfecto mal gusto que se llama grand guiñol.

Pero, antes que raro, todo es de una concisión encantadora. Hemos dejado demasiado atrás la Belleza para detenernos a contemplarla: una mueca de Max Linder, la diestra mágica de Rafles escamoteando un collar, apenas si nos ocupa el tiempo necesario para observarles y seguir la marcha. Vivimos demasiado de prisa para admirarnos ante los demás; una egoísta noción del tiempo nos ha enseñado que aún nos es breve la vida para admirarnos de nosotros mismos.

Y este frío desdén con que volteamos hoy ídolos de ayer, este *manficismo* por lo transcendental, acaso no sea más que una conquista de nuestra propia conciencia. ¿Qué han de decirnos los hombres que no podamos decirnos nosotros? Harto viejos estamos para que sus palabras puedan parecernos nuevas.

¡Las palabras! ¿acaso ignoramos que son los medios de que nos valemos para disfrazar nuestros sentimientos? Cuando le decimos a un sujeto: —¡Que usted lo pase bien! ¿no solemos pensar qué ojalá le parta un rayo? Cuando ofrecemos a una mujer felicidades sin cuento ¿no es que hemos dado en la forma de hacerla infeliz?...

¡Decir lo que no decimos! He ahí una idea.

Si los personajes dijesen en el teatro lo que piensan, que es lo contrario de lo que hacemos en la vida, ¿no habríamos hallado una manera novedosa de distraernos?

Eso es lo que el autor de "La comedia de hoy" intenta — a medias — en su pequeña farsa. Sus tres monigotes, arriesgan a ratos esa verdad que duerme en los labios de todos, pero que no decimos por temor o por costumbre. Pero sólo a ratos: que pretendiendo parecer reales, y siendo la realidad una serie de mentiras convencionales de las que no podemos prescindir sin pasar por locos, su verdad llevada a los extremos no haría más que poner en ridículo al sentido común.

Todo esto lo intenta el autor en forma muy fugaz, muy trivial. Y así, sin más pretensión que la de una película parlante, sin más trascendencia que la de un guiño de Toribio: no por "jugar a la verdad" en ella, quien sólo aspira a distraeros, ha de intentar probar que exista menos farsa en esta farsa que en la vida, ni que sean estos muñecos vestidos de señores, algo más que otros señores... que no visten de muñecos.

....Pero ha sonado la tercera y la farsa ha de empezar. Ya os dije que es muy breve, sin argumento casi. Apenas caben en ella un matrimonio y un amigo; pero donde cabe un matrimonio y un amigo, sobra trecho para una mala intención. Y eso es bastante.

Y ahora, perdonad mi indiscreción aunque condenéis la del autor.

CUADRO UNICO

Suntuoso despacho en casa de familia: puertas practicables a la derecha, y al fondo gran ventanal con estores de linón y visillos. En el ángulo izquierdo, portal que comunicará con el vestíbulo, del que se ve una percha y juego de mimbre.

Todo respira hastío en aquella casa: las bibliotecas abarrotadas de libros, el tono desteñido del empapelado, las flores marchitas desmayadas sobre el borde de largos floreros. Al descorrerse los visillos de la ventana, cuando lo indique el diálogo, el cuadro es angustioso: bajo un cielo de alcanfor en que a ratos logra escurrirse un sol anaranjado, cae la lluvia incesante. Es una lluvia de invierno, una garúa finísima que se pulveriza sobre arbustos decrépitos, sobre jardines estériles. Es media tarde.

ESCENA I

GERMÁN y MARTA. — *(Leen a respetable distancia, indiferentes)*

Marta.—(Después de una pausa, cerrando el libro, contrariada). ¡Bah! cada día más pavos estos franceses modernos.

Germán. — ¡Mujer! son muy sutiles.

Marta. — Sí, ya sé que ahora llaman así a lo trivial. ¡Qué quieres! a mí no me dicen nada estos franceses. Escriben con aguja de tejer. Mucha puntilla, pero poco paño... *(Se dirige a la ventana y descorre los visillos. A poco se vuelve contrariadísima y sentándose pega con el pie en el suelo).* Tengo un esplín enorme, aplastante!

Germán. — *(Dejando el libro y mirando hacia la ventana).* Eso, aplastante! Y mira como llueve: el cielo es color alcanfor, parece que nos tapa, que nos ahoga... Otro día sin volar!

Marta. — ¡Qué horrible! No poder ir a Palermo.

Germán. — Ni al *field.*

Marta. — ¡Ni a ninguna parte!

Germán. — No poder batir ningún *record* nuevo... aunque sea el de aplastamiento en altura. *(Breve pausa. Ambos bostezan).*

Marta. — *(Suspirando).* Si viniera algún amigo tuyo para distraernos...

Germán. — O alguna de tus amigas.

Marta.— Martínez, que es tan espiritual. O Fidel, el incorregible Fidel.

Germán.— Esthercita, tan anglosajona, tan liberalota...

Marta. — Decididamente nos aburrimos, querido esposo.

Germán. — ¡¡Desesperante! condenados a estar el uno frente al otro como dos imbéciles.

Marta. — Dí como dos novios.

Germán. — *(Sonriente).* ¡Pero, mujer! ¿no lo acabo de decir?

Marta. — *(Ríe nerviosamente).*

Germán. — ¿De qué te ríes?

Marta. — De nuestro noviazgo. ¿Y tú?

Germán. — De nuestro matrimonio.

Marta. — ¡Somos originalísimos! Calcula cómo nos aburriríamos si fuésemos vulgares?

Germán. — No digas disparates. ¿Crees que cualquier tonto se aburre? Y sin embargo, somos vulgares hijos de este siglo cansado en que vivimos.

Marta. — ¿En qué quedamos?

Germán. — En que nos aburrimos; en que hace cinco años que nos aburrimos cordialmente.

Marta. — ¿Y por qué?

Germán. — *(Con cierto temor).* — No, ¿para qué decirlo?..

Marta. — Sigue... es interesante, tiene el encanto de lo peligroso.

Germán. — No, no... cuando pensamos parecemos fantoches.

Marta. — Pues juguemos a los fantoches para distraernos.

Germán. — No... Luego que el cerebro no sabe sentir y dice cosas frías como la muerte.

Marta. — Pues el corazón que no sabe razonar se encargará de volvernos a la vida cuando nuestro diálogo sea más cruel. *(Con mucho interés).* Sigue... o voy a creer que tienes miedo como un vulgarísimo marido...

Germán. — *(Nervioso).* ¡Oh, no! tú sabes que no. ¡Temen los ridículos; yo no temo!

Marta. — ¿Y entonces?... Después de todo; si no hubiera sido sincera contigo; pero también te he dicho yo, varias veces, que me resultas plumbeo. ¡Anda! ¿por qué nos aburrimos?

Germán. — ¡Qué sé yo! Tal vez porque, sin saberlo, nos respetamos, nos tememos mutuamente.

Marta. — O quizás porque no nos tememos. ¿No has compa-

rado a veces ciertos matrimonios, con un largo viaje en mula, sin ningún accidente que los haga interesantes?

Germán. — ¡Es ridículo el matrimonio!

Marta. — O perverso.

Germán. — Un fastidio compartido entre dos.

Marta. — *(Suspirando).* ¡Nada más que entre dos!

Germán. — ¡Marta!

Marta. — ¡Ja, ja, ja, me ha gustado ese gesto! ¿Ves los inconvenientes de decir lo que pensamos? Yo pensaba que a veces es compartido entre tres...

Germán. — ¡Marta!

Marta. — ¿Pero no era que no temías?

Germán. — ¿Temer yo? ¿Crees que soy un imbécil? *(Reanudando).* ¿En qué quedamos?

Marta. — Entre dos...

Germán. — Entre dos que se están obstaculizando; hiriéndose amablemente; inutilizándose.

Marta. — *(Golpea sobre la mesa).* Entonces, yo protesto por mí y por tí! protesto, y digo que el matrimonio es la losa del amor; porque el amor no debe ser egoísta; debe ser amplio y generoso; debe ser de todos!

Germán. — *(Nerviosísimo).* ¡Marta, Marta! Observa lo que dices: soy tu marido.

Marta. — ¡Ja, ja, ja, no te vuelvas ridículo! ¡Si hasta jugando a los fantoches sois fantoches los hombres! ¡Merecerías no ser un muñeco inteligente!

Germán. — Es que...

Marta. — Es que estás atado a la realidad; ¡es que tienes más corazón que yo! Lo siento por tí, que celas hasta de lo que pienso.

Germán. — *(Levantándose, con orgullo).* ¡Celoso, no! No me pongas ese mote tan ridículo. *(Da unos pasos y se sienta visiblemente contrariado a cierta distancia)*

Marta. — *(Que le observa).* Ante todo, hablábamos jugando... Peor sería matar las horas diciéndose tonterías, como los novios de antes. *(Yendo a él y acariciándolo muy mimosa).* ¿Pero te has quedado serio, rico?

Germán. — *(Apartándola).* ¡Quita!... Me fastidias con tus caricias.

Marta. — *(Después de un silencio de sorpresa)* ¿Cómo?

Germán. — ¡Claro! te vuelves pegajosa como un mosquito.

Marta. — Pero... ¿una caricia mía? ¿Y tienes valor de confesármelo? *(Rompe a llorar).* ¡Nunca hubiera esperado semejante desprecio!

Germán. — *(Nervioso).* ¡El demonio te entienda! ¿No era que te asqueaban los matrimonios melosos?

Marta. — *(Llorando).* Pero ahora no se trataba de los otros; se trataba de mí...

Germán. — *(Sonríe).* ¡Egoísta!

Marta. — *(Llorando siempre).* Después de esto no podremos ser felices; me has separado con repulsión; sí, con repulsión...

Germán. — *(Cariñoso).* Pero ven aquí...

Marta. — ¡Es inútil! no has de componerlo con palabras.

Germán. — ¡Bah! eres una neurasténica vulgar.

Marta. — ¡Eso es! insúltame encima. ¿Yo neurasténica? Mira, Germán, que estoy muy nerviosa, y que me va a dar algo!

Germán. — *(Medio mutis).* ¡Ojalá te dé!

Marta. — ¡Pues no te daré el gusto; no me dará nada!

ESCENA II

Dichos y CRIADO

Germán. — ¡No puedes vivir un cuarto de hora en paz! ¡Me voy al club!

Criado. — El señor Fidel.

Germán. — ¡Qué broma, y tengo urgencia de ir al club! *(Marta al oir el anuncio se seca las lágrimas precipitadamente).* ¿Quieres atenderlo?

Marta. — *(Sorprendida).* ¡Yo! ¿así, toda despeinada, con esta facha? ¿Crees que estoy loca? ¡Qué diría! Espera; entretenle un rato, y me arreglaré. *(Medio mutis).*

Germán. — *(Con desagrado).* ¡Tienes coqueterías de muchacha soltera!

Marta. — *(Desde la puerta).* Si las tengo, mejor, ¡celoso! *(Mutis por derecha).*

Germán. — *(Preocupado).* ¿Y ahora quién se echa atrás? *(Al sirviente que está en el fondo sin oir lo anterior).* ¡Que pase! *(Se va el criado).* ¡Hum! le preocupa demasiado que la encuentre desaliñada

ESCENA III

GERMAN y FIDEL *que antes de entrar dejará el impermeable y el sombrero en la puerta*

Fidel.— (Desde el vestíbulo) ¡Muchacho, qué día! Está esa calle que parece una pileta.

Germán. — Adelante, amigo Fidel.

Fidel.— (Entrando). ¿La señora buena? ¡A tí ni se te pregunta; a tí no te parte un rayo!...

Germán. — Buena, gracias. *(Arrugando la nariz).* ¡Corcho! ¿Y qué perfumado vienes!

Fidel. — *(Con deleite).* Es chipre... Dicen que las desvanece.

Germán. — Siempre el mismo. ¡Siéntate!

Fidel. — ¿Conque la señora buena?

Germán. — Buena.

Fidel. — ¡Está bueno!...

Germán. — Y, ¿qué milagro es éste?

Fidel. — Milagro de día de lluvia; los días de lluvia los dedico a visitar casados.

Germán. — ¿Por?

Fidel. — Porque son los días en que deben arrepentirse más, pues están más inmediatos...

Y por cierto, que un marido debe agradecer en días así, la visita del amigo soltero, del compañero de viejas correrías, que le trae aires de vida, perfumes de recuerdos... *(Tocándole el abdomen).* Ja, ja, ja, ¿recuerdas cuando nos dedicábamos a las casadas?

Germán. — *(Desconcertado).* Sí... me acuerdo... sí.

Fidel. — ¿Qué tiempos, eh? El día que nos casamos nos ponen un centinela con faldas que guarda bajo doble llave la mitad más alegre de nuestra vida!

Germán. — Oh, no... no siempre.

Fidel. — Claro que hay excepciones; pero para muchos se acabó ese día la libertad. Y al decir la libertad, he dicho el amigo soltero que es algo así como la Marsellesa de algunos maridos...

Germán. — ¡Oh! no, no...

Fidel. — ¡Sí, Germán, sí! Al amigo soltero ni le ofrecen la casa; no sé si de miedo. *(Suspirando).* Yo me he indispuesto con muchos casados.

Germán. — *(Con interés).* ¿Por qué?

Fidel. — Por eso. ¡Y con lo que me gusta a mí visitar matrimonios!

Germán. — ¿Sí, eh?

Fidel. — ¡Calcula! me encuentro tan cómodo. *(Después de pausa).* No; ¡y te advierto que los hay muy felices!

Germán. — *(Impaciente).* Ya lo sé, ya...

Fidel. — ¡No sé explicarlo! Seré yo muy noble, gozaré con la felicidad ajena, pero es lo cierto que estoy convencido de que no necesito casarme para ser feliz. Me basta con que se case algún amigo.

Germán. — ¿Eh?

Fidel. — ¡Qué quieres!... cosas del corazón; soy demasiado amigo de mis amigos!

Claro es que a un ridículo no podría hacerle estas confesiones, porque las interpretaría torcidamente. *(Palmeándole).* Le hablo a un hombre de talento. ¡Sólo celan los imbéciles!

Germán. — *(Finge tranquilidad).* Claro... los imbéciles. Después de todo, cuando se tiene una mujercita, así, como la mía, tan señora de su casa, tan razonable, tan cariñosa, tan... tan...

Fidel. — ¡Músicas! no necesitas decirlo. ¡Si sabré yo quién es tu señora!

Germán. — ... Pero siempre es agradable recordarlo; yo estoy encantado de mi mujer... *(Queda pensativo).*

Fidel. — *(Aparte).* La elogia, luego la teme. *(Después de pausa).* ¿En qué piensas?

Germán. — No... no, en nada.

Fidel. — En algo ha de ser.

Germán. — Tonterías... en el club. Cuando tú llegaste me disponía a ir al club.

Fidel. — *(Incorporándose).* ¡Oh! ¿de modo que yo he venido a interrumpirte?

Germán. — *(Instándole a que se siente).* ¡Hombre, no seas tonto! ¿es que te vas a ir por eso?

Fidel. — No, si no soy tonto, me paro para exigirte en nombre de nuestra vieja amistad que no te violentes por mí... que vayas! Yo me quedaré acompañando a tu señora.

Germán. — Es que...

Fidel. — ¡Nada, nada! a cumplir con sus obligaciones. *(Cambia de tono).* ¿O es que te choca lo que no es más que una prueba de

educación de mi parte? ¿Dudas de mi sinceridad? ¿Dudas de ese encanto que tienes por mujercita?...

Germán. — *(Impaciente).* ¡No digas desatinos! ¿Dudar yo? ¿me crees tan poco hombre? ¡Para que veas, voy a ir!

Fidel. — *(Abrazándole).* Así me gusta. ¡Si vieras qué alegría me das!

Germán. — ¿Alegría, por qué?

Fidel. — Por eso... porque aun crees en la sinceridad de tu viejo amigo. *(Mirándole mucho, y después de una pausa).* Y es que hoy te noto raro... no eres franco como otras veces... ocultas algo. *(De pronto).* Dime: ¿has reñido con tu mujer, verdad?

Germán. — Pequeñeces... una cosita de nada... lo de siempre. Cuatro lagrimitas y nada más.

Fidel. — *(Frotándose las manos).* ¡Ajajá! ¿También lagrimitas, eh?

Germán. — Como todas...

Fidel. — *(Aparte).* ¡Si tengo un ojo clínico! *(Dándole ánimo).* ¡No hagas caso! Tienes una mujercita encantadora.

Germán. — *(Fastidiado).* Ya lo sé, ya.

Fidel. — ... Por si lo ignorabas.

ESCENA IV

Dichos y MARTA, *elegantísima y monísima.—Al final* CRIADO

Fidel. — Señora, ¿cómo lo pasa usted?

Marta. — Muy bien. *(Fidel le ofrece una silla).* No se moleste por mí.

Fidel. — No es molestia.

Marta. — Vaya, gracias. *(Se sientan próximos).*

Germán. — *(Aparte).* ¡Y se ha puesto linda por él, ya no me cabe duda!...

Marta. — *(Muy cariñosa).* Tú, Germancito, ¿no ibas al club?

Germán. — Sí, Martita, sí...

Fidel. — Es lo que yo digo: si ha de privarse de hacerlo por mí me obliga a retirarme.

Marta. — No faltaba más.

Fidel. — También lo decía yo...

Germán. — *(Toca el timbre. A Fidel).* ¿Quedamos en que me esperas?

Fidel. — ¡De mil amores!

Marta. — Sí, señor, ya sabe usted con el gusto que se le recibe.

Fidel. — *(Aparte sonriente).* Con el gusto que se le recibe.

Germán. — *(Aparte muy serio).* Con el gusto que se le recibe.

Criado. — ¿Llamaba el señor?

Germán. — Sí. El impermeable y el sombrero. ¡Pronto!

Criado. — Al instante. *(Se va).*

Germán. — *(A Fidel).* Es urgente, ¿sabes? Pero hablaré breves minutos con el secretario y en seguida estaré de nuevo con ustedes.

Fidel. — Por mí tómate el tiempo que quieras; ya sabes que yo no tengo apuro...

Germán. — Gracias...

Fidel. — ¡De nada! Para cuándo han de ser los amigos.

Marta. — *(A Fidel).* ¿Qué día horrible, eh? La pone a una de un humor de todos los diablos.

Germán. — *(Aparte).* ¡De todos los diablos!

Criado. — ¡El impermeable! *(Lo entrega y se retira).*

Germán. — Hasta luego.

Marta y *Fidel.* — ¡Hasta luego! *(Germán al llegar al vestíbulo les mira disimuladamente. Al pasar por el fondo vuelve a mirar por la ventana).*

ESCENA V

MARTA y FIDEL

Hay una pausa larga. Marta mira al suelo indiferente. Fidel se arregla el peinado para parecer mejor, sacando ocultamente un espejito de mano.

Fidel. — *(Insinuante).* Hemos quedado solos como dos novios.

Marta. — *(Con intención).* Caprichos de la amistad. Germán nos conoce bien a usted y a mí, para podernos dejar así, como usted dice... como dos novios.

Fidel. — Es cierto.

Marta. — *(Maliciosa).* Se ve que es usted perspicaz.

Fidel. — No comprendo.

Marta. — Yo sí lo comprendo a usted...

Fidel. — ¿Por qué lo dice?

Marta. — Por eso de los novios... Sí que es maliciosa la salida.

Fidel. — *(Cohibido).* Pero... ¿no es cierto que a veces se dejan solos a los novios?

Marta. — Sí, a veces... Sobre todo cuando el novio es tonto; cuando no se le teme.

Fidel. — ¡Señora! eso es llamarme tonto a mí.

Marta. — ¡Ja, ja, ja! ¿acaso es usted mi novio?

Fidel. — No, pero soy amigo de su marido.

Marta. — Después de todo, ya le he dicho que le creo muy vivo.

Fidel. — *(Altivo).* Y aunque no lo hubiese dicho, y perdone la altivez, me obligaría a que le demostrase que sí, que lo soy!

Marta. — No ha de faltar oportunidad.

Fidel. — Cuando usted guste.

Marta. — ¿Ve usted? ahora me parece más interesante. No es perdonando siempre nuestras impertinencias con una galantería servil como se nos llega más pronto. A nosotras nos gustan esos hombres así, galantes y altaneros a la vez; nuestro hombre debe tener algo del Adán que se dejó vencer por Eva, y algo del Luzbel que se rebeló contra Dios. *(Lo mira con fingida afabilidad).*

Fidel. — *(Muy meloso).* Marta... ¿por qué me mira usted así?

Marta. — *(Sonríe).* Se ha acalorado usted y el disgusto le ha agregado un nuevo atractivo...

¡Si viera qué buen mozo se pone, cuando se queda serio!

Fidel. — *(Aparte).* ¡Yo saco mi Luzbel!... *(Muy serio).* ¡Señora! me obliga usted a devolverle su estiletazo: me ha echado un piropo y es casada.

Marta. — ¿Y qué? ¿Acaso no es el matrimonio un paso hacia la sinceridad? Nos casamos para hablar más; para decir todo lo que nos hemos callado de solteras. Por algo se ha dicho de él, que es la carrera de la mujer; y es que la mujer ha nacido para hablar mucho, y hay cosas que sólo se pueden decir teniendo marido...

Fidel. — *(En voz baja).* Señora...

Marta. — Sí; le he llamado a usted buen mozo; pero se lo puedo decir con el desinterés propio de mi estado.

Fidel. — *(Serio).* Muchas señoras no lo entienden así, sin embargo.

Marta. — *(Desdeñosa).* ¡Bah! no se fíe usted de esas señoras que se cubren los ojos con una venda para todo lo que no sea su marido; yo me he sacado esa venda, y sé de muchas que se callan ciertas cosas... y después van y las dicen con letras mudas.

Fidel. — *(Aparte, gozoso).* ¡Esta cae!

Marta. — *(Con dulzura).* ¿Por qué no hemos de decir lo que sentimos o lo que deseamos? ¿Por qué ha de ser el matrimonio un ventanal cerrado a la vida?

Fidel. — *(Mirando a ambos lados, aparte).* ¡Es el chipre!... *(A ella).* Hay en el fondo de sus palabras una luz de esperanza, son tan generosas esas ideas suyas, que tentado estoy de decirle que también al pronunciarlas se pone usted más linda... si es que se puede ser más linda, que lo es usted, aunque nada diga!

Marta. — *(Mimosa).* Cuidado... que se echa usted a andar por un caminito escabroso y está en peores condiciones que yo para ser franco... porque es soltero.

Fidel. — No puedo evitarlo. Se la mira a usted e instintivamente se dice: Linda: como si se leyera en usted.

Marta. — ¡Por Dios! que soy coqueta... Me obliga usted a que peque en espíritu, cometiendo la infidelidad de escuchar sus bonitas irreverencias...

Fidel. — *(Finge enojo).* ¡Bah!... La eterna muletilla de las casadas: ¡Fidelidad! Sacrificio de no oir, de no sentir; de no vivir, quizás. ¿Y todo para qué? ¡A lo mejor les toca a ustedes cada sorbete!...

Marta. — *(Algo preocupada).* ¿Por qué lo dice?...

Fidel. — *(Intrigante).* ¡Bah! por decir algo... Mujeres como usted merecerían la esclavitud de su marido; la adoración, el cariño inquebrantable; la caricia infinita...

Marta. — Sí, verdad. *(Queda pensativa).*

Fidel. — *(Saboreando el efecto...).* ¡Pero es fatal! caen en manos de sujetos "indiferentes", apáticos, fríos...

Marta. — ¿Por qué dice eso?

Fidel. — *(Sonríe).* ¡Bah!.. por decir algo. *(Pausa. Fidel la mira).*

Marta. — ¿Ahora es usted quien me mira?

Fidel. — Leía en sus ojos.

Marta. — ¿Qué?

Fidel. — Un secreto.

Marta. — ¿Qué secreto?

Fidel. — ¿No se enojará de mi indiscreta adivinanza?

Marta. — ¡Lo juro!

Fidel. — ¿Será sincera?

Marta. — ¡Sí!

Fidel. — ¡Bien! ¿Usted ha llorado hoy?

Marta. — ¡Oh! ¿quién se lo ha dicho?

Fidel. — No, no... nadie. *(Con énfasis).* He aprendido a leer en los ojos de las mujeres. ¡Usted ha llorado hoy!

Marta. — *(Sin poder contener una lágrima).* Sí...

Fidel. — *(Se acaricia la perilla gozoso).* ¿Lo ve usted? *(Finge emoción).* ¿Que quién me había dicho? ¡Ellos! que querían hacerme llorar a mí también. *(Mimoso, acercándose).* Cuénteme a mí solo, ¿verdad que fué ese perverso? ¿verdad que no la quiere como usted se merece?

Marta. — *(Llorosa).* Sí... Hoy he tenido una dolorosa evidencia; Germán no me quiere como yo a él; ha rehusado una caricia mía...

Fidel. — *(Cómicamente indignado).* ¡Oh, qué imbécil! proceder así con una mujercita tan suave, tan buena, tan...

La toma de las manos y ella lo aparta con violencia.

Marta. — ¿Qué se cree usted de mí? ¡Impertinente!

Fidel. — *(Confundido).* ¿Pero, cómo? ¿La enoja que ponga una caricia donde el otro puso un desdén?

Marta. — ¡El desdén de Germán es mío; sus caricias no!

Fidel. — ¿No se queja usted de que le falta su amor?...

Marta. — ¡Pero el de usted me sobra!

Fidel. — *(Desesperado).* ¡Marta, Marta! merece que él sea cruel con usted como lo es usted conmigo. *(Casi de rodillas).* ¡Yo la amo!

Marta. — *(Con risa nerviosa).* ¡Ja, ja, ja! ¡Es muy fácil amar así! arrancar con artes de buen ladrón las lágrimas de una mujer; bucear en el fondo de su alma un secreto dolor en que afirmarse, y cuando se ha conseguido, echarse a sus plantas como un perro; pero como un perro sin guarida, que va de puerta en puerta buscando las sobras de los otros. Ya le he conocido a usted, al amigo Fidel, al amigo de mi marido. Ha hecho usted muy bien en no casarse, es usted cobarde con el amigo, y esa es ya una gran condición para triunfar sobre ciertas mujeres.

Fidel. — *(Queriendo demostrar valor).* Cobarde no; ¡no lo repita usted! La amo demasiado para detenerme a pensar si soy o

no soy amigo de Germán. Mire usted si la amo ¡locamente, perdidamente! ¡que daría mi vida por usted, que desafiaría a su marido; que le mataría!

Marta. — *(Brusca, mirando a izquierda).* ¡Mi marido!...

Fidel. — *(Queriendo huir).* ¿Por dónde?

Marta. — ¡Ja, ja, ja! no se alarme usted. Digo que mi marido, si lo supiera, se pondría serio.

Fidel. — No... no es que me alarme; preguntaba por dónde quería que le matase.

Marta. — Usted no mata a nadie; ya lo verá en cuanto él se entere.

Fidel — ¡Señora, por Dios! Supongo que él no llegará a saberlo...

Marta. — ¡Qué ocurrencia! ¿Y por qué no?

Fidel. — Considere mi situación si se lo dice.

Marta. — ¡Y considere usted la mía si me lo callo! ¿Cree usted que una mujer es capaz de guardar un secreto... si no le interesa guardarlo?

Fidel. — *(Muy afligido).* Es que hay cosas que no deben decirse...

Marta. — ¡Esas son cuentas suyas! Germán lo dejó en la creencia de que usted no diría nada que no pudiera decirse.

Fidel. — Usted empezó confesándome que él no la quería.

Marta. — ¿Significaba eso que me quisiese usted?

Fidel. — Usted me ha dado pie...

Marta. — Y usted ha puesto los cuatro.

Y es que usted, como muchos, están tan hechos a observar la vida en esa posición que no conciben que una pueda ser digna como esposa sin ser hipócrita como mujer.

Fidel. — *(Implorante).* Como sea; creo que usted no le contará nada de esto a Germán. ¡Piense que soy su mejor amigo!

Marta. — *(Ríe).* ¡Demonio! ¡Cómo será el peor!

No insista usted. ¿Por qué no ha de saberlo? Nada hay en la vida que no pueda saberse: la cuestión es poderlo decir... Y yo puedo decirle a Germán lo que ha pasado entre nosotros.

Fidel. — Pero yo...

Marta. — Usted también. ¿No aseguraba antes de ahora que era muy vivo?

Pues se le presenta una magnífica oportunidad para demostrarlo.

(Hace medio mutis). Allí le tenemos, casualmente. Les dejo solos.

Fidel. — Señora... *(Azorado).*

Marta. — ¡Ni una palabra más! Los dejo solos; dígale usted, francamente, todo lo ocurrido; háblele a título de esa vieja amistad que acaba de invocar. De lo contrario, tendré que hablar yo, y será peor para usted. *(Se va riendo por derecha).*

Fidel queda como anonadado, con los ojos fijos en la alfombra. Después de un instante, sonríe maquinalmente, se da una palmada en la frente y con paso inseguro se dirige a recibir a Germán.

ESCENA VI

FIDEL y GERMÁN, *después* MARTA

Fidel. — *(Abrazándole con palabras cortadas).* ¡Que... querido, te felicito! No dirás que no me preocupo de tus asuntos como si fueran míos, que... que...

Germán. — *(Ansioso).* ¡Habla! ¿Qué?...

Fidel. — Verás... verás...

Germán. — ¡Empieza de una vez!

(Marta sin ser vista, con ojos muy curiosos, oculta entre la puerta y la biblioteca, observa la escena).

Fidel. — El caso es que no sé por dónde. ¡Te vas a reir; tiene la mar de gracia! Yo comprendí hoy en tus palabras que no marchabas de acuerdo con tu mujercita y... ¡vamos! hasta me pareció en tus gestos, en tus silencios, que dudabas de su cariño.

Marta — *(Ansiosa, afirma con la cabeza).*

Germán. — ¡Sigue, sigue!...

Fidel. — He querido llevar la tranquilidad a tu espíritu.

Germán. — ¿Y?

Fidel. — ¡Graciosísimo! *(Lo toma de los brazos).* ¡Toda una comedia! ¡Me le he declarado a tu mujer!

Marta. — *(Aparte).* ¡Admirable! ¡admirable!

Germán. — ¡Explícate!

Fidel. — Sí, de broma. ¡Pero si ni necesito decirlo! Con ese talento que Dios te ha dado lo comprendes en seguida! He querido cerciorarme de si te era infiel, en espíritu, por lo menos. ¡Te juro que te quiere!

Germán. — *(Con cierto temor).* Pero ella, ¿dónde está?

Marta. — *(Aparte).* Ay, mi marido es más tonto que él...

Fidel. — ¡Qué sé yo! Se marchó furiosa. *(Palmeándole).* Ve, convéncela de que todo ha sido una broma, miéntele. Mira, se me ocurre la gran idea! Dila que esta farsa la habíamos preparado entre los dos; eso es, entre los dos!

Marta. — *(Aparte).* ¡Qué sinvergüenza!

Germán.—*(Tomándole de las solapas con irónica sonrisa).* ¡Gracias! No necesitabas hacer este ridículo papel de *intermediario* para enterarme de todo lo que te creo capaz. Pero oye: no arriesgues así los huesos por los amigos, que estas pruebas de amistad pueden costarte la vida, si das con un imbécil como tú!

Marta. — *(Aparte).* Más fuerte es mi Germán.

Fidel. — *(Con cómico reproche, libertándose de las manos de Germán).* ¡Qué rico tipo! Y después de todo lo que he hecho me llamas imbécil!

Germán. — ¡Sí, imbécil!

Fidel. — ¡Desagradecido! Total, te encocoras porque te ha salido blanca, ¿y si te hubiera salido negra?... *(Medio mutis).*

Germán. — ¡Vete!

Fidel. — *(Con irónica tranquilidad).* Sí, me voy, me voy...

Germán. — Y no pises más esta casa.

Fidel. — *(Ya en la puerta).* ¿Y a qué? Si ya no tengo interés en ser tu amigo.

(Sale precipitadamente).

ESCENA VII

GERMAN y MARTA *que sale de su escondite riendo a carcajadas.*
Al final, CRIADO

Germán. — *(Volviéndose iracundo).* ¡Marta! *(Al encontrarse con ella).* ¡Habla! en vano no se habrá atrevido. Tú...

Marta. — *(Gratamente sorprendida).* Ah, ¿pero has sentido celos?

Germán. — Sí; no quiero ser más fantoche, prefiero el ridículo, unos celos horribles, horribles!

Marta. — *(Con cariño).* ¿Ves? Ahora si estoy segura de que me quieres, porque empiezas a temerme. Una sonrisa o una cinta en manos de la mujer, son armas poderosas. *(Queda pensando).*

Germán. — *(Preocupado).* ¿Por qué callas?

Marta. — Pienso en eso que he dicho.

Germán. — ¡Oh! no pensemos más que es frío y es triste.

Marta. — Sí, sí!... Quedamos en que el matrimonio es el miedo de dos, pero no definimos el amor. *(Con orgullo).* — Sabes lo que es el amor? ¡Lo que la mujer quiere que sea!

Germán. — *(Soberbio).* ¡Lo que quiere el hombre!

Marta. — *(Idem).* ¡La mujer! Ha pasado un hombre entre nosotros. Pues a haberlo querido yo, tú no reirías ahora.

Germán. — *(Amenazante).* ¡Pero él tampoco!

Marta. — *(Desdeñosa).* ¿Y habrías conseguido con eso que yo te quisiera?

Germán. — *(Suplicante).* No pensemos más; seamos lógicos, Marta.

Criado. — *(Desde el fondo).* ¡El señor Martínez!

Marta. — *(Alegre).* Martínez...

Germán. — *(Abrazándose a Marta).* ¡No! que no estoy para nadie, que no estoy para nadie...

TELON RAPIDO

LA MAGA BIENHECHORA

¡Oh alegría, sonrisa y venturanza,
Magnífico esplendor y placentera
Luz de eterna y divina primavera!

¡Oh alegría, la diosa que preside
La marcha de la vida
Por la senda mejor y más florida!

¡Oh maga bienhechora,
Más que la lluvia en riguroso estío,
¡Cuál los áridos campos de la muerte
En jardines magníficos convierte!

Basta a ella tocar la dura piedra
Para que luzca el fúlgido diamante...
Y de la oscura hiedra
Que trepa por el muro envejecido
Hace de rosas juvenil tejido.

Tejido que engalana
De color vario y perfumadas flores
La discreta ventana
De la novia que sueña sus amores.

De aquella que anhelosa,
Viendo nadar el cisne en la laguna,
Cree oir la deleitosa
Canción de amor al claro de la luna.

¡Oh alegría, que arrulla
En el nido escondido en la enramada
De la selva encantada!

¡Hasta sobre la tumba
Del triste cementerio;
Hasta sobre la lápida que cubre
El siniestro misterio
De una vida que fué, llega y se posa
En un rayo de sol la venturanza
Amor trayendo y mística esperanza!

Ya es una ave que entona el dulce canto
Sobre la piedra inerte
Que oculta los despojos de la muerte.

Ya es un rayo de sol que el epitafio
Viene a leer en la risueña hora
De la rosada aurora.

O es el canto flüente
Del agua que murmura
Clarísima en el seno de la fuente.

Ya es el ensueño que en la mente anida
Del que ama y desea
Y que en su propio encanto se recrea.

Amor que se convierte
En sonrisa y en íntimo embeleso:
¡Alegría fecunda, aunque en un beso
Halle la vida el germen de la muerte!

¡Alegría, alegría,
¡Ay! por qué veces mil su rostro cubre
De sombra y de letal melancolía!

¿Por qué desaparece
Como esa blanca estrella que en la noche
Marca fugaz el cielo con su huella?

Si hasta la piedra convertir acierta
En fúlgido diamante,
Y a la hiedra en rosal convertir puede,
¿Cómo al primer dolor su fuerza cede?

La envidia que nació pálida y torva
Ronda en torno del ara en que fulgura
La mágica y espléndida ventura!

Cien veces tras del árbol corpulento
Acecha el crimen y el puñal espera
El golpe dar de la venganza fiera.

Entre un ramo de flores
El ponzoñoso insecto va escondido,
Y en la mano más blanca,
En la boca más virgen y más bella
De su aguijón mortal dejará huella.

La linda mariposa
Que va de rosa en rosa
Néctar libando, tema la culebra!

Y la mosca que vuela libremente
Cuide la artera saña
De la pérfida araña!

¡Oh feliz caminante
Que sigues tu camino
Dichoso en busca del mejor destino!

¡Oh alma que encantada
Ves doquiera placer, grata armonía,
¡No sabes cuánto es frágil la alegría!

Llevas en copa de cristal la rosa,
Y al fin de tu sendero
Romperáse el cristal y la bendita
Flor de tu amor arrojarás marchita!

Es vano, es vano pretender que un sueño
Dure lo que la vida durar puede.
¡Al dolor todo y a la muerte cede!

¡Es más fuerte el dolor que la ventura:
Dura un rayo de sol sólo un momento
Y un momento la flor tan sólo dura!

¡Mientras que el vil guijarro que lastima
El pie del caminante
Tiene del tiempo el infinito instante!

¡Aun en polvo impalpable convertido,
Llevados por el viento sus despojos,
Llega hasta herir y enceguecer los ojos!...

¡Oh maga bienhechora
Del amor protectora,
Débil serás acaso y pasajera;
Tu poder transitorio y deleznable
Ante el dolor que espera
Hincar la zarpa aguda
Hasta llegar al corazón, sin duelo...

¡No importa! a su santuario
De oro y nácar y mármol construído,
Cual el mejor palacio concebido,
Los pasos lleva el hombre ansiosamente,
Siempre buscando en la fortuna incierta
El umbral trasponer de la alta puerta!

LUIS REYNA ALMANDOS.

ROSAS

Estas noticias, más o menos hilvanadas, que bajo el epígrafe de "Rosas" entrego a la publicidad por intermedio de NOSOTROS, sin ninguna pretensión, constituyen para mí algo así como un índice que me permitirá franquear, a su tiempo, documentos comprobatorios de algún interés para el estudio de la época famosa a que se refieren.

EL AUTOR.

Hijo de la ilustre e imperiosa señora doña Agustina López de Osornio y del bondadoso y católico señor don León Ortiz de Rozas, teniente de don Gonzalo de Córdova y capitan del rey (que Dios guarde) Juan Manuel, segundo de los hijos, tuvo dos hermanos varones los que por caprichos orgánicos llevaron su apellido de distinto modo, firmándose: Juan Manuel de Rosas, Prudencio Ortiz de Rozas, Gervasio Rozas; y hermanas mujeres hasta completar el número de veinte, pues "doña Agustina daba a luz todos los años un descendiente rollizo y bien formado".

Heredó Juan Manuel [1] el fuerte temperamento de su madre y algunas de sus genialidades porque doña Agustina, dama de la mejor y más pura sangre azul, las tenía, y muchas...

Cierta vez, echando en menos y poniendo en juicio el origen plebeyo de su esposo don León, a quien llamó en un incidente "aventurero ennoblecido por otro tal", le dijo: "Y mira, Rozas, si me apuras mucho he de probarte que soy pariente de María Santísima..."

Por lo demás, en el hogar paterno del "Dictador" florecieron todas las virtudes; y emparentados con las familias de Anchorena, Llavallol, García Zúñiga, Ezcurra, Arana, Rivera, (descendiente,

(1) Nació "Juan Manuel José Domingo Ortíz de Rozas" en Buenos Aires, calle de Cuyo N.º 94 (antiguo) el 30 de Marzo de 1793.

dice Mansilla [1], de Atahualpa) con quien casó doña Agustina, una de sus hijas, fué centro de sociabilidad de familias de alcurnia como las de Pueyrredón, Costa, Liniers, Terrero, Sáenz Valiente, etc., frecuentado por personajes de este fuste: Necochea, Las Heras, Viamont, Olaguer Feliú, Balcarce, Soler, Rolón, Saavedra, Alvarez y Thomas, Merlos, Larrazábal, Garretón, Guido, Olavarría, Alvear, Maza, Azcuénaga, Irigoyen, Alzaga, Zapiola, etc.

Juan Manuel, primogénito de los varones, reveló su entraña a raíz del disgusto que ocasionó a doña Agustina su negativa de realizar, en el comercio en que lo había colocado, determinada fagina doméstica que le valió ser encerrado en un cuarto con prevención de que estaría en él a pan y agua hasta que obedeciera; de allí escapó dejando un papel así concebido: "DEJO TODO LO QUE NO ES MÍO, JUAN MANUEL DE ROSAS".

Lo que abandonaba Rosas era la z de su apellido, que sustituyó desde entonces por s, y una flamante chaqueta abotonada hasta el cuello, regalo de doña Agustina.

Concurrió Rosas a la acreditada escuela de don Francisco Xavier Argerich; tomó parte bajo las órdenes de Liniers en la resistencia a los ingleses, encontrándose en la segunda, alistado en el Cuerpo de Migueletes de Caballería; administró los establecimientos rurales de sus padres, que hizo progresar enormemente, y luego del disgusto con su madre, se dedicó a las faenas saladeriles al lado del señor don Luis Dorrego, hermano de la víctima de Navarro, ocupándose también en las estancias de sus primos los Anchorena.

Con la ayuda de Dorrego, dice el historiador Saldías [2], y en compañía de don Juan N. Terrero, estableció Rosas el 25 de noviembre de 1815, el primer saladero que hubo en la provincia, en el lugar llamado "LAS HIGUERITAS", partido de Quilmes.

Desde entonces comenzó su fortuna, acrecentada con felicidad por el recio trabajo de sus manos; y esta base de independencia y poderío económico, unida a sus condiciones de vivacidad, valor y completa asimilación de las costumbres del campo, fueron el origen y fundamento del enorme prestigio que tuvo en el Sud y más tarde en toda la provincia de Buenos Aires.

(1) Lucio V. Mansilla, *Rozas.* — Ensayo histórico psicológico. Ed. Garnier Hnos., 1899, París.

(2) Dr. Adolfo Saldías. *Historia de Rosas y de su Epoca,* 1881.

Después de la tragedia de Navarro, que costó la vida a un TRIBUNO Y MILITAR de cepa, el coronel Dorrego; vencido Lavalle, aparece Rosas como árbitro del momento anárquico que se reabría amenazando abrasar al país en los ardores de una espantosa conflagración civil.

El señor Rosas, escribe un biógrafo anónimo de 1830 (1) "es un excelente ciudadano: desdeña la gloria comprada con sangre, detesta los honores comprados con crímenes, desprecia las riquezas que no se ganan con el trabajo".

En diciembre de 1829 fué elegido GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, acordándosele, por ley especial, las FACULTADES EXTRAORDINARIAS, formando parte de la Legislatura que tal hizo, los señores: Escalada, Obligado, Segurola, Gamboa, Irigoyen, Anchorena (T. y M.), Silveira, Díaz, García, Del Pino, Viola, Posadas, del Campo, Lozano y otros de igual situación social, económica y política encumbrada.

Cumplido el término legal de tres años de su gobierno, en el que se ventilaron asuntos de trascendencia para la CONFEDERACIÓN, realizó con el concurso de los generales Quiroga, Aldao, López, Ruiz Huidobro, la Expedición al Desierto, en 1833-34, suceso de importancia para la civilización, porque conquistó grandes extensiones de tierra abandonada al dominio de los bárbaros; libertó del cautiverio a muchos cristianos (2) y esparció bien lejos la semilla del progreso, orientando a los habitantes de aquellas regiones hacia una vida más humana y feliz de paz y de trabajo.

Rosas deseaba volver al gobierno y en su ausencia ocurrieron hechos que pudieron afectar y fracasar su dorada ambición... La SANTA CAUSA FEDERAL estuvo en peligro y así lo comprendió doña Encarnación que, concentrando los amigos de Rosas, produjo la caída de Balcarce (3). Reemplazado éste por Viamont, subsis-

(1) *Ensayo histórico sobre la vida del Excmo. señor don Juan Manuel de Rosas.* Imprenta del Estado. Buenos Aires, 1830. Ej. raro, en mi colección.

(2) Según relación oficial, los cristianos salvados del cautiverio "inclusos algunos que estaban en el fuerte argentino", alcanzan a un total de 707 individuos, comprendiendo en esta suma *los setenta y tres hijos que traen a su lado las respectivas madres,* cuya libertad es debida a los esfuerzos de la valiente División Izquierda y de su ilustre general, Brigadier don Juan M. de Rosas"...

Véase: *"Relación de los cristianos salvados del cautiverio por la División Izquierda del Ej. Expedicionario contra los bárbaros"*... Bs. Aires,—Imprenta del Estado—1835—folleto de 92 páginas.

(3) De esta fecha data la fundación de la SOCIEDAD POPULAR RESTAURADORA O MAS-HORCA O MAZORCA, por doña Encarnación Ezcurra de Rosas, servicios que tuvieron mención y recompensa pública y oficial, como se verá por el siguiente decreto que

tieron las dificultades y peligros. ¡El año 1834 fué terrible!, hasta que se concretó la solución: ROSAS CON LA SUMA DEL PODER PÚBLICO.

Así fué...

Su política, hábil y artera en ciertos momentos, se dirigió a ese solo objeto y, sus renuncias, como las de sus amigos Anchorena, Pacheco y Terrero, fueron pequeños incidentes de aquélla. La Dictadura se sancionó y con ratificación plebiscitaria. La Legislatura nombró a Rosas en marzo de 1835 GOBERNADOR CON LA SUMA DEL PODER, por cinco años y ciertas restricciones, como: "SOSTENER Y DEFENDER LA CAUSA DE LA FEDERACIÓN"; "CONSERVAR Y DEFENDER LA RELIGIÓN CATÓLICA", declarando que el ejercicio del poder extraordinario duraría el tiempo que a juicio de Rosas fuese necesario.

Y no se crea, dice Saldías, que la Legislatura que consagró legalmente la aspiración general de investir a Rosas con la suma del poder público se componía de hombres llevados allí con ese objeto, y que carecían de expectabilidad y de méritos en la sociedad. No. En la Legislatura de 1835, figuraban: Arana, Escalada, Lozano, Pereda, Hernández, Piñeiro, Terrero, Arriga, Anchorena, Sáenz Peña (abuelo de nuestro actual Presidente de la Nación), Senillosa, Trápani, Insiarte, Portela, Mansilla, Pacheco, Segurola, Medrano, Obligado, que representaban el alto comercio e industria, el clero, la ciencia, el foro; que habían formado parte de Congresos y Asambleas constituyentes anteriores; que pertenecieron a los ejércitos de la independencia, estando todos, con pocas excepciones, de acuerdo en la necesidad de investir a Rosas con la suma del poder.

Una carta privada del "elegido", fecha 14 de julio de 1834, al general Corvalán [1], revela el pensamiento de Rosas y la calidad de los recursos que usó para salir airoso del "caos" que él mismo

trascribo y que original conservo: VIVA LA CONFEDERACIÓN — BUENOS AIRES, 1.º de Agosto de 1839 — Año 30 de la Libertad — 24 de la Independencia — 10 de la Confederación Argentina.

A LA CONTADURÍA GENERAL

El Gobierno ha tenido a bien asignar, por una gracia especial, el sueldo de doscientos pesos mensuales e igual suma por ayuda de costa al oficial de la COMISARÍA (x. x.) en consideración a los importantes servicios que prestó en el año 1833 a las inmediatas órdenes DE LA HEROINA DE LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA, la señora doña Encarnación Ezcurra de Rosas. — ROSAS. — *Manuel Insiarte.*

(1) Original en mi poder, por primera vez publicado.

preparó. "Conviene que en conversación confidencial — dice — diga usted, a los buenos federales, que siendo amantes de su Patria me sean adictos, que cuiden de no hablar nada en la barra que pueda perjudicar el respeto de la Honorable Sala, la libertad de opinar en los SS. RR. y el crédito y honor del Partido Federal; que por lo mismo que me amen deben de usar de la decencia con que tantos ejemplos les doy constantemente; *que cuiden de no andar oyendo cuentos* que perjudiquen el bien acreditado patriotismo, saber y honrado proceder de mis antiguos y fieles amigos los SS. don Tomás y Nicolás Anchorena, don Manuel Maza, don Felipe Arana, Terrero, don Juan y otros hombres *que si opinan que no conviene mi ascenso al gobierno es porque así están convencidos: como yo de que es lo único que en las presentes circunstancias puede serbir de algún modo a salvar a los federales y patriotas honrados, de caer en la red armada por los unitarios y escapar de la explosión espantosa que debe reventar de la mina que con mañosa habilidad han debido cargar otros unitarios para lograr lo único que se han propuesto*... que por todo esto, cuya evidencia es tan clara como la luz, hay una necesidad imperiosa que les aconseja *fijarse en los períodos llenos de sentido que se encuentran vaciado en mis notas de excusación*... que no los lean sin reflexión, sino con la atención y madurez a que están obligados sus conceptos... Que los federales que opinan por la necesidad de mi subida al gobierno con la mejor intención han caído ya en la red y lazos de la perfidia armada y que por desgracia ahora están tratando de caer en la mina cargada... Que por todo esto deben ahora abrir los ojos... *Que se fijen en los santos del Ejército que hace poco mandé y verán que yo hace tiempo que por ese medio indirecto estoy llamando la atención de los federales para que no fuesen sorprendidos* [1].

"Que ahora lo que conviene es divulgar que tengo sobrada razón para excusarme como lo he hecho, poniendo, por medio de mis renuncias, en claro todas las maquinaciones y pérfido negro plan de los unitarios anarquistas... Que ya están convencidos y todo descubierto... que el General Rosas no hace nada que no sea justo y conforme a los grandes intereses del Estado... y que por todo ya están persuadidos de que lo que disponga es lo que con-

(1) En otra oportunidad me ocuparé de la concordancia de los Santos con los sucesos de entonces, de que habla el general Rosas, comprobación que realmente resulta interesante.

viene respetar y no contrariar por ninguna causa, sea lo que fuere... Y con sólo hacer correr esta uniformidad de sentimientos, este respeto a las opiniones del General Rosas, y obediencia a sus deliberaciones cuando se le reconoce por el jefe del Partido Federal, quedarán los unitarios y enemigos del sosiego público perdidos."

DOÑA ENCARNACION EZCURRA DE ROSAS

Dícese en un raro folleto (Imprenta de la *Gaceta Mercantil*, 1838) [1]: "Nombre querido que atrae el respeto y la admiración; todo lo comprende, todo lo explica, todo lo ilustra. Grabado en el corazón de los argentinos, inscripto en aquella página duradera de la historia que trasmite a la posteridad los hechos ilustres, es a un tiempo un recuerdo y un ejemplo animoso a las acciones eminentes".

Nació en Buenos Aires el 25 de marzo de 1795, siendo sus padres el señor don Juan Ignacio de Ezcurra y la señora doña Teodora de Arguibel, de la mejor sociedad.

"El elegido de su corazón — se agrega en el citado folleto — un joven en quien el talento, las virtudes y el patriotismo se elevaban a la altura de la heroicidad y de un glorioso porvenir: el argentino esclarecido, el ilustre americano que hoy radiante de gloria inmortal y de virtudes eminentes preside los destinos de la Confederación Argentina: ¡Don Juan Manuel de Rosas!"

Dotada de grandes condiciones de espíritu, consagróse a la crianza personal de sus hijos, Juan y Manuelita [2]. Influyó poderosamente sobre Rosas, siendo activa colaboradora de su política interna, porque en los negocios extranjeros tenía Manuelita mayor y más ponderada intervención.

A nadie quizá amó tanto Rosas como a su mujer, ni nadie creyó tanto en él como ella, escribe el general Mansilla, de modo que llegó a ser su brazo derecho, con esa impunidad, habilidad, perspicacia y doble vista que es peculiar de la organización femenil. Sin ella quizá no vuelve al poder (1835); efectivamente: fué doña

(1) *Recuerdo Biográfico de la Ilustre Heroina Argentina, señora doña Encarnación Ezcurra de Rosas.* Buenos Aires. Imprenta de la *Gaceta Mercantil*, 1838. Según el propio autor, "no tiene otro objeto que consagrar al mérito eminente el tributo de la Justicia y de la Gratitud". *Al Público.*

(2) Tuvieron otra niña que falleció de muy corta edad.

Encarnación quien fundó la Sociedad Popular Restauradora; reunió y disciplinó los amigos de Rosas, determinando la caída de Balcarce; asegurando por este golpe la nueva elección de su marido para el gobierno de Buenos Aires con la suma del poder público, como se realizó en 1835; habiendo el gobierno, en 1839, recompensado los servicios de los que acompañaron en estos trabajos a la que se llamó: Ilustre Heroína de la Confederación [1].

Inclinada a las obras pías, no sólo en Buenos Aires desarrolló su acción benefactora, sino que Cerrillos, San Martín, San Miguel del Monte, Lobos, Ranchos, Chascomús, San Vicente, Navarro, Cañuelas, localidades son, que tienen sobrados motivos de gratitud a su memoria por el bien que en ellas esparció.

La Heroína Argentina — dice el expresivo biógrafo — fué acometida el infausto 20 de Octubre de aquella desorganización física que anuncia el triste imperio de la muerte y el dolorido término de la existencia. De los brazos de su ilustre esposo, se desprendió para elevarse a sus destinos inmortales.

Este suceso provocó (1838) extraordinarias manifestaciones de duelo, afectando hondametne al general Rosas y quizá determinando una desfavorable variación en su carácter.

La legislatura decretó honras fúnebres, estableciendo honores de capitán general, que debían tributársele en ocasión de sus funerales; se llevó luto en el traje (iniciativa del coronel Vicente González) y hasta en los papeles públicos y privados, produciéndose al mismo tiempo una rara eclosión de literarios elogios póstumos. De ellos merece mencionarse una pieza típica: "Oración fúnebre con motivo del fallecimiento de la señora doña Encarnación Ezcurra de Rosas, pronunciada el 29 de enero de 1839, en la iglesia del pueblo de Santos Lugares de Rosas, por el cura de ella, Presbítero don Pascual Rivas", y de la que por por su dicha originalidad reproduzco fragmentos de sus páginas:

... "aun no ha pasado los años de la pubertad, cuando ya es la palma que descolla sobre todas las palmas de su tiempo, y ya se brujulea de que este tierno vástago vendría a ser la opulenta encina, bajo cuya copa se abrigarían aves de toda especie; ya en su mayor edad, se arrebata los corazones de todos, y, últimamente, conducida por su elección bien premeditada, y unida en Santo Himeneo al Epaminondas o denodado Leonidas que hoy preside

(1) Oficio "A la Contaduría", ya trascripto.

nuestros destinos, se pone en actitud de alumbrar y refrigerar a todos como en otro tiempo la columna prodigiosa del pueblo escogido y predilecto del soberano autor de la Naturaleza"...

... "su imagen, casi digo su persona misma, ¿no estará esculpida en nuestros corazones mejor que en Mármoles y que en Bronces? ¿No vivirá siempre entre nosotros? Sí, vivirá: la Memoria de los Alejandros, Césares, Aníbales y Escipiones, pasará y se disipará con los siglos, pero la de mi HEROINA, la señora doña ENCARNACIÓN EZCURRA DE ROSAS, pasará de generación en generación y su Caricatura para los argentinos estará cada día más fresca, más viva, más reciente: por eso os dije bien al principio y os lo repito: ELLA NO HA MUERTO SINO QUE DUERME: NON EST MORTUA... *sed dormit*... ella no ha muerto para los argentinos... ahí tenéis ese aparato fúnebre... o ese triste catafalco que a un tiempo mismo recuerda sus virtudes y renueva nuestras angustias y desmedido dolor... ahí tenéis... y vos valiente MACABEO, ILUSTRE RESTAURADOR DE NUESTRAS LEYES, ¿hasta cuándo? ¿hasta cuándo queréis como PENÉLOPE DIBUJAR FLORES EN EL PRECIOSO TRAJE DE VUESTRAS GLORIAS? ¿No os basta para mostrar vuestra ternura conyugal, los crueles sentimientos que hasta aquí os mortificaban con exceso? ¿no os ha sido bastante vuestra asiduidad en contorno del Afligente Lecho de vuestra Cara esposa? ¿no os basta haber recibido su último Adiós, su último aliento, y haber derramado vuestras amorosas lágrimas en su Casto Seno?... ¿no os basta?... ¿todavía pretendéis como el hijo de ULISES descender?... no, no!... deteneos... deteneos... dejad reposad los manes de mi HEROINA. ELLOS YACEN CON ORGULLO BAJO LOS POMPOSOS PABELLONES DEL HONOR Y DE LA GLORIA... deteneos; pero ¿qué es esto, oyentes?... ¿qué es esto?... veo que las lágrimas se os agolpan y humedecen ya las órbitas de vuestros ojos! no lloréis, no lloréis; yo no he venido a retocar vuestra ternura; yo no os he presentado como a JACOB la túnica taraceada de JOSÉ para que prorrumpáis en copioso llanto... sólo pido vuestras oraciones voluntarias para que si el alma de nuestra bienhechora, de mi HEROINA, la señora doña ENCARNACIÓN EZCURRA DE ROSAS, por algún desliz de la frágil naturaleza, está aun detenida en el lugar de la PURIFICACIÓN, (en el Purgatorio) salga cuanto antes de él y como blanca paloma vuele ansiosa y veloz al ESTRELLADO TÁLAMO DE SU DIVINO ESPOSO..."

MANUELITA

A raíz de la fracasada tentativa de asesinar a Rosas por medio de la máquina infernal que, como presente de la Sociedad de Anticuarios del Norte, se le envió por mano de Mr. Bazaine, edecán del almirante Dupotet, personas de expectabilidad como los señores Roxas y Patrón, Arana, Escalada, Riglos, Ezcurra, Terrero, Anchorena, generales Soler, Vidal y Mansilla, etc., después de una deliberación, en la que fué parte principal el primero, resolvieron, considerando que: "la experiencia de una parte y el sentimiento de las altas conveniencias de la otra, nos están indicando la persona alrededor de la cual se agruparían todos los federales de la república — la señorita Manuela de Rosas — instituir en su favor el gobierno hereditario, para el caso de que el general Rosas sucumbiera por algún petardo unitario participárselo, demandándole su conformidad.

¡VIVA LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA!

¡MUERAN LOS SALVAGES UNITARIOS!

A la señorita doña Manuelila Rosas y Ezcurra (1)

Mortal feliz, á quien la Patria mía
Tributa admiración y amor sincero;
Y á cuya planta el inmortal guerrero
Depone su furor con alegría!

De las leyes en este amado día
Recibe el homenage lisongero,
Que, á despecho cruel del bando fiero,
Un gran pueblo conságrate á porfía.

Con nobleza, hermosura, gran talento
Y un gérmen de virtudes generosas,
Natura, de lo bello siempre madre,
Enriqueció tu ilustre nacimiento:

Sólo tú ser pudiste hija de ROSAS:
Sólo ROSAS de tí pudo ser padre.

(1) De la col. del autor.

Tan extraordinario proyecto, que pudo bien realizarse, es un testimonio elocuente de los respetos y simpatías que rodeaban a la predilecta de Rosas, cuyas virtudes no pudieron empañar las calumnias ni los insultos de los enemigos de la federación y, especialmente, de quien como Rosas no fué otra cosa que la cristalización del ambiente de entonces al través de un temperamento.

Manuelita, nombre que ha divulgado la leyenda, juez y parte de sucesos trascendentes, sobre cuyo pecho Rosas reclinó muchas veces su cabeza, hallando en él las dulces satisfacciones que restañaban las heridas abiertas por el acero enemigo... *Manuelita* fué una mujer cuyos delicados sentimientos se pusieron siempre de parte de los que necesitaban clemencia, perdón.

Inseparable compañera de su padre, puede afirmarse que desde 1835 hasta 1852, no se solucionó asunto, chico o grande, de política interna o externa sin su intervención directa o indirecta. Tal era el ascendiente que tuvo sobre el indomable espíritu de Rosas y los eminentes hombres que con él gobernaron (1).

En cartas íntimas, escritas desde su destierro, encuentro pruebas de que esos sentimientos jamás se entibiaron en su corazón; se refieren ellas al cariño que profesaba a su patria, a su padre, amigas, a las modestas personas de su servidumbre, y hasta las que con otra individualidad, como las flores, constituyeron en su vida motivos de satisfacciones inefables...

Así en 3 de febrero de 1853, dice a su amiga Angélica Saravia de Camaña: "En cuanto a cuidar a mi querido Tatita lo hago llena de amor, y sin interrupción, experimentando la satisfacción que es natural al llenar tan grato deber".

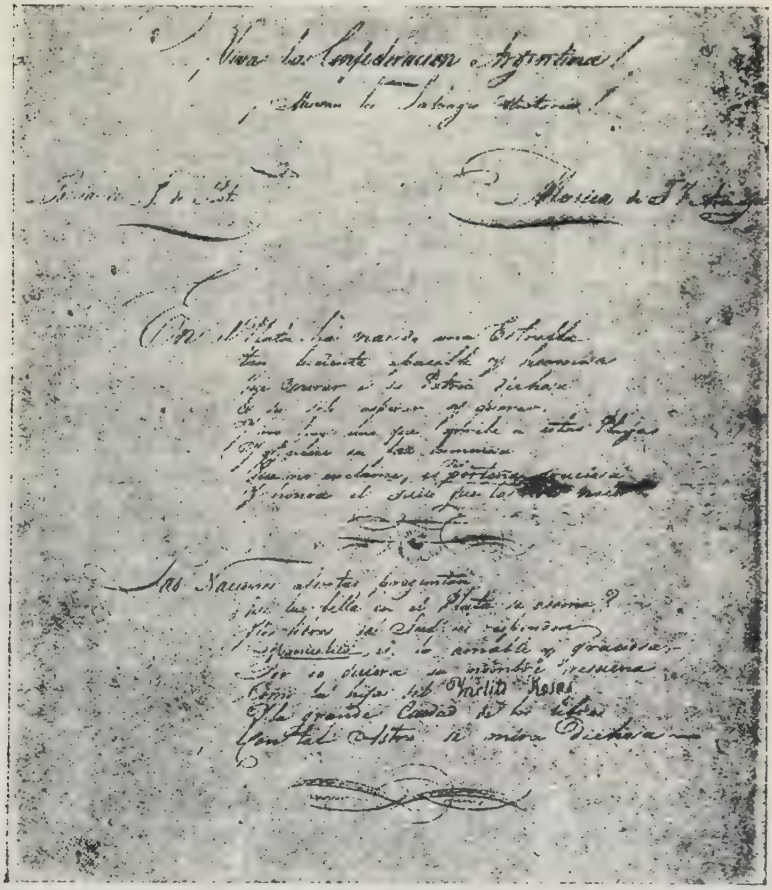
... "Dile al señor Leblanc que su nombre siempre está para mí

(1) Fragmento de un documento dirigido a Rosas, uno de los tantos comprobatorios de mi aserto sobre la vida pública de Manuelita:

..."EL MAL ESTADO EN QUE SE ENCUENTRA MI SALUD, CON EL ATAQUE DE REUMATISMO QUE PADEZCO, ME HA PRIVADO EL PODER PRESENTAR A LA CONTADURÍA, CON LA PRONTITUD QUE DESEABA, las cuentas del dinero que he manejado en el pago hecho al EJERCITO UNIDO DE OPERACIONES DE VANGUARDIA DE LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA, cuya Comisión honorífica se dignó V. E. confiarme en 1841: mas habiendo verificado el día de hoy (Noviembre 30 de 1851) el rendimiento de estas cuentas con todos sus documentos justificativos, tengo el honor de poner en manos de V. E. y POR CONDUCTO DE LA MUY DISCRETA, RESPETABLE Y DIGNA HIJA DE V. E., la señorita doña MANUELA DE ROSAS Y EZCURRA, una copia de las Planillas de cuentas generales N.º 1 y 2 como de las notas que he dirigido a los S. S. Contadores Generales, y de las órdenes superiores que recibí para entregar a varios S. S. Jefes el dinero correspondiente a los haberes de sus cuerpos, cuando el Ejército tuvo que ponerse en dos Divisiones para marchar a las Provincias de Cuyo,-Tucumán, etc., etc...".

(Del referido documento, de don VICENTE CORVALAN, fecha 30 de Noviembre de 1851).

acompañado de recuerdos sensibles y que para comprender esta verdad traiga a memoria aquellos Domingos que con sus hermosas y sorprendentes flores perfumaba mis habitaciones, haciendo gozar de sus delicias a los concurrentes de Palermo, y más que a nadie a mí. Preséntale mis cariñosas espresiones y *cuéntame*



Canción dedicada a Manuelita.—(Original en la colección del autor).

algo de su jardín... No dudo lo que me dices de Romanita y ojalá que yo pueda compensarle su *fidelidad* hasta los últimos momentos de su vida y de la mía. Así lo espero, pues que si le falto le quedará mi Máximo, quien sabe perfectamente valorar las virtudes de esa buena mujer. Haz por ella siempre lo que puedas

recomendándosela también a tu Camaña y crean que con quererme a Romanita me hacen un notable servicio... Nada me dices de Lisarda en la que tengo el gusto de contestar. No olvides de darme noticias de ella siempre que puedas. *Tú sabes cuánto me interesan esas pobres criaturas que había tenido tantos años a mi lado con la idea de hacerlas felices.* Pero, hijita, qué cierto es que el hombre propone y Dios dispone..."

Agosto 3 de 1854... "Ya te imaginarás el tamaño de mi sufrimiento al sentirme privada de un modo tan sorprendente de mi hijo ¡qué desgraciada soy, Angelita! *Te prometo que todo mi valor tan experimentado en otros fuertes casos de mi vida me ha faltado en éste* y que no podré conformarme jamás. Pídele a Dios que me dé otro pero que no me lo quite, porque es un regalo que a nada puede compararse en el mundo! Mucho quisiera decirte a este respecto, pero cuando toco este punto sufre tanto mi espíritu que me hace un positivo mal a mi salud hoy felizmente restablecida"...

Septiembre 4 de 1852... "¡El ramo de flores de tus plantas, *la rosa y las aromas de Palermo ¡cuantas lágrimas me han hecho derramar!* No creas que de pena: no; era por la felicidad que poseía al tenerlas, y porque veo en ellas, que mis amigas me comprenden al enviármelas, y no puedo mirar jamás un ramo de ellas, sin sentir una conmoción nerviosa que todos la atribuyen a lo mucho que las amo. Es por esto, no hay duda, que han fijado ese recuerdo tan sensible en mí. Las muestro a todas mis visitas haciéndoles ver los letreros que con tanta propiedad las hacen distinguir"... (1)

* * *

La conducta de Rosas con motivo de las agresiones de la Francia, no pudo ser más digna y patriótica. Así lo entendieron hasta sus enemigos, ante las inequívocas pruebas del honor con que desempeñaba el Encargo de las Relaciones Exteriores.

Sarmiento pudo decir entonces del gobierno de Rosas "que se presentaba en el exterior haciendo frente gloriosamente a las pretensiones de una potencia europea y reivindicando el poder americano contra toda tentativa de invasión"... "A Rosas debe,

(1) En mi colección.

además, la República Argentina, añade Sarmiento, en estos últimos años, haber llenado de su nombre, de sus luchas y de la discusión de sus intereses el mundo civilizado y puéstole en contacto más inmediato con la Europa, forzando a sus sabios y a sus políticos a contraerse a estudiar este mundo trasatlántico" (1).

Y ello puede constatarse volviendo la vista a los oficios con que, tan a derecho, la Cancillería de Rosas contestó interpelaciones de cónsules y almirantes...

En el sonado asunto Bacle, decíale al encargado del Consulado General de Francia, con fecha 8 de enero de 1838: (2) "Que el Gbno. de Bs. Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores en la resistencia que ha opuesto a las pretensiones infundadas del C. G. de Francia y que *opondrá siempre a cuantos quieran reproducirlas,* está tan distante de hacer revivir el antiguo dogma del feudalismo que antes al contrario trata de impedir que los extranjeros conviertan en siervos suyos a los ciudadanos argentinos en su propio suelo"... "Y en lo que prestarse a las pretensiones que ha formulado el Cónsul... no sólo importaría renunciar a su soberanía e independencia y dignidad, sino también reducir a los ciudadanos naturales a una situación más penosa que la que sufrieron en clase de Colonos bajo la dominación española"... Y al contraalmirante Leblanc, que con las fuerzas navales de S. M. el rey de los franceses sostenía las reclamaciones del cónsul, manifestándole negarle carácter Diplomático para tratar estas cuestiones: ..."Sería muy funesto abandonar a un General o Gefe de una Escuadra, la libertad de hacerse justicia contra un Estado; juzgar si la Nación a que pertenece tiene un verdadero motivo de queja; si está en el caso de usar de la fuerza y de tomar las armas con razón. *Este derecho, por lo tanto, pertenece sólo al soberano de la Francia, a quien V. E. no representa porque sólo tiene el carácter de un guerrero*" (3 de abril de 1838).

La dignidad de esta tesis que salvó a la América de una sumisión funesta a su independencia, determinó al Libertador San Martín a escribir a Rosas, en 2 de noviembre de 1848: ..."no vaya usted a creer el que jamás he dudado que nuestra Patria tuviese que avergonzarse de ninguna concesión humillante presidiendo V. sus destinos, por el contrario, más bien creí no tirase V. tanto de la cuerda en las negociaciones cuando se trataba del

(1) "Facundo", por D. F. Sarmiento.
(2) Cuaderno publicado por el ministerio de Rel. Ext., 1838.

honor nacional"... Y establecer en la cláusula 3.ª de su testamento: "El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la Independencia de la América del Sud, *le será entregado al General de la Rep. Argentina D. Juan Manuel de Rosas,* como prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla" (23 enero de 1844).

Y ya se tratara de éste como del conflicto que en 1831 produjo la reclamación del cónsul de los E. U. de América, a raíz del apresamiento de la goleta "Harriet", ordenado por don Luis Vernet, gobernador de las Islas Malvinas, o de la navegación de nuestros ríos interiores, procedió Rosas con extraordinario acierto, enseñando a las grandes potencias del viejo mundo a respetar el derecho americano, tan poco estimado hasta entonces!...

* * *

En cuanto al manejo de los fondos públicos, puede decirse, malgrado las terribles acusaciones de rapiña formuladas por Mitre en las sesiones de 3 y 6 de julio de 1857, en la Legislatura de Buenos Aires, como las de Rivera Indarte, Lamas y por ende todo el bando unitario, Rosas no robó un centavo, y, por el contrario, "merced a una prudente y sabia administración", hizo frente a todas las erogaciones de su gobierno, perpetuamente en guerra, sin empeñar el país, fundando una verdadera administración, cuya honestidad aseguró la presencia en distintos cargos de los señores Roxas y Patrón, Riglos, Escalada, Gowland, Rezábal, en la Casa de Moneda; Peña, Huergo, Alsina, en el Crédito Público; Ezcurra, Urquiza (Juan José), Victorino Fuentes, en la Contaduría, Receptoría y Tesorería General, habiendo declarado Rosas a la décimaquinta Sala de Representantes — 1837 — presentando a su control las cuentas [1], "en este punto jamás recordaré que he sido investido con la suma del Poder Público" [2].

* * *

(1) Mensaje de Rosas a la 15 Legislatura, 1837.

(2) Rosas tomó más de una resolución por sí y ante sí en asuntos de hacienda pública, pero jamás sus procedimientos tendían a la ocultación o irresponsabilidad aún tratándose, como en el presente caso, de una persona de su amistad, de quien se dijo que operaba "a medias" con el DICTADOR. Véase el espécimen: AGOSTO 16 DE 1840.

Mientras gobernó con el Encargo de las Relaciones Exteriores, dado por la mayoría de las provincias, tuvo a su frente una implacable oposición, de la que fueron parte activa los generales Paz y Lavalle, los Varela, Frías, Vázquez, Mármol, Tejedor, Alberdi, Lamas, Sarmiento, Agüero, quienes suscitáronle conflictos internos y externos que produjeron estériles efusiones de sangre, contribuyendo a afianzar y robustecer los prestigios de quien se combatía. Ocasión hubo, como en 1839, en que Rosas fué amenazado por múltiples estallidos más o menos contemporáneos: bloqueo francés, conjuración de Maza, levantamiento de Corrientes, guerra de Rivera, ataques del pretendido Protector de la Confederación Perú-Boliviana, revolución del Sud, Expedición "Libertadora" de Lavalle, Campañas de Paz, Coalición del Norte, y la no despreciable propaganda periodística hecha desde Montevideo por los Varela, Lamas, Rivera Indarte, etc. Proclamándose: *Es acción santa matar a Rosas,* se escribía: "para asesinar a Rosas si se necesitase dinero antes de 24 horas se tendría un fondo de tres millones de pesos fuertes"; llamábase "Hombre Dios" al tiranicida buscado, y, extremando la nota, llegóse a exhortar grandilocuentemente a las mujeres al asesinato, presentándoles el ejemplo de *Carlota Corday...* (1) "Ella penetró con noble, necesario engaño, hasta donde desnudo se bañaba Marat, y allí le aseguró una potente puñalada". Ponderábase el asesinato como recurso político (del que se inculpaba "al tirano") y después de recordar el aplauso tributado por la Francia y Europa a Carlota, se preguntaba: "¿No habrá una mujer en Buenos Aires bastante heroica para imitar a Judith o Carlota Corday que fingiendo entregar a Rosas un aviso importante, llegue hasta él, finja doblar la rodilla por entusiasmo y gratitud, *y le sepulte en el vientre un puñal envenenado como hizo Carlota con Marat?*"

De todo esto salió sano Rosas, consagrando a los asuntos de la guerra y a los negocios extranjeros sus mejores energías, de día

EL GENERAL EDECAN DON MANUEL CORVALAN PREVENDRA AL PROVEEDOR DON SIMON PEREYRA QUE MAÑANA PUEDE OCURRIR A LA TESORERÍA POR QUINIENTOS MIL PESOS MONEDA CORRIENTE; Y QUE PUEDE ADEMAS RECIBIRSE YA DE LOS CUEROS EXISTENTES EN EL FUERTE HASTA HOY 16 DE AGOSTO, AL PRECIO CORRIENTE EN PLAZA.

EL REFERIDO GENERAL MOSTRARÁ Y DEJARÁ ESTA RESOLUCIÓN AL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA A LOS EFECTOS CONSIGUIENTES. (Rúbrica de Rosas). Original en mi archivo.

(1) Carlota Corday, dice Castelar, huía de complicidades y cómplices por no comprometer a nadie y para llevarse para sí toda la gloria de la hazaña. El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo: compadezcamos a Carlota.

y de noche, contando con la adhesión de las personas ya citadas, además de los generales Oribe, Rolón, Echagüe, almirante Brown, doctores Sarratea, Manuel Moreno, García, Vicente López, y otros que, es necesario confesar, constituían la parte más representativa y distinguida de la sociedad argentina.

Con razón dijeron en la Legislatura de 1857 los doctores Tejedor y Frías, antiguos soldados de Lavalle y emigrados unitarios, con ocasión del enjuiciamiento de Rosas y embargo de sus bienes: "La cuestión en debate envuelve la persecución política: supone el *castigo de un pueblo entero,* y entonces (Tejedor) si todo el pueblo es cómplice de la tiranía de Rosas, no sé con qué pueblo marcharíamos y sobre qué pueblo legislaríamos"... "Si pretendiéramos ser muy lógicos nos expondríamos (Frías) a encontrar personas que acusar hasta en las bancas de los que dictan la ley o de los magistrados que administran justicia"...

Con este motivo y oportunidad, dijo Rosas: ¡El juicio del general Rosas! Ese juicio compete a Dios y a la Historia, *porque solamente Dios y la Historia pueden juzgar a los pueblos*... Porque no pueden constituirse en jueces los enemigos ni los amigos del General Rosas; las mismas víctimas que se dicen, ni los que pueden ser tachados de complicidad en los delitos...

* * *

En el largo período en que presidió los destinos de la Confederación con las facultades extraordinarias y la suma del poder, se consumaron actos capitales como éstos: Cuestión de las Islas Malvinas, firma del Pacto Litoral, 1831, base orgánica de nuestra Constitución actual, Conquista del Desierto, 1833-34, actuaciones hasta la sentencia y ejecución de los autores y cómplices del asesinato del general Quiroga, Ortiz, y demás individuos de su comitiva (1835-37), Convención Southern-Arana, 1849; Tratado Arana-Lepredour, 1850, y, por fin, (sin su intervención) la alianza del general Urquiza con el imperio del Brasil y el gobierno de Montevideo, 1851, que permitió la formación del gran ejército que el 3 de febrero de 1852, bajo el supremo comando del gobernador y capitán general de Entre Ríos, don Justo José de Urquiza, antiguo teniente de Rosas, concluyó en los campos de Monte Caseros con el poder del Ilustre Restaurador, produciéndose la inmediata organización constitucional del país bajo la forma

de gobierno indicada en el Pacto Federal de 1831, y con los mismos hombres y recursos que habían acompañado al vencido en el ejercicio del poder absoluto.

* * *

Pronunciada la derrota de las fuerzas de Rosas, en Caseros, en las primeras horas de la tarde del 3 de febrero de 1852, resuelve abandonar el campo protegido por un estrecho círculo de amigos y servidores. Tiene interés histórico — dice el general Lucio V. Mansilla — conocer con alguna prolijidad lo que pasó, y así lo refiere: "Rosas y Máximo Terrero salieron juntos del campo de batalla al ver todo perdido. A cierta altura por el Bañado de Flores, Rosas le dijo a Terrero: "Separémonos; yo me voy a casa de Gore (Roberto Gore era entonces Ministro de S. M. Británica y tenía la legación en la calle Bolívar entre Venezuela y Méjico). Pero antes voy a escribir mi renuncia" (la escribió con lápiz sobre la grupa); esa renuncia nunca fué leída en la Legislatura; ¿es cierto el hecho o no lo es?

Se separaron, pues! Era temprano aun. Rosas llegó a casa de Gore, llamó, abrieron, el sirviente lo conoció, manifestó inquietud; lo tranquilizó, diciéndole: "si no está mister Gore, hay que prevenirlo", y subió la escalera. El caballo lo entraron en la caballeriza. Una vez arriba ordenó un baño tibio y se acostó.

Al rato llegó Gore; Rosas dormía profundamente!

— Señor gobernador, la plaza está en efervescencia; (tenemos los pormenores de labios de Gore) han hecho abrir la cárcel. Vuecencia corre peligro.

— Amigo, no tenga cuidado. Mire, aquí está la bandera inglesa que yo he enseñado a respetar; aquí no vendrán; a este pueblo yo lo he montado, le he apretado la cincha, le he clavado las espuelas, ha *corcoveado;* no es él el que me ha volteado... son los macacos (los brasileros); déjeme, voy a bañarme, avísele a la "Niña" (Manuelita), y esta noche me embarcaré; ya he mandado mi renuncia... Y Rosas se embarcó esa noche por los lados de la Aduana vieja, calle de Belgrano, y el pueblo nada intentó...

Embarcado en la fragata inglesa *Conflict,* que lo condujo a su destierro, pudo desde ella percibir Rosas, antes de dejar para siempre su patria, el resplandor de las armas victoriosas en los

momentos que "de orden de Urquiza" se fusilaba a prisioneros tan distinguidos como el coronel Martiniano Chilavert, que fiel a Rosas hasta los últimos instantes, resistió con su artillería el victorioso empuje de los aliados!

Rosas fué recibido en Plymouth oficialmente por las autoridades del punto y con salva de cañón, estableciéndose en las inmediaciones de Southampton, *Swathling,* donde planteó un estable-

Rosas regando las plantas de su «Viña Manuelita», en su retiro de las proximidades de Londres

cimiento rural que adelantó con su labor personal, sólo interrumpida una tarde del mes de Marzo de 1877 en que atacado de congestión pulmonar guardó cama y asistido por su amorosa hija y su amigo el doctor Wibbling, falleció tranquilamente en la mañana del 14 de Marzo de 1877, siendo enterrado, sin pompa de ninguna especie, previo oficio en la Capilla Católica, en el Cementerio de la misma ciudad inglesa, donde cumpliéndose la profecía del poeta, *están todavía!* las cenizas, y donde su familia le erigió un modesto monumento.

* * *

Desde su destierro mantuvo cordial correspondencia con algunos de sus amigos y con el propio General Urquiza, que se cotizaban para remitirle fondos con que atender sus necesidades, impedido como estaba por el decreto del Gobierno provisorio, de 16 de Febrero de 1852, de disponer de los bienes de su cuantiosa fortuna. Tuvo Rosas el pensamiento de hacer publicaciones que mucho hubieran convenido a la historia de estos países, y ese pensamiento, que desgraciadamente no llegó a realizarse, lo comunicaba en 6 de Mayo de 1866 a su íntimo el doctor Roxas y Patrón, en el siguiente párrafo de carta: ..."La he colocado en copia entre los documentos que publicaré cuando tenga con qué pagar esa publicación por tomos. Se titulará: *Algunos rasgos de la vida del General Rosas.* En estos "Rasgos" no debo hablar yo puesto que deben ser solamente los propios documentos los que hablen... ¿Qué dirán, si esta obra sencilla se realiza, mis *santos calumniadores, los más de ellos sin conocerme, sin haberme visto, sin haber estudiado jamás mis obras, ni visto mi defensa?*. ¿Qué los primeros hombres de América, qué los de Europa?

* * *

Hubieran dicho lo que la investigación realizada hasta hoy permite decir con verdad y sin apasionamiento: Rosas es una época y sus actos no pueden ser juzgados aisladamente sino como parte de un conjunto sometido a influencias de distinta intensidad y naturaleza.

DARDO CORVALAN MENDILAHARZU.

Documentos y fotografías del Archivo del autor.

UNA VIDA SIMPLE

Me llamo Marcos Roldán y tengo cuarenta y seis años. Soy maestro de escuela en este pueblo y, como tal, personaje importante.

Aquí todo es tranquilo y simple. Los habitantes son trabajadores: se levantan y se acuestan con el sol. Mis veinte alumnos me quieren y respetan. Son atentos y estudiosos. Sus cuadernos están llevados con esmero.

Cumplo esta misión educativa agradablemente. Es la tarea que me señaló la suerte. Mi único anhelo es que mi surco sea fértil. Por eso me esfuerzo en trasmitir mi poco saber a esos pequeños seres.

Vivo en una casita toda blanca. Al frente está la clase con sus bancos en fila, mi mesa sobre una tarima y el pizarrón contra el muro. En el fondo está el huerto. Allí tengo un poco de todo. Mis horas libres las dedico a cultivar la tierra, regar las plantas, podar las ramas.

Como no tengo ambiciones, mi vida es sencilla. Estoy retirado de las agitaciones mundanas y no me empeño en saber de la política. El cura, que recibe periódicos, me habla de tanto en tanto de estos temas. Entonces discutimos. Sin dejar de ser buenos amigos nunca estamos de acuerdo. Gusto de estas controversias amables porque serenan el espíritu y avivan la inteligencia.

Así mis días se parecen como las cuentas de un rosario, unos a otros. Sentado a mi mesa, mientras que Antonia la cocinera sirve los manjares suculentos, converso con mi perro Bob. Como nos queremos, él adivina mis palabras y yo interpreto sus ladridos. En las noches de verano acostumbro ir hasta la capilla, converso un instante con el señor cura, vuelvo a mi casa y me acuesto. En invierno, como las noches son largas, me siento junto al fuego. Elijo uno de mis libros y me paso las horas leyendo. Los libros

son mis fieles camaradas, me hacen evocar ilusiones y me prestan ánimo y fortaleza.

Mi biblioteca no es voluminosa, pero es escogida. Los autores, en su mayoría son clásicos. De los modernos busco aquellos que se preocupan más del fondo que de la forma. Los vocablos rebuscados, las frases sonoras, los períodos brillantes, me dejan indiferente. Prefiero el sentimiento profundo expresado con claridad. La belleza surge por sí misma tras la lectura atenta y la meditación propicia. Cuando se observan las ondas azules uno se olvida de las riquezas que el mar guarda en su seno...

Yo también, en mi juventud, escribí. Eran o artículos ligeros o versos románticos. Las revistas literarias publicaron varios frutos de mi ingenio. Estaba orgulloso. Después pasaron los años y se adormecieron los entusiasmos. En la confesión va mi castigo.

Durante las horas de clase, mientras los pequeños dibujan sus palotes y los grandes resuelven sus problemas, recuerdo todas esas cosas. Los alumnos se me acercan y me enseñan sus planas. Todo lo encuentro perfecto y paso por alto los errores más notables.

Hace cinco años que soy maestro en este pueblo. Los padres de mis discípulos vienen a verme con frecuencia, me preguntan sobre los progresos de sus hijos, me obsequian con plantas o gallinas. Soy el consejero obligado en sus asuntos.

Mi clase es silenciosa. Es agradable ver tantos cuerpecitos inmóviles. Me levanto y escribo en el pizarrón los deberes para el día siguiente. Estoy contento y señalo pocos deberes. Miro a mis alumnos risueños y siento deseos de estrecharlos entre mis brazos.

Hay días en que, para premiarlos, les relato alguna narración fabulosa. Es la historia de Aladino y su lámpara, son los viajes de Simbad el Marino o las aventuras de Robinsón Crusoé... En esas cabecitas infantiles, acostumbradas a la vida rústica, todo esto produce una especie de sortilegio.

Esta tarde los he llevado a mi huerto y les he dado una lección práctica de botánica. He cogido una flor y la he detallado. Luego hemos vuelto a la clase; he señalado una página de escritura y me he acercado a la ventana. El cielo estaba sereno y brillante. Las enredaderas penetraban por el vano de la abertura. Un gorrión se posó en una rama y contempló curioso a mis alumnos inclinados sobre sus cuadernos.

En el mes pasado cumplí años. Me regalaron muchas flores. La clase estaba impregnada de un aroma suave. A la tardecita

nos encaminamos hacia la laguna. Contemplamos el agua tranquila, el verdear de los campos, los árboles gigantes. La naturaleza es la educadora suprema.

El único instante melancólico es a la salida de clase. Mi egoísmo desearía que las lecciones fuesen eternas. El reloj ha dado sus cuatro campanadas: toc, toc, toc, toc... Mis alumnos se levantan, arreglan sus carteras, se colocan en fila: — una! dos! una! dos!... Todas las tardes, desde el umbral de la escuela, contemplo la chiquilinada dispersarse bulliciosa.

Es éste el cuadro de mi existencia. Espero tranquilo mi hora final — y la presiento próxima. Tengo la seguridad que ante mi tumba los que fueron mis alumnos se inclinarán reverentes.

ERNESTO TURINI.

CRONICA FEMENINA

LAS MUJERES Y LA VIDA.

Una conversación que sostuve en cierta fiesta con una niña y dos jóvenes, me ha hecho reflexionar luego detenidamente. Ahí, en la fiesta, no era posible profundizar el tema, pero cada uno, sin embargo, expuso sucintamente sus opiniones.

Se trataba de la vida.

Es cierto, es un temita! Se presta a tantas *interpretaciones, deducciones, inducciones, dilucidaciones* y otros *"ciones"*, que!....

En fin, X, uno de los jóvenes, sostenía con *esprit* que entre la vida moral e intelectual de ambos sexos hay una diferencia enorme, y que nunca — salvo rarísimos casos — nosotros vivimos intensamente. Que sólo vive así una intelectual — o una cerebral, más justamente, — y eso, saliéndose del ambiente de la familia y mofándose de los convencionalismos mundanos; sin que pudiera quitársele el ser profundamente honesta, a pesar de posibles apariencias contrarias. Pero añadía que el mayor peligro, y el más temible enemigo para esa clase de existencia pregonada inapreciable, privilegio de los hombres cultos e inteligentes que analizan cuanto les ocurre, que disecan con placer sus ideas y ávidamente piden a la vida continuas sensaciones, es para la mujer la belleza. Que cuando más atractivos tenga y más femenina sea, menos probabilidades ha de tener la mujer de participar plenamente de las manifestaciones de la actividad humana, confinada en el estrecho círculo en que los cumplidos y homenajes a ella tributados por el sexo fuerte la mantienen.

Protesté y Z. también, porque a lo enunciado debían ponérsele restricciones. La otra niña opinaba, que como lo decía X., era monótona la existencia de las damas, quienes tienen que con-

tentarse con los mismos cuidados domésticos y deberes sociales durante todos los días de su vida, y que en esas rutinarias ocupaciones matizadas de frívolas distracciones está todo el interés a ellas permitido. Que cuanto más avanzamos en modernismo, más superficiales nos volvemos: cada día la importancia que damos al atavío es mayor, y siendo el lujo una cuestión de emulación, y el buen gusto, resultado de esos torneos de exhibicionismo en que las actuales generaciones se complacen, los trapos, la sociabilidad y la maledicencia absorben nuestro tiempo, quitándoles estas ocupaciones preponderancia a la iglesia y sustituyendo a las beatas de antes, las *interesadas* de ahora.

A mi ver, razón tiene esta niña en esto último.

En otro tiempo el tranquilo modo de ser de nuestras ascendientes predisponíalas a las piadosas prácticas a que se entregaban sinceramente. Eran las beatas, pero las beatas convencidas, aureoladas del respeto que cualquier causa, cualquier creencia, cualquier rito se merecen sin distingos; únicamente porque toda causa es sagrada desde el momento que tiene adeptas y apóstoles convencidos, y como tales, dignos de tolerancia, aunque aparezcan ridículos o absurdos.

En cambio las mujeres de hoy no practican, en general, con fervor. Por mil causas su fe está debilitada y vacilante,... y sólo demuestran su religión — que todo extraño puede fácilmente controlar — *por si acaso,...* por si llegan los malos momentos, las horas de angustia, de dolor, y los días en que confiar en algo providencial es un bálsamo, y un consuelo refugiarse en una suprema luz de esperanza. Ello es, además, practicando con el mínimum de molestia y dedicación, asegurarse la salvación del alma... Así lo creen al menos. Como si a Dios engañaran tales arreglos y se pudiesen conciliar sus mandamientos con el género de vida que hacer quieren; y olvidando que más vale una plegaria espontánea en un retiro voluntario, aunque sea espiritual, o una buena acción, que grandes demostraciones y ostentatorias limosnas en un templo al que, para llegar, y ya en él, todo distrae del fin que allí conduce!

Mas, dejemos esto, ya que no sólo de religión está hecha la vida. Intervienen en ella muchos otros factores de equivalente importancia.

La existencia femenina comprende luchas, esperanzas, desconsuelos, injusticias y deberes. Tiene responsabilidades; solamente

que algunas mujeres las aceptan y otras no. Las primeras son las buenas y cuerdas, las que estiman que cumplir produce satisfacción, y que aún en el sacrificio se hallan encantos y recompensas. Las demás no admiten contratiempos, ni trabas a sus deseos, ni contemporizan con sus exigencias: quieren, mandan, disponen; usan para todo el modo imperativo. Puede ser que algunas lo hagan por necesidad, o por instintiva tendencia a probar su autoridad y no por despotismo consciente.

El genio del bien existe, y más de lo que se supone, felizmente. La mujer es un ser de paz cuyas dulzuras y debilidades, mandatos y plegarias influyen en la marcha del mundo. Provoca la emulación entre los hombres y, al encender en sus corazones la llama divina, despierta sus ambiciones. El escollo para ellas está en saber utilizar sabia y lógicamente el florecimiento de la "petite fleur bleu" del sentimiento *para* y *por* el bien, impidiendo que la marchiten las villanías y el lodo inevitable del camino. Si supiesen mantener esos sentimientos en constante tensión no tendrían necesidad, entonces, de reivindicar derechos iguales a los del hombre, ni la de competir con éste, usando medios violentos y menos eficaces para persuadir, que las dulces palabras y los hechos ejemplares. No es un medio de vencidas; no es resignación esa táctica. Es la de la razón, la de la ley natural, la que nos hace la compañera del hombre, su complemento, y no la enemiga o la competidora, la usurpadora, al fin, de sus derechos y privilegios.

En París se acaba de representar con éxito una comedia en tres actos titulada *La mujer sola.* Su autor es Henry Brieux, escritor y sociólogo, autor de otras veinte obras interesantes y profundas que declaran su amor al prójimo y su sobreviviente optimismo a pesar de los desencantos que un suficientemente largo contacto con la vida hubiese podido darle.

He leído *La mujer sola.* Es la historia de una joven de 20 años que, inesperadamente — y por cambios de fortuna — se ve obligada a cambiar de medio. Tiene un novio que la quiere sinceramente. Pero sin dote ella, no pueden casarse, porque él es incapaz, por el momento, de aportar lo necesario y porque no tiene el valor de resistir a la decisión de sus padres que en eso ven un negocio "undesirable". La niña, en una escena muy bella, le da ánimo y le propone, realizada la unión, luchar juntos, aunar sus esfuerzos y juntos gritar *victoria!* si triunfan. — "... Hasta que hayamos conquistado juntos un bello sitio en el mundo, un sitio que sólo

nos deberemos! Tengamos la nobleza..." Ella se detiene; él no vilra ante esa perspectiva... Y desechando la joven la posibilidad de una vida incolora, tranquila y monótona en el seno de su familia de adopción, opta por la lucha. Vive sola y es redactora en un diario feminista donde sus aficiones literarias la llevaron. Y sufre valientemente. Y lucha. Lucha estoicamente contra los hombres, contra sus pretensiones, su brutalidad; y también contra el egoísmo y la hostilidad de los burgueses. Tiene, sola, que defender su virtud y ganarse el sustento, y, vencida, confesarse que la emancipación femenina es un mito, que la mujer no puede subsistir como contrincante del hombre. Encuentra de nuevo a su ex prometido transformado, quien, ahora enérgico y valiente, vuelve a solicitar su mano... y cede la muchacha, porque la mujer sola en la vida contemporánea...

Más que otra cosa esta comedia demuestra cuán en lo cierto estaba X. al decir que la mujer no vive intensamente y que su mayor enemigo es la belleza. Teresa, la heroína de Brieux, es una muchacha encantadora, cuyos atractivos la exponen a inevitables disgustos y exigen de su voluntad esfuerzos agotadores; teniendo, después de todo, que confiar su persona a su enemigo convertido en protector.

Las que cifran sus afanes en libertarse, que reprimen su sensibilidad, que se imaginan llegar solas a la meta por sus propios méritos, son las que a su turbulencia nativa unen los ideales que un medio cosmopolita y complejo les ha inspirado. Esas tendencias son frutos de extrañas lecturas, son utopías que los libros divulgan y que en la práctica resultan contraproducentes. Algunas viven intensamente, ya lo creo!... pero son las anormales, las que están al margen de nuestras costumbres. Deberíamos desear que esas fueran solamente las que no pueden hacer de otro modo por la situación que se han creado, o las ambiciosas poderosamente convencidas de sus cualidades y de la vocación irresistible que las dirige, y con una fe tan grande en el porvenir y en el éxito, que puedan con sus aseveraciones y sus inatacables actos, neutralizar nuestras desconfianzas.

A esas no más se les perdonará el singularizarse, y se les agradecerá a las otras, a las que creemos piensan sanamente y no usurpan atribuciones ajenas, al conformarse con el antiguo y tradicional régimen femenino.

El papel de la mujer es importante como tal, sin que necesite

inmiscuirse en otros, en los cuales, a cada rato, para afirmar su sinceridad e inocentarse, tienen que exhibir o recordar a los que la acechan, la divisa de los Príncipes de Gales;... en que para desconcertar a la gente y atar las lenguas imprudentes, tienen que decir perennemente: "Honni soit qui mal y pense!"

Las mujeres debemos tratar de ser felices haciendo felices a los demás, que es, dicen, el mejor medio de serlo. Tenemos el deber de mejorarnos moral, intelectual y materialmente y contribuir así a la alegría de los seres cultos, imprimiendo a cuanto nos rodea un sello de belleza y refinamiento.

El don sagrado de las lágrimas no lo rechacemos, pero sepamos reprimir nuestra sensibilidad a veces inoportuna; en la solemnidad de ciertos actos estemos a la altura de su importancia, y aprendamos a refrenar nuestros nervios ante los crueles obstáculos con que forzosamente hemos de tropezar.

Decididamente nuestro imperio es el hogar. Hagámoslo agradable aprovechando las enseñanzas que de nuestras madres hemos recibido; la satisfacción de transmitir el buen ejemplo, de influir en generosidades mitigarán nuestros posibles sacrificios.

Luego, cuando los años ya han pasado, y cuando la vida declina, es muy dulce poder sentir a su alrededor el cariñoso respeto de todos. Es una satisfacción saber que el tiempo fué correctamente empleado, que se han vencido los malos impulsos, descartado las tentaciones, y que aún se retiene, por la palabra, la amabilidad, la cultura y el *savoir faire,* a los que se subyugó de joven y a la nueva generación también. El corazón y la inteligencia no cuentan años; por eso, cuando sobre la juventud pasaron décadas y marchitaron los atractivos físicos, aún quedan, si no la armonía de las líneas y la vivacidad de la juventud, algo que retiene también: los encantos del alma.

FANNY POUCHAN.

MIMI AGUGLIA EN "SALOME"

Mimí Aguglia, la joven actriz que tan profundo, sincero y unánime entusiasmo despertó en el teatro dialectal entre los públicos más diversos, pasando al gran teatro de prosa dió ocasión a los críticos de perderse en las más disparatadas previsiones sobre su carrera artística.

El fácil entusiasmo o el pesimismo sistemático, el espíritu de partido, la vinculación con tal o cual capilla artística, la venalidad, el regionalismo, por fin, las nobles y las bajas pasiones, determinaron el juicio, y el vaticinio fué a veces favorable, otras catastrófico.

Sólo unos pocos juzgaron serenamente que Mimí Aguglia era aún muy joven, y que, rica de ingenio, apasionada por el arte, dotada de una intuición que a menudo se sustituía a la deficiencia de la cultura, podría llegar algún día a ocupar una excelsa posición en el teatro.

Ya van algunos años que Mimí Aguglia actúa en el gran teatro de prosa, y la crítica se ha manifestado discorde en sus opiniones. Los unos, acaso con maligna intención oculta en sus frases corteses, han lamentado su desaparición del teatro dialectal y aconsejado a la joven actriz siciliana que vuelva a él, declarándolo el único ambiente que le es propicio. Otros, en cambio, han cantado hosana y han afirmado que ella ha alcanzado definitivamente la cumbre de su grandeza.

A mi juicio se ha exagerado, conscientemente o no, por una y otra parte, porque, si es cierto que Mimí Aguglia en breve tiempo había realizado un progreso inmenso, extraordinario, antes diría sorprendente, así en la dicción como en el dominio de la escena, también lo es que no había mantenido la promesa de alcanzar aquella verdadera e indiscutible grandeza que hacían esperar su ingenio y su actuación anterior.

En *Salomé* se ha revelado, empero, aquella robustísima actriz que empañaba frecuentemente la gloria de Giovanni Grasso, puesto que, igualándolo en la intuición, siendo tan grande como él en la expresión de la violencia de las pasiones, poseía, en vez del gesto del energúmeno, del efectismo melodramático que no raras veces son la razón del triunfo de Grasso, un más profundo y exacto conocimiento de la psique humana.

Si la crítica porteña, al juzgar la creación que Mimí Aguglia hace de *Salomé,* no hubiese sido desviada por la preocupación de mostrarse original, tal vez unánimemente se habría dicho afortunada de haber podido admirar antes que otra alguna, una magnífica, incomparable interpretación de la protagonista del célebre poema trágico de Oscar Wilde.

En cambio, acaso para dar muestras de una personalidad propia en el juicio, se le han movido objeciones, y alguno hasta ha tenido la ingenuidad de querer discutir todavía la obra.

Las objeciones principales hechas a Mimí Aguglia por su personificación de *Salomé,* son tres:

1.ª No se comprende la agitación que domina a Salomé desde su aparición en la escena.

2.ª Debería mostrar más odio que amor a Jokanaan.

3.ª Es demasiado sensual como que es siciliana.

Sin la pretensión de despachar juicios, sin pose de crítico erudito, a la sola luz del buen sentido común, me permitiré refutar tales aserciones.

¿Cómo podría hallarse tranquila Salomé cuando entra en escena? Ella huye de un banquete que tal vez ha sido una orgía, huye agitada por las emanaciones embriagadoras de los vinos generosos que han sido bebidos profusamente; está profundamente turbada por las miradas llenas de concupiscencia del tetrarca, el libertino marido de su madre; está disgustada por la vista de los afeminados griegos de ojos pintados, y por la grosería de los romanos; la han puesto nerviosa las discusiones religiosas que agitaban en aquel entonces el alma de todos, y apenas salida del banquete ya se posan sobre ella otras miradas llenas de deseo, pues el capitán sirio no se cansa de contemplarla amorosamente.

El cuerpo de Salomé es casto; ¿pero su alma? La princesa de

Judea vive en ese ambiente de lascivia, de corrupción, de libertinaje y de delito, que es la morada de Herodes. Ella conoce las culpas de Herodías, su madre impúdica, y ha comprendido que la belleza de sus formas ha despertado las ansias del padrastro.

Esto presupone Oscar Wilde al presentarnos en un determinado momento de su vida la extraña figura de Salomé, y nosotros lo aprendemos de las palabras de los diversos personajes que pone junto a ella el gran poeta inglés a quien preocupara tanto el personaje bíblico de la Princesa de Judea.

En tal estado de ánimo Salomé oye la voz del profeta Jokanaan que impreca con terrible crudeza contra el vicio de la corte, contra las infamias de Herodías, impúdica e incestuosa.

Experimenta al oirla una profunda turbación, queda íntimamente conmovida, nace en ella el deseo de ver a ese hombre tan diverso de los demás que desafía impávido la ira real. Y cuando ve el cuerpo del profeta y su cabeza ascética, en la anormal, degenerada, histérica hija de Herodías, despiértase el instinto de la lascivia, surge en ella un prepotente deseo de tocar el cuerpo, de besar la boca de ese ser que de modo tan extraño la hiciera estremecer.

Ante cada repulsa del profeta se rebela e insiste con mayor vehemencia; ante cada repulsa también se aguza su deseo, y los sentidos van dominándola toda. Vuelve entonces a rogar con extrema dulzura, pero siempre es rechazada.

¿Ella rechazada, ella la princesa de Judea bajo cuya voluntad todos se inclinan? ¡Oh, no! ¡Ella besará aquella boca!

Y danza lascivamente por Herodes, con tal de obtener la cabeza de Jokanaan.

Una verdadera aberración de los sentidos la invade por entero cuando consigue besarla, un furor sádico la posee.

Mimí Aguglia rinde todos estos estados de alma con arte incomparable. Es apasionada y violenta cuando habla con Jokanaan, es lasciva cuando danza por Herodes, es sádica cuando besa la boca del profeta.

Su voz expresa el estremecimiento de la lujuria que la invade, el orgullo de la victoria, la lamentación de que no se posaran en su cuerpo los ojos de Jokanaan, el paroxismo del amor, la sádica voluptuosidad de aquel beso horrendo que le hizo conocer el acre gusto del amor.

¡Es sádica la Salomé que concibió Oscar Wilde! ¿Qué otra

cosa puede ser la mujer que después de aquel beso ya no se siente casta? Ella no odia ni ama a Jokannan; sus sentidos de anormal le han encendido el deseo violentísimo de aquel cuerpo.

Herodes, cuando ordena a sus soldados de aplastarla bajo el peso de los escudos, dice: "Matad a aquella *hembra*". No la llama *mujer*.

Por consiguiente, Mimí Aguglia ha interpretado con extraordinaria exactitud el personaje concebido por Oscar Wilde.

La turbia atmósfera de degradación, de perversidad, de misterio, que reina en la horrible escena, la ha creado el poeta: la actriz no hace sino interpretarla.

Si cierto crítico escribiese con menor ligereza, y antes de emitir un juicio precipitado tuviese el cuidado de estudiar, sabría que por la educación de la familia, por la rigidez de las costumbres, morigerados en alimentarse, parcos en el beber, los hijos de la Trinacria nada tienen de sádico. Y sabría que la naturaleza siciliana no presenta ningún aspecto que pueda despertar tales morbosas pasiones, que el paisaje de la encantadora isla del sol no es ni crudo, ni monótono — como él cree — porque lo anima la infinita poesía que pueden dar la luz, el aire y todos los matices de la gama de los colores.

S. Judica.

PINTURA Y ESCULTURA

La donación Madariaga - Anchorena.

Los cuadros donados al Museo de Bellas Artes por los señores Madariaga-Anchorena, constituyen, sin duda alguna, un apreciable conjunto. Hay allí firmas célebres y la mayor parte de los cuadros son obras muy trabajadas, de esas que se consideran "importantes", como si la importancia del cuadro dependiese del tamaño, del asunto, del tiempo que el artista empleó en pintarlo, y no de su belleza. Pero es preciso declarar que entre los ciento once cuadros de la colección Madariaga, apenas hay una veintena interesantes. Y es que todos esos artistas renombrados, — los Bonnat, los Bonvin, los Dagnan-Bouveret, los Ary Schaeffer, para no citar sino algunos ejemplos, — son espíritus absolutamente mediocres. Su fama proviene de las medallas y condecoraciones, cosas que se obtienen, no a fuerza de talento, sino de paciencia, de dinero y de amistad. Carrière jamás pasó de una segunda medalla, y del gran Degas, uno de los más originales artistas modernos, nadie se ha acordado nunca para nada. En cambio las listas de premios y títulos del mediocre señor Meissonier y de su triste discípulo Detaille, impresionan.

No me ocuparé de todos los cuadros de la colección Madariaga. Para ello se necesitaría un número entero de NOSOTROS. Me limitaré, pues, a mencionar y comentar muy brevemente aquellos que, según mi modesto pero propio criterio, contienen belleza verdadera.

La "Mujer con una gallina", del norteamericano Barthold, residente entre nosotros, es una obra vigorosa, real y bien ejecutada. El rostro de la mujer, con aquellos ojos mansos y bonachones, reflejan su alma tosca, quizás algo animal. La minucia inteligente con que está trabajado este rostro hace pensar en los viejos maestros holandeses; parece de una mano, y de un espíritu, muy distintos de los que fabricaron los dos retratos recientemente expuestos en el Salón nacional. Una duda se me ocurre respecto al cuadro de Barthold: ¿conocerá su autor el cuadro "Vieja con una gallina",

del español Ribera, que existe en la Antigua Pinacoteca de Munich? Hay una similitud muy grande entre ambos cuadros, sobre todo en cuanto a la composición.

Un paisaje excelente es el que lleva la firma de Bouché, artista cuya existencia ignoraba y respecto al cual no he leído ni oído jamás una palabra. Representa "El Marne al atardecer" y hay en él sentimiento y poesía. Está ejecutado con tonos cálidos, casi aterciopelados. No debe nada al impresionismo, lo cual me hace creer que es anterior a esta escuela.

De Cassiers, ya conocido aquí por una exposición particular, hay dos paisajes de ciudades flamencas. Son dos obras encantadoras, como todo lo que produce el gran artista belga.

Sin entusiasmarme, el cuadro "En la ribera", de Chabas, lo encuentro una de las mejores obras de la donación. Chabas es de los que hacen arte distinguido, género por cierto fácil y agradable. Aquellas muchachas tan bonitas, tan elegantes, vestidas con trajes ligeros y sueltos que dejan al aire las carnes rosadas de sus brazos y gargantas, son realmente deliciosas. Y luego, aquel abandono, aquella femineidad que tienen! Los efectos del sol sobre la carne femenina y sobre el agua del río, están bien observados. Y en todo el cuadro, hecho a grandes pinceladas, se siente, a pesar de su estilo pálido y su falta de vigor, la dicha de vivir, la alegría sana y soleada de un día de regatas.

Caro-Delvaille no ha estado del todo feliz en "La mujer del espejo". Es éste un cuadro mediocre, muy inferior, por cierto, a los análogos de Degas, pintor que le ha influenciado en este caso. Decididamente, Caro-Delvaille no superará así no más "La manicura" de nuestro museo. Y es que en este cuadro ha imitado hasta beberles el alma a dos artistas muy grandes: Goya y Manet.

Las marinas constituyen lo menos valioso de la producción de aquel singular espíritu que fué Courbet. La "Marina" de la donación Madariaga, es más o menos como las que se conocen de este artista. Se trata de un mar falso y romántico, pero cuyas olas verdosas, llenas de movimiento, están ejecutadas con brío e inspiración.

¿Qué decir de "La emperatriz Theodora" de Benjamín Constant? Sin duda ninguna el cuadro está bien pintado. Pero a pesar de tantos detalles y tanto pretendido color local, no tiene carácter. Parece, más que la emperatriz, alguna comedianta moderna después de representar el papel de Theodora. Es cien veces supe-

rior a este bizantinismo exterior y frío, cualquier cosa de Gustavo Moreau, quien, realizando un género análogo, puso en sus cuadros, a la par que un atormentado refinamiento, una elegancia, una suntuosidad y un buen gusto supremos.

Dinet es un honesto orientalista. Como Fromentín, aquel escritor genial y pintor simplemente estimable, Dinet conoce profundamente la Argelia. Su oriente no es, pues, un oriente de Batignolles sino un oriente verdadero y concienzudamente estudiado. Conozco, más o menos, el ambiente y los tipos que suele pintar Dinet, pues he pasado en Argelia tres meses. Y bien: creo que es irreprochable. Por lo demás, se trata de un hábil pintor y de un verdadero artista. Su "Mensajera de Satán", donde vemos tres bellas muchachas beduinas, da prueba de ello.

"Sarah la baigneuse", de Fantin-Latour, deja indiferente. Es una obra fría y sin carácter. Los tres cuadros de Gastón Latouche son interesantes; y nada más. No creo que estos cuadros sean, por sus cualidades, obras de museo: un museo debe ser algo así como una antología pictórica, una selección de los mejores cuadros que haya sido posible encontrar. Contrastan con los cuadros de Latouche, independientes y modernísimos, los de René Menard, quien parece haberse propuesto figurar en todas las colecciones. Menard no pinta sino cuadros de colores sombríos, no hace sino pintura "de museo". Y esto vuelve antipático a su arte. Nada más odioso que una actitud en materia de arte y sobre todo si es una actitud de esta especie. Por lo demás, considero impropio llamar pintura de museo a la que realizan Menard y otros señores. Yo entiendo que cuadros de museo son todos aquellos que podemos considerar como obras maestras o aquellos que, por ser de autores que han producido obras maestras, presentan algún interés para el estudio de la historia del arte. Menard tiene talento, pero su arte es falso y pretencioso. En fin, esperaremos la exposición individual que anuncia Philipon para juzgar a este artista con más conocimiento de causa.

Contrariamente a Menard, Raffaelli, autor de "El leñador y su perro", es siempre absolutamente sincero y absolutamente desinteresado. Este hombre sí que es un gran artista. Nadie como él ha comprendido la poesía humilde de los arrabales de París. Sus paisajes grises y melancólicos, con sus cielos plomizos, sus casuchas miserables, sus trozos de campiña descolorida por el humo que despide la chimenea de alguna fábrica, los seres rústicos y

buenos que realizan sus pobres tareas, y la nieve que llena los campos de tristeza, son inolvidables. Algunos cuadros de Raffaelli, cuando ya nadie se acuerde de Menard ni de Fantin-Latour, serán considerados entre las obras más representativas y bellas de la pintura de estos tiempos. Así, para no citar sino dos ejemplos, "Los viejos convalecientes", cuadro que respira una piedad tan honda y que parece desbordar de poesía, y la "Vista de Gennevilliers", que tanto alabara el formidable Huysmans. Raffaelli es uno de los más grandes intérpretes de la vida moderna que hoy existen. La emoción de sus cuadros, la comprensión psicológica de sus tipos, el sentido personalísimo del paisaje, ese don extraño de hacer una obra poderosa y bella con un asunto miserable, su sencillez, su piedad para con los humildes, hacen de Raffaelli un pintor único, un artista que no se parece a nadie y que sólo tiene cierto parentesco espiritual con el ilustrador Steinlen, con Zola, con Bruant y con el triste y amargo poeta Jehan Rictus. "El leñador y su perro" no es una de las mejores obras de Raffaelli, pero lo representa dignamente.

Mencionaré aquí tres obras muy curiosas y que no obstante ser tan distintas presentan cierta semejanza. Me refiero a los dos interiores de Guillermo Schuer y a "La interpelación a Briand" de Veber. Los tres cuadros son de un realismo irónico y anecdótico. Los de Schuer hacen pensar en los viejos maestros holandeses por su precisión, su variedad de expresiones fisonómicas y su sentido casi caricaturesco de la naturaleza humana; sobre todo me recuerdan a Adriano Brouwer. "La interpelación a Briand", es también poderosamente realista e irónica. Hay en este pequeño cuadro muchísimo movimiento y dramaticidad. Los diputados increpan furiosos al eminente hombre de estado: le muestran sus puños, vociferan, y revelan en sus actitudes toda la violencia que en ese momento les mueve. Son estas actitudes violentas, admirablemente sorprendidas por cierto, lo que caricaturiza a los personajes del cuadro. Veber parece un discípulo de Honorato Daumier. Compárese "La interpelación a Briand" con algunas obras de Daumier: las acuarelas "Los tocadores de órgano" y "La sala de espera" y el cuadro "El drama", por ejemplo.

Para concluir, citaré el "Día de mercado", del belga Villaert. Es una obra soberbiamente compuesta y ejecutada y que revela todo el espíritu de la actual Flandes. En una plazuela de una ciudad flamenca, atestada de pesados carros y de mercaderías,

algunos hombres conversan en rueda, sin duda sobre sus asuntos comerciales. A la derecha, cerrando el cuadro, se ven las paredes ennegrecidas de una vieja y monumental iglesia, y al fondo, entre una vaga bruma, detrás de las casas "a pignon", se divisa la figura del "beffroi". Una beguina, encorvada, pasa junto a la iglesia. Es un cuadro evocador y magnífico.

Dos cuadros españoles antiguos, uno de Navarrete y otro de Ribera, que forman parte de la donación Madariaga, no tienen gran valor si bien son ambos interesantes.

Tercera exposición de arte belga.

Con esta exposición, organizada por el pintor Vermorcken, ha sido inaugurado el año artístico.

Desde hace más de treinta años, coincidiendo con el progreso del país, se nota un renacimiento del arte en Bélgica. Al mismo tiempo que la nación crecía en riqueza, que las industrias y la cultura se desarrollaban, aparecían escritores como Maeterlinck, Rodembach y Verhaeren, escultores como Meunier, pintores como Theo van Rysselberghe, Willaert, Claus, Henry de Groux y James Ensor. No hay que olvidar al gran Felicien Rops, que era belga. Algunos de estos artistas han tenido una influencia considerable en la evolución del arte: así van Rysselberghe, que ha sido, sino el único creador, el sistematizador y propagador del puntillismo.

En esta tercera exposición belga no vemos figurar a los cinco grandes artistas nombrados ni a otros tan interesantes como Schlobach, Ana Boch ó Baertsoen. Los pintores que nos presenta Vermorcken no tienen reputación muy extensa, salvo Carpentier, Cassiers, Van Lemputten, Jef Leempoels y Alfredo Delaunois.

Evaristo Carpentier no es un artista extraordinario. Su cuadro "Dos amigos", que representa una niñita con una gatita en la falda, es vigoroso y real, pero carece de ese poderoso interés que tienen las obras personales y características. Además su ejecución no es perfecta; falta aire entre la pared y la mesa junto a la que la niña se halla sentada. Es un cuadro como hay muchos, como cualquiera puede hacerlo. Cassiers, en cambio, atrae singularmente con su "Domingo en Zelandia" y su "Pueblito holandés Volandam". ¡Encantador artista este Cassiers! Hoy día que está de moda la pintura fea y desagradable, consecuencia de la antiestética de que habla Lugones, sorprenden por lo inesperados estos artistas deliciosos y evocadores como Le Sidaner, como Cassiers, como algunos otros,

que sin dejar de ser reales y verdaderos producen obras tan llenas de encanto y de poesía. Sin duda que en Cassiers influye mucho el asunto. ¿Pero no es también un don privilegiado saber hallar bellos asuntos? Yo creo que en arte el asunto no es todo, pero sí que no hay belleza sin un asunto característico. La Holanda, sobre todo aquella región de este país admirable llamada la Zeelandia, han procurado a Cassiers temas que reunen un gran carácter y una gran poesía.

De Van Leemputten, hay un "Rebaño de carneros" muy estimable y de Franz Courtens, de quien hay un cuadro en nuestro museo, un "Otoño" de excelente colorido y nada falto de vigor y seguridad.

No conocía a Paul Leduc, talvez el artista más personal de esta exposición. Sus tres cuadros, "El Dyle en Malinas", "Mañana en Dordrecht" y "Puente viejo en Sars-lez-Spa" son verdaderamente admirables. La sensación de las casas lejanas, envueltas en la bruma, que nos da "El Dyle en Malinas", es perfecta. En cuanto a la técnica, encuentro a Leduc alguna semejanza con Anglada, sobre todo en "El puente viejo".

Un cuadro de Joseph Middeleer, lleno de sencillez y sugestión, evoca poderosamente la poesía humilde y arcáica del "Beguinage en invierno". Houben pinta con gran seguridad y corrección, pero sus cuadros son fríos y en cierto sentido retóricos. El concepto del arte y la visión de Houben deben parecerse a los de Jef Leempoels. De éste hay dos cuadros un tanto triviales. Los cinco pequeños cuadritos de Frank son interesantes, destacándose entre ellos el "Rincón de la calle Real en París" y el "Boulevar Montmartre". El "Mercado de Bruselas" es algo confuso y abigarrado.

Para concluir citaré el "Canal en otoño" de Luis Reckelbus, otro "Beguinage" de Vierin un poco falso y frío e inferior al de Middeleer, y "La lección de costura" de Dierckse, tela excelente donde la luz aparece sabiamente distribuída y donde las figuras parecen vivir.

Antes de cerrar estas líneas quiero decir algunas palabras sobre los ataques de que he sido objeto a propósito de mi crónica sobre la Exposición nacional.

Dos críticos arremetieron contra mí. Del primero, no vale la pena ocuparse. Es aquel de quien dijo Malharro: "Debo confesar que si el galeno es de la misma cepa que el crítico, sería cuestión

de desconfiar de su empirismo crítico-médico-pictórico-musical". (Revista *Ideas,* tomo I, pág. 160).

Al otro crítico lo elogiaba yo en mi artículo, pero, sin duda, no como él cree que debí hacerlo. Por eso me ha fulminado. No puede decir que mis opiniones sean detestables, pues coincido con él en todo lo que pueden coincidir dos espíritus tan distintos. Mi crimen ha sido, (las palabras siguientes las escribió en cierta ocasión el aludido), "ignorar lo que significa, en este país, ser autor de..." (aquí los títulos de los dos libritos que ha publicado mi agresor).

En todo su artículo no se ve sino un esfuerzo penoso para convencer al público de su valer como crítico. El resultado es nulo, pues no convence a nadie. Y de esta falta de proporción entre el esfuerzo y los resultados nace el ridículo de su trabajosa literatura. Por otra parte se trata de un artículo autobiográfico, pues todo cuanto dice de los críticos puede ser aplicado a él con prolija estrictez.

En cuanto al estilo, declaro que es lo más interesante del artículo: un estilo crespo, aceitoso, oblicuo, rizoso, "pomadé", ya que a él le gustan tanto las palabrejas francesas. Es una obra de peluquería, la obra paciente de un fígaro melancólico. ¡Y luego aquel divino "et comment", con que ameniza todos sus artículos, y aquel exquisito "¡Ah, no, no!" de damisela pudibunda que ha sido tan alabado y reído en los círculos literarios!

Lo más triste del caso es que todo ello no se hace sino para el público. Se trata de "llegar", de escribir para la exportación. Convénzase mi agresor de lo inútil de tales vanidades. Ni él ni yo somos verdaderos críticos, sino simples aficionados. La crítica de arte no existe ni puede todavía existir en este país. La razón es muy simple: la crítica es posterior a la obra creada y en este país aquella excelencia recién comienza a anunciarse. Nosotros tenemos todavía mucho que ver, que oir, que vivir y que aprender. Todo esto no será político decirlo, pero es sincero, y yo estaré siempre, siempre, entienda bien mi agresor, de parte de los escritores francos y verdaderos y no de los que posan. Declaro nuevamente, como en mi primer artículo, que no pretendo ser crítico; soy sólo un hombre de buena voluntad. De mi agresor: ¿podría decirse esto último?

MANUEL GÁLVEZ.

CRONICA MUSICAL

Audición Schiuma.

En el salón del Príncipe Jorge se realizó el 2 del corriente una audición de las obras sinfónicas del joven compositor Alfredo Schiuma, que por segunda vez afrontaba el juicio del público y de la crítica. El programa lo constituía una "Suite" en *la* mayor, compuesta en cuatro tiempos; una "Ouverture" en *do* menor, una marcha, y varios comentarios sinfónicos de la novela de D'Annunzio "Las Vírgenes de las rocas", divididos en tres tiempos.

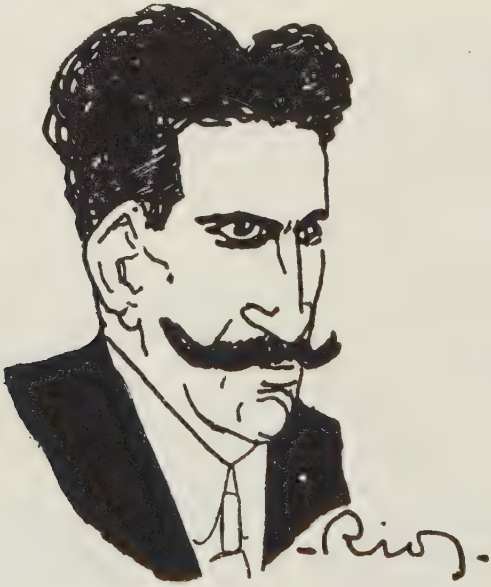
De las tres cualidades que informan el juicio crítico sobre las obras musicales — la dinámica, la intelectual y la emocional, es aquella primera la que resume el mérito del señor Schiuma.

Un ponderado conocimiento de los valores instrumentales, una composición hábil, realizada siempre a base de un concepto casi hermético de la simetría, la seguridad en el empleo de las partes orquestales más rebeldes a la fusión, esto es lo que se advierte de inmediato en la obra del autor que nos ocupa.

En cuanto a la capacidad intelectual de sus trabajos, pues que ha debido "traducir" paisajes, situaciones emocionantes y hasta psíquicas en sus comentarios a "Las Vírgenes de las rocas", cabe una apreciación menos favorable. Es digno de notarse el hecho de que en cuanto la obra ha debido encauzarse en armonía con un pensamiento preciso, como el de obedecer la línea de los paisajes comentados, su seguridad de la composición no es ya tan firme y se insinúa un evidente desequilibrio entre el propósito y la realización.

Es así que — como ya lo han hecho notar otros críticos — hay mucha vaguedad en todos los tres comentarios citados, en los que, precisamente, debió ser lineal por definición. Sin embargo, fuera contradictorio atribuir este defecto a deficiencias de combinación, que es lo que mejor hace el señor Schiuma. Otra es la razón, y quisiéramos, en verdad, que se atendiera al

respecto nuestro juicio. El señor Schiuma carece del don intelectivo necesario para "describir". Debiendo amalgamar la línea y el color, no sabe adherirlos, y así, debiendo revelarlos simultáneamente los aísla. De modo que, en un trozo lleno de colorido, se le ve perder en absoluto la línea. Su evocación resulta, entonces, incompleta. Cuando el que describe es un colorista, o cuando domina en él sobresalientemente el sentimiento de la línea, es decir, cuando prevalece una de estas condiciones, siendo las dos



Alfredo Schiuma.

esencialísimas y siendo imprescindible su paralelismo, sólo a costa de una emoción personalísima se llevará el convencimiento a los que escuchan. Se trataría, en suma, de suplir la deficiencia de la objetivación con el sentimiento directo que del conjunto de lo descripto resultaría para el que oye, vale decir, abordar la síntesis revelándola en su forma última, en la emoción.

Pero es evidente que si el señor Schiuma no ha sabido "hacer ver" el paisaje, menos ha podido hacerlo sentir.

Tratábase, en efecto, de una reconstrucción puramente imaginativa de un cuadro también imaginado. La dificultad era

enorme, tanto más si se tiene presente que D'Annunzio no describe jamás la belleza en sí de la naturaleza, de la cual no se sirve sino para objetivar estados psíquicos, y entonces, calcúlese adonde debió ir a buscar el señor Schiuma la línea y el color y la emoción misma para que sus comentarios fueran verdaderamente "comentarios" de "Las Vírgenes de las rocas"...

Se necesitaban superiores condiciones intelectivas para la realización eficiente de este trabajo. Y el pecado de vaguedad, que la crítica ha notado en esa obra, dimana de eso. Ha imaginado incompletamente lo que tal vez no era susceptible de ser imaginado: el ambiente siempre profundo en que viven y luchan las figuras del poeta.

La emoción no pudo ser precisa y menos personal.

Calcúlese qué prodigio de sutilidad emocional hubiera sido necesario para describir "le sue molte bocche umane e bestiali parevano quasi aver conservato nel silenzio l'attitudine della liquida voce ultimamente prodotta", frase en que el poeta ofrece la síntesis de toda una decoración... decoración que es la síntesis del estado psíquico con que sus personajes entran a actuar...

Por lo demás, no hay mejor atenuante para los defectos del joven músico que el reconocerles por causa la altura misma del empeño.

Y — con toda humildad, se entiende — opinaríamos que la mejor manera de iniciarse en todos los campos de la actividad artística, es aquella de empezar expresándose a sí mismo, trance ineludible de aquellos que quieren y pueden expresar a los demás.

El señor Schiuma siente con sinceridad su arte, y si se propone traducir bellezas más precisas, logrará bellos triunfos, para los cuales está indudablemente preparado.

S. A. de Música de Cámara.

Esta sociedad, que dirigen los señores Fontova y López Naguil, dió en La Argentina su 16.ª audición, ejecutando un cuarteto de Beethoven (opus 18, N.º 1), la sonata opus 32 de Saint-Saëns, para violoncelo y piano, y un quinteto de Schumann (op. 44).

Aparte la obra del maestro francés, la audición resultó en extremo interesante, pues el citado cuarteto de Beethoven es una de las mejores páginas del maestro como obra de cámara.

La interpretación fué inmejorable, y el segundo tiempo (ada-

gio appasionato) tuvo una bellísima interpretación de conjunto.

La sonata de Saint-Saëns no alcanzó a interesar mayormente al auditorio, en parte por los intérpretes, pero muy en particular por la obra misma. Es una página tan extensa como fría, escrita — dijérase — por un enamorado del problema melódico, y según las acertadas frases de un oyente, por un "especulador del valor emocional de los sonidos". No hay una sola excelencia lírica en toda esta sonata, una sonata rígida, elegante, meticulosa, una sonata con frac.

Su música es buena, pero su emoción es mediocre. Es buena como el álgebra y como el automóvil...

Por lo que respecta a la interpretación, fué deficiente en el sentido de que fué hecha casi sin gradaciones, en un diapasón uniforme. El piano gritaba (tal vez para suplir la frialdad de la obra) y el violoncelo no pudo otra cosa que erguirse también para que se le oyera. ¿Discutían? Entiéndase que nunca olvidamos el respeto por los que se empeñan en una hermosa tarea como la de los intérpretes que nos ocupan, tarea bien ingrata por razones que ellos saben bien, y si escribimos esta crónica en términos que puedan parecer exagerados, es para dejar constancia de que una obra mala no puede tener jamás una interpretación buena. De modo que, como se ve, al hablar de los intérpretes nos referimos al autor.

Algunos oyentes opinaban que el señor Vilaclara había tenido arrebatos extemporáneos. Es natural: era aquello tan frío que cualquier amago de emoción resultaba una sorprendente novedad.

Ya ve el violoncelista cómo no tenía siquiera derecho a sentir. Y en verdad, ¿alguien ha pensado alguna vez en lo sorprendente, en lo inesperado que sería ver llorar a un hombre que pasara en un automóvil a ciento veinte kilómetros por hora?...

Afortunadamente en el quinteto de Schumann tuvieron una obra propicia. La marcha fúnebre fué ejecutada con un noble sentimiento elegíaco y algunos conjuntos fueron hechos con la sobriedad impresionante que demandaba el espíritu de la obra. El último tiempo (allegro), el más hermoso de todos los cuatro, fué hecho con gran viveza de ritmo, siendo una página originalísima precisamente por el ritmo. El público, numeroso e inteligente como el que concurre a todas las audiciones de Sociedad Argentina de Música de Cámara, aplaudió con calor esta última parte del programa.

La audición próxima se efectuará en la misma sala.

Conciertos de Banda Municipal.

El director de la Banda Municipal, señor Malvagni, ha tenido la plausible iniciativa de realizar grandes conciertos públicos al aire libre habiendo efectuado doce audiciones en el estadio de la Sociedad Rural Argentina con una concurrencia que ha oscilado de 18 a 20.000 oyentes.

Algunos de estos conciertos fueron exclusivamente dedicados a la ejecución de óperas del repertorio italiano: Aída, Rigoletto, Bohème, Trovatore, etc...

Esto constituye, a nuestro juicio, un gran error. Si se ha tenido el solo propósito de divertir, no hacemos objeción. Pero si el señor Malvagni propende al desarrollo y educación del gusto musical en la masa, ejecutando Bohème no consigue más que hacer cantar al público todos los cantables que hay en esas óperas y aun los no cantables.

Tres de estos conciertos fueron realizados a base de diversidad de obras y autores, y huelga decir que han sido los más hermosos. Puede el señor Malvagni recordar la ovación con que el público recibió la Ouverture Solemne (1812) de Tchaikosky, en el tercer concierto, la marcha fúnebre de "El crepúsculo de los dioses", el Minuet de Paderewsky, etc., ovaciones renovadas en el otro concierto por la audición de la Rapsodia N.º 12 de Listz y la Giga de Martucci, dos números que fueron una gratísima sorpresa para la gran mayoría, que exigía el bis.

La banda realizó también una audición de obras sacras con motivo de los días santos. Se interpretó una página de Beethoven, "La meditación del viernes santo" de "Parsifal", y entre otras cosas unos "Comentarios musicales sobre las siete palabras", originales del señor Malvagni (padre). La fecha en que fueron compuestas estas páginas, cuya cifra se hizo constar en el programa (1860) no sabemos con qué propósito, pero lo adivinamos, nos exime de toda crítica, máxime tratándose de una obra tan mística como "Traviata" o "Pagliacci".

Un pequeño pecado del director de la Banda Municipal...

JUAN PEDRO CALOU.

TEATRO NACIONAL

NUEVO. — *El Espanto,* drama en 3 actos del doctor Faustino Trongé y *La Santa,* drama en 3 actos de don Eugenio Gerardo López. — NACIONAL. — *La muerta de aquella noche...,* drama en 3 actos de don Roberto Cayol.

Es curioso observar en la vida diaria las manifestaciones del *no conformismo* emersoniano. Parece que la personalidad necesitase para su constante afirmación cierta suma de elementos contradictorios, de simulaciones antagónicas con nuestro yo cotidiano, que suprimiéndolo por un instante, lo torna de nuevo a su imperio, más absoluto y más tiránico. Es así como a veces nos vemos acometidos de una necesidad imperiosa de ser crueles — no obstante nuestro natural bondadoso: reñimos con acritud al ser querido; negamos el servicio nimio que se nos pide; nos sentimos un poco "superhombres", ya que ser superhombre es para los locos de hoy ser un tanto antinómico.

Voluntad en el tímido, condescendencia y debilidad en el hombre de voluntad; practicismo en el soñador, ensueño en el positivista todas son transgresiones de un momento, debilitamientos de la personalidad que acicateando el yo de cada día lo perfeccionan y lo fijan, como el cincel que al desbastar el mármol de la obra precisa y magnifica la forma de la estatua.

No de otra manera podemos explicarnos la voluptuosidad de lo contradictorio. El mal hecho a sabiendas y con cierta repugnancia instintiva lleva en sí cierto pregusto del arrepentimiento de nuestra bondad específica. Es en esta fuente de constantes contradicciones donde los poetas han cultivado la melancolía frecuente de sus lamentaciones. Castalia eterna del romanticismo, es ella la que brinda esa tristeza, ahondada de imposible, entre lo que no pudo

ser y lo que es. Nostalgia de lo que no somos, de lo que no poseemos, que nos afianza en nosotros mismos, como la desesperación del que se ahoga lo hunde más rápidamente en la muerte que rehuye.

Es así como puede ensayarse una explicación de *El Espanto.* Por razones de su profesión parecería alejado su autor de las perversidades habituales al "Gran Guignol". Era más fácil imaginarle con la afectuosidad bondadosa y casi confidencial de su ministerio, que animando en el mundo ilusorio de las tablas almas atormentadas y trágicas, propensas a la venganza y al veneno como cualquier condotiero del siglo de los Borgias. Y hasta ese detalle del envenenamiento, a cuya realización responde el drama todo, demuestra a las claras la incapacidad del autor para sentir las pasiones que personaliza. Frío y cerebral, con perversa imaginación de clínico, acostumbrado a los extremos del laboratorio, arrastra a sus personajes a vivir vidas inactuales. — ¡Cuán lejos estamos ya de las tragedias evocadas por el doctor Trongé! — Hoy, después del vaudeville, el adulterio apenas si nos hace sonreir. Deliciosa ingenuidad la de estos hombres de ciencia que buscan aun en él una fuente de tragedias, creyéndolo criminoso y antisocial, cuando ya en muchas sociedades es considerado como una institución, subrepticia pero permanente.

Al juzgar así al autor de *El Espanto,* creemos ponernos en un justo término medio. No sería ecuánime considerarlo como un profesional del teatro, que buscando la gloria fácil de los aplausos, hubiera ideado una serie de situaciones más o menos trágicas para el lucimiento de un primer actor determinado. — No es preciso ser muy observador para adivinar en él al diletante que trabajado por estados espirituales contradictorios, concibe y ejecuta una obra opuesta a su temperamento. De esta circunstancia es fácil deducir sus defectos. La falta de sinceridad quita al drama la fluidez espontánea y segura de lo verdaderamente sentido, arrojando al autor en la artificialidad y en el rebuscamiento. Agréguese a ello la inexperiencia inherente al diletante, fácil de subyugarse con falaces ejemplos, como el de ese afán de efectismo melodramático, gestero, y secundario, que trabaja a la mayoría de nuestros más aplaudidos autores.

Los diletantes! Cuán perniciosos son para todo arte en gestación estos verdaderos delincuentes ocasionales. La historia de nuestro teatro nacional registra ya al respecto un capítulo abun-

dante y expresivo. Su psicología es corriente. El diletante es, por lo general, una persona de cierto rango. Su firma viene precedida de un renombre adquirido en la política, en la cátedra, en el foro, en el agiotismo, cuando no se trata de uno de esos talentos debidos a la tácita condescendencia anónima: — el caso de "ese gran talento de Pacheco", analizado en una página admirable de Eça de Queiroz. — Las empresas no pueden rehusarse. — Los directores artísticos se acusan, con humildosa resignación, en las confidencias del "foyer": "Es de don Fulano, usted sabe"... La crítica, bruscamente condescendiente, tiene sus aplausos y las inevitables esperanzas y — para no desmentir el oficio, — tímidamente, como con miedo, una levísima ironía, sólo apreciable para los colegas, perdida en una entrelínea...

Hoy los diletantes forman una plaga. Oíamos noches pasadas las lamentaciones de un director artístico. Quejábase de los asaltos de que era víctima.— Visitantes que, al parecer, eran como todos: el mismo terno más o menos de moda, la misma cara de cualquier transeunte que encontramos al paso, pero que allá en el bolsillo interior del saco guardan el inevitable cuerpo del delito: el drama, la comedia, la tragedia insospechada en el transeunte prosaico, que bruscamente se ha sentido llamado por una vocación irresistible.

Nada ilusiona tanto como el teatro. El aplauso, satisfactorio aunque se sepa inconsciente, atrae. Y es en esa casualidad de una digestión apacible y poco inclinada a la reflexión, en que han creído jutificarse tantas y tantas engañosas vocaciones.

Y después de esto, la verdad ruda y leal tiene — naturalmente — que parecer de mal gusto.

Si los diletantes han sido y continúan siendo un obstáculo para el desarrollo de nuestro teatro, no lo son menos aquellos autores que a fuerza de constantes ensayos han logrado adquirir cierta experiencia de la parte mecánica de la obra teatral.

Es indudable que el perfeccionamiento de la técnica de un arte cualquiera es un elemento necesario para la valía de la obra, pero también es cierto que bajo esa habilidad secundaria se oculta las más de las veces la mediocridad de la concepción. No necesitamos citar ejemplos, porque siendo una característica nuestra, basta que el lector precise un poco sus recuerdos para que surja de inmediato más de un nombre propio.

Confiados en su experiencia de la escena, en la habilidad de combinar situaciones que mantengan el interés del público para llevarlo en la culminación de los actos al aplauso inevitable, ciertos autores prescinden de dar a sus obras el elemento ideológico necesario para su duración. Se abandonan a la labor inconsciente, a la labor subalternizada por el hábito que suprimiendo el esfuerzo volitivo e inteligente, quita a la obra el sello de la personalidad que le da vida. De allí la diferencia, por ejemplo, del marmolista que esculpe con pasmosa habilidad formas muchas veces repetidas y el escultor que ejecuta una obra de arte.

Después de una larga experiencia escénica, don Eugenio Gerardo López ha abordado por primera vez con *La Santa* la realización de un drama en tres actos.

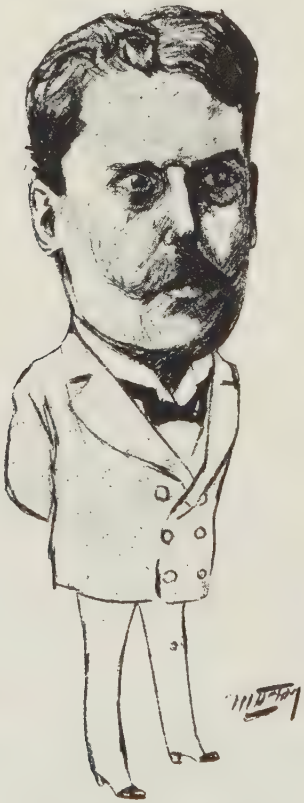
En relación a su obra anterior supone sin duda alguna un adelanto. El autor ha puesto en ella todo el caudal de su conocimiento teatral, logrando efectos indiscutibles y orillando con habilidad las dificultades que la poca originalidad del tema le presentaba. Pero no creemos que ello pueda bastar para justificar una obra teatral. Sin entrar a analizar la vulgaridad de la fábula adoptada, encontramos que le falta al señor López las dotes de observación necesarias no sólo para realizar una obra nacional, sino también para desarrollar en forma verídica la urdimbre psicológica de sus personajes. Son éstos, seres demasiado convencionales, demasiado teatrales para poder ser humanos.

En cuanto a lo que se refiere al ambiente nacional de la obra, por más que el autor ha ido a buscar como protagonista al gaucho ya poco a poco desterrado de la escena, pensando sin duda en el efecto indudable del facón inherente, es inútil buscarlo. Nada, pues, justifica la obra del señor López.

Es una de las tantas que periódicamente buscan el aplauso del público, con el tanto por ciento de la taquilla y el premio probable de los concursos...

Con *La muerta de aquella noche* ha reeditado don Roberto Cayol la fábula sentimental de *El festín de los lobos,* seducido por esa filosofía modesta y untuosa, inspirada en la caída de las modistillas engañadas, y como nunca segundas partes fueron buenas el tema no ha salido ganando con la repetición.

Contentóse antes el autor con esbozar una comedia, ligeramente dramática, ponderada y de buen gusto. Exagerando los caracteres de ayer, hundiéndolos en contradicciones sombrías, sólo ha alcanzado hoy a bordar algunas escenas rebuscadas hasta lo melodramático. Alguno que otro chispazo, tal cual situación de indudable valor



Roberto L. Cayol.

y acierto teatral, evocan sin duda al autor de *El festín de los lobos*, que no ha salido ganando por cierto con los extremos del drama.

Unase a ello el abultado y pomposo lirismo con que hablan sus personajes, no siempre apropiado para la condición de los mismos; su falta de unidad psicológica; la intromisión de ciertos caracteres ajenos a nuestro ambiente, el sereno, por ejemplo, al que hubiéramos jurado haberlo oído en alguna comedia de los Quinteros, y

puesto todo en la balanza de las comparaciones, fácilmente se deduce que la nueva obra del señor Cayol no agrega nada a su bagaje teatral.

Desacierto del momento, obstáculo inevitable cuando se busca con laudable afán nuevas normas y nuevas manifestaciones, no hacemos mayor hincapié en la obra estrenada en el Nacional, con la seguridad de que su autor sabrá tomar la revancha. Para entonces reservamos nuestro juicio.

M. G. Lugones.

NOTAS Y COMENTARIOS

Pedro J. Naón.

A principios del corriente mes dejó de existir, joven aún, un gentil poeta, Pedro J. Naón, el artista de las *Trovas breves,* ligeros bordados hechos en seda con tenues hilos de ilusión. Su muerte ha entristecido profundamente a muchos corazones. Era ama-

do Naón por la bondad ingénita de su alma, por su hidalguía de caballero sin tacha y por la amable gracia de su arte. Deja tres libros de versos, *Siemprevivas* (1894), *Eglantinas* (1901) y *Trovas breves* (1909) y un imborrable recuerdo de sí en todos quienes lo conocieron.

Salvador Rueda.

El poeta de *Trompetas de órgano,* cuya venida a Buenos Aires anunciamos en el número anterior, ya está entre nosotros.

Salvador Rueda habrá comprobado a estas horas cuántos y cuán entusiastas son los admiradores que tiene en la Argentina. Hace tiempo que se le quiere y se le admira por su arte robusto, colorido y sonoro, verdadera poesía de un país de sol, mágico derroche de luces y armonías. Durante algunos años, después de la muerte de Núñez de Arce, Rueda ocupó en nuestros corazones el sitio predilecto, como el más genuino y significativo representante de la musa hispana. Nuevos poetas han venido más tarde a disputarle ese sitio, pero no por ello nuestras simpatías han abandonado a aquel para cuyos libros levantara Darío un *Pórtico* tan soberbio.

Para el ilustre huésped el cordial saludo de NOSOTROS.

Roberto Levillier.

El 10 del corriente regresó a Europa el distinguido miembro del directorio de NOSOTROS, señor Roberto Levillier.

El conocido autor de *Los Orígenes Argentinos* lleva de la Facultad de Derecho la misión de escribir una obra sobre el régimen económico de la época colonial, y de la Municipalidad de la capital la de hacer la historia de la administración comunal en la misma época. Publicará en París, en francés y en castellano, su anunciado estudio de nuestra psicología y nuestras costumbres, que llevará por título *El alma argentina.*

Permanecerá en Europa un año en el desempeño de las misiones susodichas.

Un panfleto y un diplomático.

Un señor que se oculta bajo el pseudónimo de Luis Vila y Chávez ha escrito un opúsculo titulado *El caso de la gloria de don Ramiro,* con el objeto de demoler la conocida novela de don Enrique Larreta. No nos incumbe tratar en esta sección de dicho opúsculo. Hecho con espíritu estrictamente gramatical, contiene, junto a algunas observaciones certeras e ilevantables, otras muchas infundadas y no pocas que revelan la malignidad o la ingenuidad de su autor. Y hasta aquí todo va bien y no deja por ello de ser *La gloria de don Ramiro,* a pesar de sus defectos, una obra que honra nuestras letras.

Pero el señor Larreta se ha indignado con el panfleto, exclusivamente dirigido contra su obra, y ha hecho de él una cuestión personal, o peor aún, de estado. El telégrafo nos ha sorprendido así con la noticia de que el ilustre escritor, valiéndose de su condición de diplomático, ha puesto en movimiento la policía francesa para dar caza a los autores del librito. Los sabuesos se han portado bien esta vez. Los telegramas nos han anunciado que bajo el pseudónimo de Vila y Chávez se esconde un publicista que ha traducido al castellano varias obras francesas y que actualmente se halla en Buenos Aires. Colaboró en el opúsculo e hizo los gastos de imprenta, un argentino, íntimamente vinculado al señor Larreta y autor de una obra literaria publicada hace poco. Inmediatamente en los círculos intelectuales se han interpretado esas señas: Miguel de Toro y Gómez y Martín Aldao. Respecto al significado moral de esta confabulación nos abstenemos de abrir juicio.

El lector se preguntará ahora si ambos han sido denunciados a la justicia. Naturalmente que no, puesto que a nadie puede impedírsele criticar una obra literaria en forma culta, aunque sea injusta. De donde se saca como conclusión, que el señor Larreta, al complicar el nombre de la República Argentina en una cuestión netamente literaria y privada, empleando en pesquisas particulares la policía francesa, ha satisfecho ciertamente su irritado amor propio, pero ha procedido en forma que no era de esperarse de quien, como él, tiene talento y cultura.

Las revistas del bulevar pueden sacar provecho de este diplomático que mueve todos los resortes oficiales a su alcance para echar el guante a un crítico heterodoxo. Por el decoro de nuestro país en el extranjero y por la libertad de la crítica culta, quisiéramos creer que el telégrafo nos ha engañado.

Ateneo Hispano-Americano.

Quedará memorable en los anales de esta floreciente institución, la sesión realizada en sus salones el 23 del corriente, con el objeto de inaugurar las tareas de la sección de literatura y de conmemorar el tercer centenario de la muerte de Cervantes.

Fué una hermosa fiesta artística y social que habla muy alto en honor de la intelectualidad argentina, y de la cual pueden con

justicia ufanarse los distinguidos caballeros españoles que han dotado a Buenos Aires de tan notable centro de cultura.

Abrió la sesión el presidente del Ateneo, doctor Carlos Malagarriga, con unas pocas palabras de iniciación a fin de dejar constituída oficialmente la mesa de la sección de literatura bajo la presidencia del doctor David Peña, quien habló a continuación con brillante elocuencia sobre el valor de las letras en todos los órdenes de la vida de un pueblo, poder manifestado primordialmente en los grandes políticos argentinos y españoles.

Enseguida inicióse un simpático certamen poético. El señor R. Monner Sanz, leyó un entusiasta saludo a Salvador Rueda, quien se hallaba presente en el acto; Luis María Jordán un bello poema titulado *La cosecha,* y el doctor Manuel Gálvez una inspirada composición, *Don Quijote,* de la que es autor el poeta Ernesto Mario Barreda.

Pero el gran número de la velada fué la conferencia de don Alberto Gerchunoff sobre el libro inmortal de Cervantes. Con ella ha alcanzado Gerchunoff uno de los más ruidosos y legítimos triunfos de su brillante carrera literaria. Análisis original y vigoroso del significado de la figura del hidalgo sublime, expuesto en una prosa de sólida y elegante arquitectura, unánimemente ha sido considerada esta conferencia por quienes la oyeron y por quienes la han leído en su reproducción en los diarios, como una página crítica digna de figurar al lado de las mejores escritas a propósito de la genial novela. Con este estudio y con su anterior sobre Baltasar Gracián, también leído en el Ateneo, Gerchunoff ha acreditado bellamente su competencia crítica acerca de las letras hispanas y cuanto puede esperarse a este respecto de su poética intuición.

El concurso literario de "Mundial".

Nuestros colegas *Mundial* y *Elegancias,* las conocidas revistas que aparecen en París, nos han comunicado la constitución definitiva del Jurado que ha de fallar en lo concerniente al mérito de las obras y de los trabajos presentados a su Concurso Literario, que oportunamente anunciamos.

Forman este Jurado los siguientes escritores:

Presidente: Rubén Darío.

Vocales: Ricardo León. (De la Real Academia Española).

M. E. Martinenche. (Catedrático de Literatura Española en la Universidad de París).

Amado Nervo.

Enrique Gómez Carrillo.

Secretario: Carlos Lesca.

NOSOTROS.